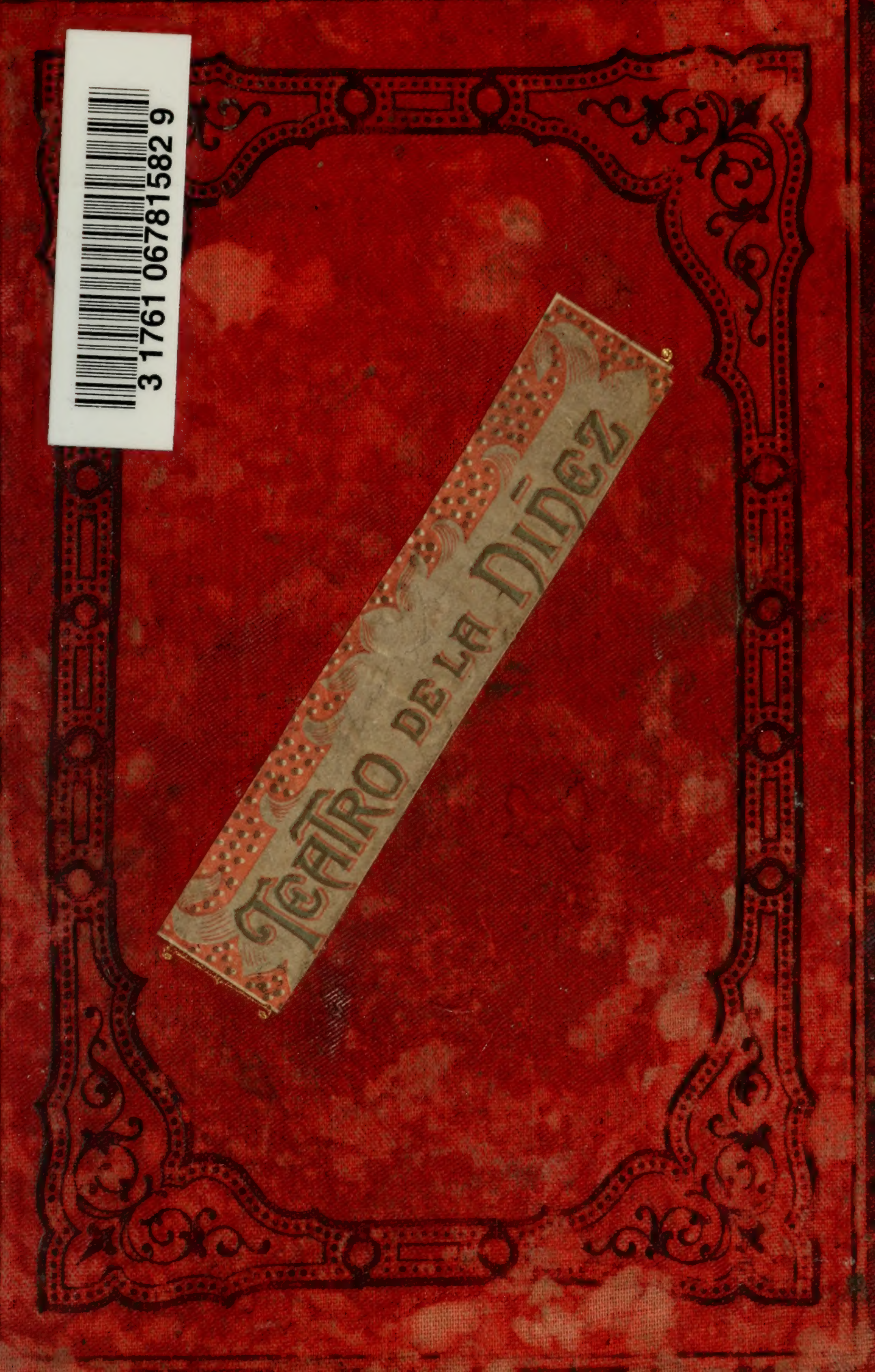

TEATRO DE LA NIÑEZ


TEATRO DE LA NIÑÉZ
SAINZ NOGUERA
HIJA MODELO

HIJA MODELO

HIJA MODELO

CUADRO DRAMÁTICO EN PROSA

POR

EDUARDO SAINZ NOGUERA

Estrenado con gran éxito el 22 de Febrero de 1903
en el Colegio de la Purísima Concepción de Valencia
dirigido por las Hermanas terciarias
de San Francisco de Asis



BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CONCEJO DE CIENTO, 290
1904

Hijos de Jaime Jepús, impresores, Notariado, 9.—Barcelona.

A MIS QUERIDAS HIJAS

Amparo y Carmencita

Medio rotas y esparcidas, hallé un día junto al corral de una casa de campo, unas hojas amarilleadas por el tiempo. Instintivamente leí algunas de ellas que estaban casi borradas, y traté de reunir los trozos de las demás que el viento y la lluvia habían respetado en aquel sitio.

Llevado como siempre del afán de divulgar cuanto tienda á la enseñanza del bien, aquella lectura me sugirió la idea de componer la presente obrita, conservando en ella la esencia de aquellas páginas tan tiernas como instructivas; añadí, modifiqué frases y conceptos, dándoles forma representable para ejecutarlas en el hermoso escenario de vuestro Colegio.

El público ha aplaudido lo hermoso de aquellas enseñanzas que mi escaso talento no hubiera sabido crear.

Todo lo bueno que encontréis en la presente obrita no es mío; y sí solo el deseo de propagar el bien moral en los corazones de las niñas.

En este concepto, pues, os la dedica vuestro cariñoso

Padre.

REPARTO

Personajes	Señoritas alumnas
LA CONDESA.	Doña Amparo Sainz.
	» Vicenta Garin.
ELVIRA.	» María Belenguer.
CLARA.	» Vicenta Guillén.
LOLA.	» Natalia Alagón.
ROSA (NIÑA ARAGONESA). . .	» Carmen Sainz.
D.ª LEONOR, (INSTITUTRIZ). .	» Rosario Peris.

La acción en Madrid. Época actual.



ACTO ÚNICO

Salón elegantemente amueblado en casa de la Condesa. Puerta al foro y laterales. Es de noche, sobre un mueble candelabros con bujías.

ESCENA PRIMERA

La CONDESA junto á una mesa sentada en una butaca, leyendo algunas cartas y mirando algunos pequeños estuches.

CONDESA. ¡No existe madre más venturosa que yo. ¡Qué excelente muchacho es mi Carlos!... ¡Qué conducta la suya tan laudable! ¿Y sus cartas?... ¡Qué tiernas! ¡Qué bien escritas! Y esto á la edad de veinte años, y estando en el Ejército, donde se encuentran tantos calaveras, cuya compañía temí que pudiera pervertirle. El día de su partida, bien me dijo despidiéndose:— «Nada temas, madre mía, al separarme de tí, llevo en mi corazón impresas tus

máximas santas y tus consejos maternales. Créeme que no los olvidaré ni un punto. Partir es mi obligación, y en cumplirla está mi honor.....» Pero, ¡qué niñería!... ¿Pues no estoy llorando?... Mas que llanto tan dulce, tan delicioso es el que de tal causa procede....

ESCENA II

Dicha. D.ª LEONOR

LEONOR. Las niñas van á venir... Mas, qué es eso... ¿Llora usted, Condesa?... ¿Por qué motivo?

CONDESA. Por ninguno triste, amiga Leonor. Estas lágrimas nacen del colmo de venturas que Dios me concede, y sólo son una flaqueza de madre. Acabo de recibir varias cartas de Carlos, tan afectuosas, tan sensatas, que el gozo me ha sacado de mis casillas.

LEONOR. Esa expansión es justísima y natural, y participo vivamente de ella, porque la ternura con que amo á usted y á las niñas de quienes dirijo la educación, me obligan á sentir sus alegrías y sus pesares.

CONDESA. ¡Oh, cuánto agradezco esa ternura!

LEONOR. No hablemos de gratitud, señora, porque la mía es tal que me faltan palabras para encarecerla. ¿Qué hubiera sido de mí dos años hace, sin la compasión generosa de usted?... Sin bienes, sin parientes, sin apoyo ninguno, después de la muerte de mi padre, y usted... señora, solamente usted.....

CONDESA. Echemos en olvido esas desgracias..... y pensemos sólo en el gran beneficio que con sus enseñanzas, su amor y sus cuidados está usted prestando á mis hijas. ¡Ah! no sabemos cuál de las dos es la que debe estar reconocida á la otra.

LEONOR. Si mi corazón fuera el juez, fallaría muy pronto este pleito.... ¿Pero, es verdad que Carlitos volverá á Madrid, dentro de pocos días?.....

CONDESA. Antes de quince le tendremos aquí, porque su licencia está ya acordada. ¡Qué placer nos espera á mis niñas y á mí. Respecto á él, nada hay que decir, pues bien lo demuestra en sus cartas. Aquí ha enviado un recuerdo para cada una de sus hermanas, son dos brazaletes muy preciosos y un medallón con su retrato, para la mayor, para Elvira.

ESCENA III

Dichas. LOLA

LOLA. ¡Mamá, mamá! Rosita acaba de cometer una travesura.

CONDESA. ¿Una travesura?

LOLA. Trataba nada menos que de escaparse de casa. Está visto que vive á disgusto en Madrid, y á la primera ocasión..... Estaba ya en el Prado cuando la alcanzó el portero, que la ha traído del brazo... ¡Pero qué avergonzada se quedó y qué miedo tiene de que sepas nada de su travesura! Le causas tanto respeto.....

CONDESA. Exageras, Lola.

LOLA. Nada, mamá.

CONDESA. Dile que venga. *(Vase Lola.)*

ESCENA IV

CONDESA. D.ª LEONOR

CONDESA. Sentiría mucho que esa chica desmereciese el bien que pienso hacer por ella. Su madre, viuda y pobre, habita una de mis posesiones de Calamocha. Cuando hace días estuve allá, me suplicó cien veces que trajese á Rosa en mi compañía, para servir de doncella á mi hija Clara. Esta proposición me gustó, porque al menos es una chica buena é inocente. Corren hoy unas criadas tan peligrosas para una señorita sin experiencia de mundo..... La adulan, la aconsejan mal y suelen dar en tierra con todos los desvelos que han tenido sus padres en educarla.

ESCENA V

Dichas. LOLA. ROSA, muy avergonzada

CONDESA. Acabo de saber que tratabas de escaparte de casa.....

ROSA. Eso no es cierto, señora.....

CONDESA. Te alcanzaron en el Prado.....

ROSA. ¿Y qué?...

CONDESA. ¿Cuál era tu intención?

ROSA. Señora, yo no tenía intención ninguna. La señora Eusebia me mandó hacer una A

con algodón rojo en un trapo amarillo. Aquel trabajo, lo confieso, me hacía bostezar y más bostezar, de puro tedio, mirando al patio. Es tan tristón ese patio, tan obscuro. Allí no recrea la vista nada, ni ramas, ni flores, ni pájaros, en fin, lo que se llama nada. Quedé sola, porque la señora Eusebia marchó á la cocina, me asomé á la ventana, oí cantar pájaros... Pero ¿cómo?... lo mismo que los de Calamocha, me creí allá, y viendo abierto el zaguán, salí á la calle. Ví al extremo dos árboles; supuse allí á los pájaros y corrí para verlos. El tío Ramón me vió salir sin duda y echó á correr tras de mí, me agarró fuertemente de un brazo y llamándome *bribonzuela* me trajo á casa, y no ha pasado nada más.

CONDESA. Siendo así, vuelve á tu puesto, Rosa, y aprovéchate bien de las lecciones de la señora Eusebia; quiero que seas una niña instruída y perfecta, sacrifícate un poco en esta temporada de invierno, porque dentro de un par de meses yo misma te acompañaré á tu Calamocha, para que disfrutes de esa libertad que tanto ansías y recrees tu vista mirando pájaros y flores.

ROSA. Quiera Dios que pasen pronto esos dos meses. Yo me aplicaré cuanto pueda, señora; pero..... la verdad; no lo puedo remediar... ¡Qué vida tan triste se pasa en este Madrid, sin poder una ir ni siquiera allá abajo para ver los árboles! Bien decía mi madre al despedirnos, que anduviese con cuidado, porque ese Madrid es la perdición de las doncellas. Ya se vé, aquí no

hay flores, ni árboles, ni pájaros... Solo hay casas, y más casas, altas, muy altas, y calles, y más calles, en fin, una perdición.

CONDESA. El trabajo disipa la tristeza y mata el fastidio. Vuelve á tu labor, hasta que yo te llame.

ROSA. Muy bien, señora. *(Vase.)*

CONDESA. Y tú Lola, vé á ver si tus hermanas están vestidas, porque llevan ya un buen rato de tocador. Ya saben que me disgusta invertir mucho tiempo en ese trabajo. Tú vas hoy muy bien, vestida con sencillez y sin afectación.

LOLA. Si estoy á tu gusto, mamaíta mía, ya no deseo el aplauso de nadie más.

(La besa y vase.)

ESCENA VI

La CONDESA. D.ª LEONOR, luego ELVIRA, CLARA y LOLA, en traje de concierto, y con un rollo de papeles de música en la mano.

CONDESA. Me parece que la *soirée* de la Marquesa se verá muy concurrida esta noche, y el concierto será muy escogido. Elvira y Clara han prometido tocar un dúo de arpa, y Lola cantará la hermosa pieza de Stebel titulada «*El Angel bueno*».

LEONOR. Va usted á quedar admirada cuando la escuche... ¡Qué sentimiento!... Qué dulzura!... ¡Qué afinación!... Se la he oído estudiar muchas veces. Y en cuanto á la ejecución de las dos mayores es un asombro.

(Entran Elvira, Clara y Lola.)

CONDESA. Perfectamente, señoritas. Ya iba siendo hora de que terminaseis vuestro tocado.

CLARA. Ya ves, mamá, que.....

CONDESA. Prefiero que merezcáis aplausos por vuestras habilidades antes que por el lujo de vuestros vestidos. Pero voy á daros una noticia muy grata. Acabo de recibir carta de Carlos, quien vendrá dentro de dos semanas. También envía estos recuerdos para cada una de vosotras.

ELVIRA. ¡Vendrá nuestro hermano!... ¡Qué alegría!...

CLARA. A ver, mamá, esa carta.....

LOLA. Y esos regalos.

(La Condesa entrega la carta y saca de la caja dos carteras que entrega á Lola y Clara y un medallón á Elvira.)

CONDESA. Toma, Clara, este es el tuyo, este el de Lola... Y un medallón para Elvira.

ELVIRA. Con su retrato... ¡Qué parecido está!

LOLA. Es verdad, está muy propio. Nos dejarás que saquemos copia de él.

ELVIRA. Con mucho placer, hermanas mías. *(Se coloca el medallón.)*

CONDESA. Es ya hora de ir á la tertulia. Anda Elvira, y pregunta al cochero si recibió mis órdenes.

ELVIRA. Al instante, mamá. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Las mismas, menos ELVIRA

CONDESA. Encuentro de mal gusto la costumbre de llegar tarde á los sitios donde se me invita. Algunos lo califican de *buen tono*. Su

objeto es llamar la atención de los que llegaron antes, y así que lo consiguen, son objeto de todas las miradas y blanco de la crítica, que no hace más que encontrarles defectos. En todo conviene llegar á tiempo.

ESCENA IX

Dichas. ELVIRA

ELVIRA. ¡Qué contratiempo, mamá!..... Extraña cosa sería, que pudiese yo disfrutar un gozo, sin lamentar un incidente.

CONDESA. Pero ¿qué es lo que sucede?...

ELVIRA. Que el pobre Martín, el marido de la que fué mi nodriza...

CONDESA. ¿Qué le ha pasado?...

ELVIRA. Que acaban de encontrarle medio muerto en el umbral de esta casa. Los criados le han colocado junto al fuego. Yo he corrido para verle y he hallado yerto, pálido, al antiguo y valiente soldado que sirvió á las órdenes de papá. Un poco reanimado, abrió los ojos y fijó su vista en mí, reconociéndome inmediatamente. Tomó entre las suyas mi mano y me ha suplicado que no le deje... Le he preguntado por mi nodriza, y entre sollozos me ha dicho...—«Encomiéndala á Dios, la infeliz murió hace una semana.»—...¡Pobre María!... Tan buena, tan cariñosa conmigo... Me amaba como si fuera su hija propia... ¡Ya no la veré en el pueblo cuando vayamos!...

CONDESA. Es urgente atender al estado del buen

Martín, y darle cuantos socorros necesite... Su edad... las fatigas de la guerra...

ELVIRA. Le están preparando una cama en una habitación conveniente.

CONDESA. Voy á dar mis órdenes para que nada le falte.

ELVIRA. Entre tanto, mamá, te ruego que me dispenses de ir al concierto esta noche... Aquel rato sería de tortura para mi corazón que siento traspasado de dolor y no puedo contener las lágrimas. El pobre anciano me suplicó en un tono que me hizo estremecer, que no me separe ni un instante de su lado.

CONDESA. Es muy justa tu observación, hija mía, quédate en buen hora, y cumple ese deber de caridad. Yo solo iré un momento á la reunión para no desairar á la marquesa. Leonor te acompañará.

LEONOR. Con mucho gusto, señora.

(Vase la Condesa y D.ª Leonor por el foro.)

CLARA. Este incidente ha trastornado nuestro proyecto.

LOLA. Créeme que siento verdadera pena en dejar en casa á nuestra hermana.

CLARA. Mucho vá á sentir su ausencia la marquesa, que por nosotras ha dispuesto la velada.

LOLA. Por eso es preciso evitarle un total disgusto. *(Vanse por el foro.)*

ESCENA X

ROSA

ROSA. Pues señor, después de lo disgustada que vivo en Madrid sólo me faltaba este inci-

dente para acabarme de entristecer. Y aun dice mi madre que soy una tontuela que no siento ni padezco... He llorado tanto, tanto, que el pañuelo está como si lo hubiera puesto en el arroyo... ¡Pobre señorita Elvira!... ¡Qué acongojada está! ¡Se puso pálida como una muerta cuando leyó aquel maldito papel que le entregó el tío Martín... ¿Y qué nombre tenía?... no me acuerdo...¡ah, sí! la información judicial. Ello son dos pliegos llenos de letras por delante y por detrás, y dicen que la hija de la señora condesa murió cuando chiquita y que ella es la hija del tío Martín y de su mujer. Y la señora ignora todo esto... Claro está... ¡Qué trastorno! Cuando venga del concierto va á ser ello. Aquí está la pobrecilla.

(*Se retira á un lado.*)

ESCENA XI

ROSA. ELVIRA. LEONOR.

LEONOR. Siéntate, amada Elvira, y desahoga tu pecho en el cariño que te profeso.

ELVIRA. Este golpe es terrible, y superior á mis fuerzas. Perder una madre como la que he tenido, unas hermanas tan queridas, y un hermano como Carlos... Tan negra realidad me tortura cruelmente y me llevará muy pronto á reunirme con mi desventurada madre.

LEONOR. ¡Desventurada!... Es verdad... Ella quiso asegurar la suerte de su hija sin pensar que es maldad atreverse á un cambio tan

culpable. La ambición cegó su mente entonces y su tardío arrepentimiento ahora te arrebata todo aquel bien, que fué ilusorio. Pero ten por seguro que todos los de esta casa tratarán de mejorar tu situación.

ELVIRA. ¿Y qué pueden hacer para conseguirlo? Todo el mundo conoce á estas horas mi origen. Mi padre, como no sabe leer, ha enseñado sin reserva á todo el mundo el documento escrito y firmado por mi madre, en el cual cita á su tío Blas y á su mujer como consejeros y cómplices del trueque. Estos han comparecido y confesado su desacierto haciéndose de todo una información judicial que no deja la menor duda. Sí, mi buena amiga, soy hija del viejo Martín y de la nodriza María, y la feliz niña de la Condesa está en la gloria muchos años hace. ¡Cuánto más venturosa es su suerte que será en adelante la de aquella que hasta aquí ha usurpado indebidamente su nombre! *(Llora.)*

LEONOR. Tranquilízate, Elvira, y reflexiona. ¿Crées que dejarán de amarte como hija y como hermana las que fueron tu madre y tus hermanas?

ELVIRA. No abrigo tal temor, porque sé que es muy grande la magnanimidad de la Condesa, pero esto no me podrá restituir á la venturosa suerte de ser su hija. Sólo cifro mi porvenir y mi remedio en la otra vida... Pero, mientras llega el término de ésta trataré de hacerme digna de su consideración, y demostraré que no ha sido estéril en mi pecho la semilla de las máximas más santas con que me ha educado.

Yo sabré recogerme en la choza de mi padre y cuidarle como buena hija, en su ancianidad y sus dolencias. Sabré también despojarme de estas galas que no se hicieron para mí, y vestir humildemente cual corresponde á mi estado. Iré á guardar las ovejas, y acostumbraré estas manos delicadas á las rudas tareas propias de mi verdadera condición. *(Llora.)*

LEONOR. Serénate Elvira, y entretanto iré á buscar á la Condesa cuyos consuelos serán más eficaces que los míos.

ELVIRA. No, amiga mía, no la prive usted del placer que disfruta en este instante para amargarlo con ese disgusto... No torture usted aquel corazón que tanto me ama.

LEONOR. Su presencia y sus caricias te darán la calma que necesitas. Rosa, quédate con la señorita y cuídala mucho.

ROSA. Sí, señora, mucho.

(Vase Leonor por el foro después de besar á Elvira.)

ELVIRA. La presencia de la Condesa aumentará mi aflicción.

ESCENA XII

ELVIRA. ROSA

(Elvira llora unos momentos y Rosa la observa atentamente.)

ROSA. (¡Qué lástima tan grande me da la pobrecilla!... Su pena me entristece mucho... pero si echo á llorar como ella será peor... Trataré de consolarla.)

(Le toma una mano y se sienta al lado de Elvira.)

Vaya, señorita, no se achique usted...

porque así, se va usted á morir de pesadumbre.

ELVIRA. Muriendo acabaría mi tortura.

ROSA. ¡Vaya una simpleza!... ¿Y llama usted tortura á tener que dejar Madrid?... ¿Pues qué, en un lugar no se pasa la vida más alegre? Aquí, sí, que no se puede estar... Siempre un ruído, unos lodos, un olor tan malo por esas calles. ¿Y libertad?... Que si quieres... En casa te has de pudrir, y eso de sacar el hocico á la calle... ni pensarlo... ¡Si usted supiera cuánto me divertía yo en Calamocha! Sólo con oir al tío Gervasio tocar la gaita y el tamboríl los domingos y bailar un rato en la plaza, se echan al trenzao todas las penas imaginables... Pues y aquellas rondallas... Y luego... las noches de invierno cuando se juntan á velar las tías de la vecindad... ¡qué tonadas cantamos tan bonitas!... ¡Qué historias te cuentan tan curiosas... y largas... muy largas... que duran días y días... Pero lo mejor es el tiempo de la fruta... Si desea una comer peras ó manzanas no tiene más que trepar un árbol y coger las que le acomode... Como allá no usamos esos vestidos tan finos y esas colas arrastrando, tan pronto está una en lo más alto del árbol como en el suelo con el delantal lleno de fruta. Los trajes de la corte no sirven para eso. En un santiamén estarían hechos unos guiñapos.

ELVIRA. Rosa, ¿no tienes otro vestido como ese?... Préstamelo por poco tiempo.

ROSA. ¿Cuál?... ¿aquel rayado con flores y hojas?... ¡Vaya, eso no está bien para ponérselo una señorita.

ELVIRA. Ese es el traje que cuadra con mi condición y no estas galas que desdicen de mi estado.

(*Se quita la guirnalda ó diadema de la cabeza.*)

No me causa gran pesar despojarme de ellas porque siempre las miré con bastante indiferencia.

(*Se quita el collar y los pendientes.*)

Tampoco estas joyas me costarán muchos suspiros... Este medallón para Clara, para Lola, que tienen más derecho que yo á llevar el retrato de su hermano. Yo en esta casa sólo soy una extraña recogida.

(*Llora.*)

ROSA. (¡Qué compasión me da!)

ELVIRA. Tráeme el vestido que te he indicado... Pero no, espera... Yo no puedo mandarte, porque ya no soy tu señorita. ¡Quédate, iré yo!

ROSA. Siempre seré su camarera.

ELVIRA. Por Dios, quédate.

ROSA. Me reñirá la señora.

ELVIRA. No lo temas.

ROSA. Esta es la llave... (*Le da una llave.*)

(*Vase Elvira por la izquierda.*)

ESCENA XIII

ROSA

ROSA. ¿Pero, qué cambio se propone hacer esta señorita?... ¡Cómo se va á apesadumbrar la señora Condesa cuando la vea vestida de baturra. Admirada estoy de la serenidad con que se desprendió de estas cosas tan

bonitas... Y por cierto que debe causar mucho gusto ponerse una estas alhajas. ¡Qué guirnalda tan mona!... Me parece que no me había de sentar mal.

(Se pone la guirnalda.)

¡Ah ja já!... Creo que estoy bien graciosa con ella... Y esto como reluce... (*Coge las pulseras.*) Es tan lindo cuando una lo pone así... en el brazo, y da la luz... Pues y el medallón con su cadena... Deslumbra la vista; ya se vé, como que es oro puro... Y este es el retrato del señorito... ¡Qué bien está! Me parece que lo estoy viendo con su uniforme, y aquel aire tan militar diciéndome: «Buenos días, Rosa, ¿vas ya teniendo más juicio?...» Estoy deseando que venga, porque es muy bueno... ¡Oh! si yo tuviera un hermano como él y luego de pronto me dijeran que no era hermana suya, también me pondría bien triste... ¡Alguien llega... quitémonos estas cosas, pues si me ven con ellas...

(*Se quita rápidamente las joyas.*)

Ya están aquí.

ESCENA FINAL

ROSA. LA CONDESA. CLARA. LOLA. D.ª LEONOR, luego ELVIRA

CONDESA. Pero mi Elvira.... ¿Y dice usted, Leonor, que la dejaba relativamente aliviada?...

LEONOR. Quedaba tranquila cuando salí y dejé á ésta en su compañía.

CONDESA. ¡Ah... Rosa, dime donde está Elvira!...

(*Elvira entra vestida humildemente.*)

ELVIRA. Aquí la tiene usted, señora, en el traje propio de su presente estado.

CONDESA. ¡Hija mía!... (*Abrazándola.*)

ELVIRA. ¡Madre!... ¡Ay!... Permítame usted que le dé por esta vez tan dulce nombre, y ayúdeme con sus consejos. Pero, dejadme todas vivir según la condición en que quiso el cielo que naciera. Es mi deber.

CLARA. No, Elvira, (*Abrazándola.*) nunca consentirá mamá en perder una hija como tú ni nosotras la ventura de llamarte hermana.

LOLA. (*Se une al grupo abrazando á Elvira.*) No hablemos de eso, hermana mía. Dejar de darte este nombre es imposible. Juntas nos hemos criado, juntas hemos vivido, el amor más puro nos une desde la cuna, y estos vínculos son firmes y sagrados. Nada importa el secreto descubierto, fuiste nuestra hermana, y lo has de ser siempre.

ELVIRA. Mas faltar á mis deberes? ¿Quién asistirá á mi padre en su vejez... ¿Creéis que porque haya ignorado hasta hoy lo que era, dejo de ser su hija? ¿Debo yo abandonarle porque es pobre? ...¡Ah no!... ¡Dios ante todo!... La caridad filial.

CONDESA. Hija modelo fuiste siempre en la fortuna, y lo eres en la adversidad.

CLARA. Por Dios, mamá, no consientas en que se vaya...

LOLA. Tu ternura te dará medios para conciliarlo todo.

CONDESA. Admiro y venero tu virtud, amada hija mía, y te aseguro que lo serás eternamente.

ELVIRA. Por vuestra compasión; mas no por mi derecho.

CONDESA. Puedo legitimar ese derecho que merece tu virtud. Soy rica, y... Carlos es mi hijo.

ELVIRA. Pero mi padre sólo es un pobre soldado...

CONDESA. Que ha servido fielmente al Rey y á la Patria. Por lo tanto, es noble.

ELVIRA. ¡Oh señora... señora!...

CONDESA. Dime madre...

ELVIRA. ¡Oh sí, sí, madre, madre mía, hermanas, premie Dios tanta virtud, y tan santa generosidad.

(Se abrazan todas.)

CAE EL TELÓN




Antonio J. Bastinos


TEATRO DE LA NIÑEZ
SAINZ NOGUERA
LA TENTACIÓN

LA
TENTACIÓN

LEYENDA LÍRICO-DRAMÁTICA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EDUARDO SAINZ NOGUERA

Estrenada con gran éxito el 14 de Febrero de 1904 en el Colegio de la Purísima Concepción de Valencia, dirigido por las Hermanas terciarias de San Francisco de Asis



BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CONCEJO DE CIENTO, 290
1904

Hijos de Jaime Jepús. impresores, calle del Notariado, núm. 9.

A LA SEÑORA

D.ª FRANCISCA JOFRE Y RISSECH

DE SAINZ

Los sentimientos religiosos que adornan tu alma, te hicieron sentir gran simpatía por el asunto que desarrollo en la presente obrita, y esto hace que la mire con singular predilección tu

Esposo.

REPARTO

Personajes		Señoritas alumnas
MARÍA.	Doña	Soledad Torres.
	„	Pura Tamarít.
UN ANGEL.	„	Carmen Sainz.
LUZBEL (GITANA). . .	„	Amparo Requena.
ROSA.	„	Carmen Remoli.
	„	Cayetana Sirera.
TERESA.	„	Josefina Tamarít.
	„	Vicenta Monzonis.
PILAR	„	Josefa Salvador.
CONSUELO.	„	María Hércules.
	„	Josefa Reig.
JUANA.	„	Carmen Martínez.
	„	Asunción Couchoud.
DOS VIGILANTES. . .	N. N.	

VARIAS NIÑAS ALDEANAS



ACTO ÚNICO

Arrabal de un pueblo. Al foro el campo. En tercer término un trozo de muro que partiendo de la izquierda se extiende hacia el centro de la escena. Sobre el muro un modesto altar con la imagen de la Virgen. Al otro lado un asiento rústico.

ESCENA PRIMERA

ROSA, TERESA, PILAR, CONSUELO y varias niñas aldeanas, adornando con flores el altar.

(**MÚSICA**)

CORO. De rosas y azucenas
llenemos este altar,
pues son hermoso emblema
de amor y santidad.
Y guirnaldas de claveles
matizadas de alhelí
sean el lecho donde oculte
sus fragancias el jazmín.

(**HABLADO**)

ROSA. Con grata fe y alegría
esta fiesta celebremos,

que es la fiesta más hermosa
que se celebra en el pueblo.

TERESA. Claro está, como que en ella
se festeja, nada menos
que á la Virgen, Soberana
de la tierra y de los cielos.

PILAR. Mayo expira, y los verjeles
de hermosas flores repletos,
invitan al alma fiel
á rendir acatamiento
con santo amor y entusiasmo
á esa Madre de consuelo.

CONSUELO. ¡Que viva la Virgen!

TODAS. ¡Viva!

CONSUELO. Y que inflame en nuestros pechos
la fe santa, que es la llave
que nos ha de abrir el cielo.

TERESA. Hoy todo respira fiesta
y las muchachas del pueblo
somos felices, pues todas
aquí reunidas nos vemos
frente á esa Virgen hermosa
que, con ojos lisonjeros
y la sonrisa en los labios,
claramente está diciendo:
—«Sed hoy todas muy dichosas,
hijas mias, yo os protejo».—
Por eso estamos alegres
todas, todas las del pueblo.

ROSA. Todas no...

TERESA. ¿Quién falta?

ROSA. Una.
La amiga á quien tanto quiero,
la que esperó con más ansia
llena de piadoso afecto
esta fiesta venturosa,
este dia placentero.

PILAR. Es verdad, falta María.

ROSA. Tiene postrada en el lecho
á su madre, y, según dicen,
grave.

PILAR. Ayer mandó el médico
preprararla, por si acaso,
con los santos sacramentos.
CONSUELO. Pobre María, ¡tan buena!...
PILAR. ¡Tanto como la queremos!
ROSA. Y lo peor del caso es,
según dicen por el pueblo,
que están muy mal de fortuna,
que escasea el alimento.
PILAR. Y también las medicinas.
TERESA. Y es probable que todo esto
contribuya á que empeore
su estado.
PILAR. Fácil es eso.
ROSA. Sé que la desventurada
fué algunas noches al lecho
sin cenar.
TERESA. ¡Pobre María!
ROSA. Esto lo he sabido luego;
que si hubiera sido entonces,
afirmo que no la dejo
dormirse así, pues le doy
la mitad de mi alimento.
PILAR. Yo hiciera también lo mismo.
TERESA. Y yo lo propio hubiera hecho.
ROSA. ¡Cuánta falta hace un buen padre!
Desde que el suyo fué al cielo...
PILAR. Es verdad, que Dios conserve
muchos años á los nuestros.
ROSA. Y que dé á esa pobre enferma
tregua en su padecimiento.
(*Obscurécese la escena lentamente.*)
Ya anochece, vámonos
todas juntas hacia el pueblo
á esperar la bella aurora
de mañana.
PILAR. El día excelso
consagrado con amor
á la Virgen todo entero.
CONSUELO. El altar está bonito,
aunque el adorno es modesto.

TERESA. Modestia quiere la Virgen.
PILAR. Y mucho amor en el pecho.
Vamos ya.
ROSA. ¿Queréis marchar
sin despediros?...
PILAR. Es cierto.
Es nuestra Madre divina.
TERESA. Es nuestro amor y embeleso.
ROSA. Madre mia, hasta mañana.
Plegue á tu celeste afecto
que un día tan venturoso
con grata paz disfrutemos.
(Arrodíllanse todas.)

(**MÚSICA**)

CORO. Adiós, Madre divina,
mi delicia y mi amor.
Adiós, Reina y Señora.
¡Adiós... Adiós!...
(Vanse.)

ESCENA II

LUZBEL

(*Puede representarlo una niña, envuelta en un gran manto rojo.*)

Ya se alejan, se alejan,
radiantes de esperanza y de alegría,
mientras conmigo dejan
el fiero batallar del alma mia.
Me hiere su alegría,
y es su goce feliz, el cruel tormento
que sin cesar me oprime
esperando la fiesta de ese día.
Pero mi pecho, que rugiente gime,
horrendas maldiciones
lanzará á sus alegres corazones.
Festejan á María,
la célica Mujer, pura y gloriosa,

que con su planta mi cabeza un día
holló firme, segura y victoriosa.
Impedir esa fiesta me es preciso.
Mi astucia y mis halagos
bajo humano disfraz harán estragos.
Un alma busca mi ansiedad impía
que cómplice me siga por doquiera...
El alma de María:
de esa niña infeliz, que sólo espera
el fiero instante en que su madre muera.
Aquí viene abatida.....
Mi designio fatal pondré en su mente;
y en gitana adivina convertida,
venceré, cual vencí siendo serpiente.
(*Vase.*)

ESCENA III

MARIA, muy triste y llevando un ramo de flores en la mano.

Ni una remota esperanza,
queda ya á mi padecer.
Huérfana y sola en el mundo
sin remedio quedaré.
Y un día como mañana
tan alegre, sea tal vez
el más triste de mi vida,
el más azaroso y cruel.
(*Llora.*)
Muy grande es la pena mía
pero jamás me olvidé
¡oh Virgen! que soy tu hija
y esta deuda cumplo fiel.
(*Coloca las flores en el altar.*)
¡Flores regadas con llanto
es lo que vengo á ofrecer!
(*Se arrodilla muy afligida y llorosa.*)
Reina del Cielo
y de la tierra,
Madre amorosa,

gracia suprema
que al infinito
perenne llega.
Tú que esparciendo
vas por doquiera
consuelo y vida
de gracia llena;
Oye mi ruego,
no desatiendas
la triste súplica
de humilde sierva
que aquí de hinojos
llorando ruega.
Haz que mi madre
se ponga buena,
que no me deje
sola en la tierra.
Dame recursos
para que pueda
dar medicinas
á su dolencia.
No me abandones,
sé que eres buena,
Reina del Cielo
y de la tierra.
(*Queda llorando unos momentos.*)

ESCENA IV

MARIA, LUZBEL, en traje de gitana

LUZBEL. ¿Rezas, María?
MARÍA. ¿Quién sois?
LUZBEL. Contesta.
MARÍA. Ruego á esa Virgen
que nos contempla
desde la altura
donde se asienta;
que con sus ojos
enciende estrellas,

y al sol da lumbre
que reverbera,

LUZBEL. ¿Y qué le pides?

MARÍA. Que me proteja.

LUZBEL. ¿Tienes fe?

MARÍA. Mucha.
Y espero en ella
tengan remedio
todas mis penas.

LUZBEL. ¡Pobre María!
¡Niña inexperta!...
Me causa lástima
tanta creencia.
Tu madre muere,
y en vano rezas;
pues su remedio
tiene la ciencia.

MARÍA. Puede la Virgen
dejarla buena.

LUZBEL. No seas tan cándida.
¡Pobre doncella!
Para esos males
tengo unas hierbas
que quien las toma
curado queda.
Puedo yo darte
tan gran receta
á cambio sólo
de unas monedas.

MARÍA. ¡Ay! soy muy pobre.

LUZBEL. De inteligencia.
Existe un arca,
si bien pequeña,
que guarda ahorros
de las doncellas.
Es tal dinero
para una fiesta.
La Virgen puede
pasar sin ella.

(Pausa y con misterio.)

El pueblo duerme,

la noche es densa.
Al toque de ánimas
que pronto llega,
tú, cautelosa,
firme y resuelta
ven á buscarme
junto á la Iglesia.
Tengo una llave,
llave maestra
que deja francas
todas las puertas.
Allí está el arca
de plata llena.

MARÍA. Esas palabras
¡por Dios!... me aterran.
¿Yo ser ladrona?...
¿Robar?... *(Horrorizada.)*

LUZBEL. Espera:
hay en el arca
algunas monedas
que fueron tuyas
en otra fecha.

MARÍA. Las dí á la Virgen.

LUZBEL. Y como es buena,
hoy que á la muerte
tu madre llega
y que su vida
depende de ellas,
es de justicia
te las devuelva.
Cumple mi encargo,
niña, no temas;
quizá muy pronto
se las ofrezcas,
porque te aguardan
grandes riquezas.

MARÍA. Rica, ¿y de dónde?

LUZBEL. Ten fe y espera.
Nada domina
mi gran potencia;
dichosa el alma

	que me obedezca.
MARÍA.	¿Quién eres, dime que así te expresas?
LUZBEL.	Soy la ventura, soy la riqueza, soy el deseo que el alma lleva por los edenes de la grandeza. Soy genio indómito que cual tormenta, todo lo invade, todo lo incendia. Feliz ¡oh niña! si fiel me prestas tus homenajes y tu obediencia. Parto esperando, la hora se acerca. El pueblo duerme, la noche es densa y allá te aguardo, junto á la Iglesia.
MARÍA.	Espera..... dime.....
LUZBEL.	Temor desecha. Salva á tu madre como hija buena. *(Vase.)*

ESCENA V

MARIA

MARÍA.	¿Hablas de mi madre?... Ven, mujer, detente y escucha..... ¡Cielo divino!... ¡qué lucha se libra bajo mi sién! —«Te aguardo.»—Lo entendí bien. No sueño .... despierta estoy..... ¡Pobre de mí!... ¿Adónde voy triste abatida... sin calma;

con el terror en el alma?...
¿Yo robar?... ¡Oh, loca soy!...
¡Madre de mi corazón!
¿Qué es lo que no haré por tí?
pero robar..... ¡Ay de mí!...
¡Huye, loca tentación!...
Mas... si pierdo la ocasión,
pudiendo sencillamente
darte salud de repente
y permanezco indecisa
cuando salvarte precisa...
¿No fuera yo delincuente?...
(*Pausa y luchando con terrible vacilación.*)
Iré..... Pero misteriosa
yace la sombra esta noche
y parece que un reproche
me dirige tenebrosa.
Su quietud es horrorosa
y si el céfiro suspira
creo sentir que respira
flechas de hiel en su aliento...
¡Ay!... será el remordimiento
que la tentación me inspira?
(*Pausa larga. Suena el toque de ánimas.*)
¡Las ánimas!... Me estremece
esa triste vibración,
y siento mi corazón
que sus latidos acrece.
¿Qué hacer?... ¡Mi madre fallece,
y el eco de ese metal
como un toque funeral
en todo mi sér resuena!
Soy hija y quiero ser buena
quiero mitigar su mal.
(*Adelanta resuelta al foro y se detiene.*)
Mas no sé qué fuerza extraña
viene á entorpecer mi acción
y espantosa confusión
á mi espiritu acompaña.
Mi vista toda se empaña,
sombras vé que dan espanto.

Me vence el sueño... y en tanto,
me quedo petrificada...
sin fuerzas... y anonadada.
¿Qué es lo que siento, Dios santo?
(*Queda dormida sobre el asiento rústico.*)

ESCENA VI

MARIA, dormida. EL ANGEL, después de unos instantes.
(Melodía)

ANGEL. Cual siempre á la Virgen
amaste de veras,
la Virgen ampara
piadosa á su sierva.
Profundo letargo
será tu defensa.
Si osado el averno
te atrajo despierta,
llevándote al vicio
con falsas promesas,
mi Dios ya te libra
mandando que duermas,
y dando á tus luchas
piadoso una tregua.
(*Adelanta hacia el proscenio.*)
La guerra de siempre,
fatídica guerra,
la lucha incesante
del alma y materia.
Satán mi enemigo,
con loca soberbia
dispútame osado
cual tigre una presa.
La presa es el alma
que él vil, encadena....
No debo dejarla
en lodo y miseria.
Empiece la lucha.
¿Satán quiere guerra?...

¡Veremos quien vence!...
¡Veremos quien ceja!

(*Va al lado de María como para guardar su sueño. Por delante del grupo que forman las dos figuras se correrá una cortina que cubre todo el foro á manera de telón, siguiendo las escenas insertas á continuación delante de aquella. El color más apropósito para la cortina es el azul.*)

ESCENA VII

MARIA, aparece toda azorada, tratando de ocultar una arquilla

MARÍA. (*Mirando recelosa á todos lados.*)
No creo que me hayan visto.
Era la noche muy densa,
y aquella mujer estaba
junto al muro de la Iglesia.
Me dió una llave.... ¡qué llave!
quemaba la llave aquella.
—«Abre»—oí que me decían...
Yo temblé y de espanto llena
la puse en la cerradura
y abrióse al punto una puerta.
Noté el arca.... la cogí....
miré en torno.... escuché atenta
y oí una voz que sonaba
como carcajada histérica.
Negro terror me invadió
eché á correr por la senda
que lleva al pueblo y cien veces
he vuelto atrás la cabeza
creyendo que me seguian,
porque las voces aquellas
me hicieron temblar... ¡Tal vez
habré sido descubierta!...
¡Dios mio!... ¡Qué horrible duda!
Pero no... la sombra es densa,
está nublada la noche
y no brilla ni una estrella...
¡Ya tengo dinero!... ¡Madre

ya he cumplido como buena!
Ya puedo medicinarte
y aliviar tu cruel dolencia.
(*La voz de Rosa.*) Yo la vi salir corriendo.
(*Voz de Teresa.*) Era María, era ella.
Por aqui dió, la hallaremos.
MARÍA. ¡Cielos! ¿qué voces son esas?...
(*Voz de Rosa.*) No dudo, la vi muy bien
à la luz de las linternas.
(*Voz de Pilar.*) Mientras su madre se muere
recorre los campos ella,
no sabemos con qué fin.
(*María se retira á un lado. Las niñas que hablan aparecen por el opuesto con linternas en la mano.*)

ESCENA VIII

MARIA, ROSA, PILAR, TERESA, CONSUELO. Varias niñas

ROSA. Allí está, venid. (*Reparando en María.*)
MARÍA. (Se acercan,
traen luces.... Aqui hay un muro...
no puedo escapar... ¡Ya llegan!...
¡Me miran todas....) (*Ap.*)
ROSA. ¡María!...
¿Que te pasa? (*María llora confusa.*)
TERESA. ¡Oh, socorredla!...
MARÍA. (*Ap.*) (¡Soy perdida!)
PILAR. ¿Cómo en casa
á estas horas no te encuentras?
¿qué quieres hacer aqui?...
MARÍA. Yo... nada... (¡Dios mio!)
ROSA. Y tiemblas.
Esta muchacha sufre algo,
no está bien... Di ¿tú no observas
cuan pálida y temblorosa
y demudada se encuentra?...
(*A Pilar.*)
TERESA. Ven con nosotras, María,
porque ha sonado la queda
y es hora de recogerse.

ROSA. Estando tu madre enferma
es locura lo que has hecho.

MARÍA. (*Aterrada.*)
¡Lo sabéis ya! ¡Suerte adversa!
¡La Virgen me ha castigado
por que hurté lo que era de Ella!

(*María llena de horror levanta las manos al cielo y cae al suelo la arquilla que ocultaba.*)

PILAR. ¡Hurtar has dicho!... ¿Qué es eso?

ROSA. Una arquilla. (*Todas se acercan.*)

PILAR. De la Iglesia.

TERESA. La misma donde se guarda
el dinero de la fiesta.

ROSA. ¡Y es ella quien lo ha robado!

PILAR. ¡Ella!... Nadie lo creyera...
¿Qué respondes?...

MARÍA. ¡Virgen Pia!...

PILAR. Aguarda á que te proteja.

TERESA. Esa niña está manchada,
pero con mancha que afrenta;
y debemos de su lado
apartarnos, compañeras.

TODAS. Es verdad. (*Apartándose de María.*)

ROSA. ¿Pero eres tú
quien ha hurtado de la Iglesia
la caja de las limosnas
á la Virgen?...

MARÍA. ¡Qué vergüenza!...
¡Perdón!... ¡Oh, me he vuelto loca!

ROSA. ¡Con que loca! ¡Excusa buena!

MARÍA. ¡Mi madre!...

TERESA. Dejadla sola
y á oscuras con su conciencia.

ROSA. Que Dios castigue su crimen.

TERESA. Y la Virgen, por la ofensa.

PILAR. Y que la desprecien todos
los que viven en la tierra.

TERESA. Vamos al pueblo enseguida
y que salgan á prenderla.

MARÍA. ¡Oh Dios mio!... ¡Cuánto sufro!

ROSA. Quien hurta, maldito sea.

CONSUELO. Quien al prójimo despoja
de los dones que en la tierra
bondadosa le otorgó
la divina Providencia,
merece ejemplar castigo
de tortura y de vergüenza.
Mas quien roba lo sagrado
que es de la fé santa ofrenda,
y defrauda la esperanza
de celebrar una fiesta,
merece un terrible infierno
por toda la vida eterna.

(*Vanse.*)

ESCENA IX

MARIA

MARÍA. ¡Madre de mi corazón!
Hoy fatal en mi memoria
flota la terrible historia
de tan negra tentación.
Hoy cual siniestra ilusión
miro tu rostro doliente,
y al contemplarlo en mi mente
Crece más mi desventura...
Es espectro que fulgura
cada instante más potente.
Tanta verdad me horripila
tras de mi anhelo fecundo,
que sólo buscó en el mundo
satisfacción intranquila.
Mi cerebro y mi pupila
sombras ven que dan espanto...
¡castigos son!... ¡Cielo santo!
á mi conciencia ofuscada...
¡Huye... sombra despiadada
y no me tortures tanto!...

ESCENA X

MARIA y JUANA que ahora se presenta á María como una visión

MARÍA. ¡Eres tú... madre! ¡Ay de mí!
Tu vista abrasa mis ojos...
No me mires con enojos...
Si me arriesgué fué por ti.
JUANA. También lo comprendo así.
MARÍA. Mas del crimen me arrepiento.
Déjame por un momento
ahogar en tu alma un suspiro
ya que en todas partes miro
semblantes de ensañamiento.
(*Se acerca.*)
JUANA. (*Deteniéndola.*)
Tu pensamiento fatal
aumentó más mi sufrir.
y vine al cabo á morir
agobiada por mi mal.
La mancha del criminal
verá en tu frente la aurora...
La llevarás á toda hora
como estigma sobre el suelo,
aborrecida del cielo
donde la pureza mora.
He muerto con gran dolor.
Tu desamparo me aterra;
pues ni te pude en la tierra
dejar mi herencia de honor.
Y aunque en un rapto de amor
seguiste la torpe senda,
que Dios te quite la venda
que cubre impia tus ojos;
mientras tú puesta de hinojos
de dolor le haces ofrenda.
(*María llorando, de rodillas*)
MARÍA. Me siento desfallecer.
JUANA. ¡Adiós, hija!...
MARÍA. ¡Oh desconsuelo!

JUANA. Yo rogaré porque el cielo
mitigue tu padecer.
Y pues llegaste á caer
en el pecado, despierta.
La penitencia es la puerta
que te libre de ese encierro.
Yo terminé mi destierro...
¡Adiós!...

MARÍA. ¡Madre mia!... ¡Muerta!

ESCENA XI

MARIA. LUZBEL en traje de gitana que aparece por el lado opuesto al que marchó Juana

MARÍA. ¿Y yo dónde iré?...

LUZBEL. A la cárcel
donde van los delincuentes.

MARÍA. ¿También tú me recriminas?

LUZBEL. Prepárate, á por tú vienen.

MARÍA. ¡Pobre... sola... escarnecida
y juzgada por las leyes!...

ESCENA XII

Aparecen dos VIGILANTES con linterna en mano, y el cuerpo cubíerto con largos capuchones. Se apoderan de María

MARIA. LUZBEL. VIGILANTES

MARÍA. No me sugetéis... Yo iré.

LUZBEL. Ellos cumplen como deben.

(*Vanse llevándose á María después de recoger la arquilla del suelo.*)

ESCENA XIII

LUZBEL

LUZBEL. Ya mañana las campanas
en vez de sonar alegres
doblarán á muerto: un alma
tengo sugeta en mis redes
Todo es tristeza en el pueblo,
y la fiesta se suspende.

Mi astucia supo vencer.
Mi rencor todo lo puede.

ESCENA XIV

LUZBEL. EL ANGEL

ANGEL. Se equivoca tu necia fantasia.
LUZBEL. ¡Maldición!
ANGEL. Subyugada está tu fuerza,
y en vano esperas tú que luzca el día
en que la Ley del Hacedor se tuerza.
Te engañas, sábelo, Dios me destina
á guardar la virtud por ley divina.
(*Descórrese la cortina, apareciendo la decoración anterior y María dormida sobre el asiento como quedó en la escena V.*)
Hela allí, defendida su inocencia
por la Reina sin par de los amores.
Quisiste seducirla con tu ciencia
que es la ciencia falaz de los errores.
Borra tu huella de este noble suelo
que bendice la imagen de Maria.
Sepúltese tu anhelo
del antro infame en la caverna impia.
Huye lejos de aquí, sér maldecido.
El Señor te lo manda.
LUZBEL. ¡Me has vencido!
(*Vase y brilla un relámpago.*)
ANGEL. Y tú, despierta, María,
libre del peligro ahora,
pues luce la bella aurora
de tan venturoso día.

ESCENA XV

MARIA, se despierta extrañándose á todo

MARÍA. ¿Qué es lo que por mi ha pasado?...
¿Sueño?... ¿Deliro?... ¿Soy yo?...
¿No estoy en la cárcel?... ¡No!...
¿Y aquel robo?... ¡Habré soñado!
Mas yo entré .. No... no es verdad.

Cogí el arca... eché á correr,
y allí vi á aquella mujer
que me indujo á la maldad.
Luego... He sido maniatada
y á la cárcel conducida...
de todos escarnecida
y por todos ultrajada.
¿Y mi madre?... ¡Virgen pura!
¡Muerta la vi!... ¡Me horrorizo!
¿Estoy bajo algún hechizo?...
¿Fué realidad mi tortura?
(*Óyense las campanas tocar á fiesta.*)
Suenan las campanas ya
con acentos de alegría,
mientras que la madre mía
tal vez en el cielo está.
¡Madre!... Yo corro á tu lado;
pero sin culpa... inocente...
sin mancha alguna en la frente.
Esta Virgen me ha salvado.

ESCENA ULTIMA

IARIA. ROSA. TERESA. PILAR y varias niñas. Luego JUANA acompañada de otras niñas

ROSA. ¡Un milagro, amiga mía!
Abrázame...
TERESA. A mi también.
¡Cuánto me alegra tu bien!
PILAR. ¡Sea enhorabuena, María!
(*Todas abrazan á María.*)
IARÍA. ¡Oh mi madre!...
ROSA. ¡Está mejor!
IARÍA. ¡Virgen pía!...
ROSA. Casi buena.
IARÍA. La alegría me enajena.
¡Gracias, Virgen de mi amor!
Mi ansia de verla es prolija.
TERESA. Sale de misa primera.
IARÍA. Corro á abrazarla.

PILAR. No, espera ..
Ella viene.

MARÍA. ¡Madre!

JUANA. ¡Hija!

(*Quedan las dos abrazadas.*)

Ya el lecho dejé curada.

MARÍA. Tú curada y yo inocente.
¡Oh milagro sorprendente
de esta Virgen venerada.

CONSUELO. Reine alegria y virtud
y viva la fiesta de hoy.

TODAS. ¡Viva!...

(*Las niñas preparan las andas, las velas y estandarte.*)

JUANA. Yo tras de la imagen voy
en señal de gratitud.

ROSA. Marche el cortejo á la aldea
en devota procesión.

JUANA. Dios nos dé su bendición.

MARÍA. ¡Loada la Virgen sea!

(*Música. Organizase la procesión y mientras cantan el siguiente coro.*)

CORO. Con fe y alegria
la fiesta empecemos
y al templo marchemos
con paso triunfal,
llevando la imagen
bendita y amada
de la Inmaculada
Señora Eternal.

Van ordenadamente desapareciendo por el foro y cae el telón

FIN



Antonio J. Bastinos

A mi queridísima María Jesús Córdova, dedico éste insignificante recuerdo

Rosalía [illegible]

Diciembre 10 de 1907

LA HERMOSURA DEL ALMA

LA

HERMOSURA DEL ALMA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. EDUARDO SAINZ Y NOGUERA

Estrenada con gran éxito el 10 de Febrero de 1902
en el Colegio de la Purísima Concepción de Valencia,
dirigido por las Hermanas terciarias
de San Francisco de Asís



BARCELONA

ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CONCEJO DE CIENTO, 306.

LIBRERÍA DE JULIAN BASTINOS
CALLE DE PELAYO, 52.

1902

Barcelona:Hijos de Jaime Jepús, impresores, Notariado, 9.—Teléfono 151.

A LA VENERABLE COMUNIDAD

TERCIARIA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

REGENTE DEL COLEGIO DE LA P. CONCEPCIÓN

DE VALENCIA

Educado en el Catolicismo, deseo aportar mi grano de arena al grandísimo edificio de la Religión, lamentando que mis facultades dejen muy atrás la realización de mis aspiraciones.

Lo más hermoso de la humanidad es la Mujer, la hermosura mayor de una mujer consiste en la belleza de su alma. Por eso venero á la Maestra católica, madre moral que forma el corazón de la niña con enseñanzas provechosas, é inculca en su alma los sublimes principios de la Divinidad.

Consigno aquí un voto de gracias al cariño con que ha sido estudiada y dirigida mi modesta producción, causa única de la favorable acogida que le dispensó la selecta concurrencia que presenció su admirable interpretación, á lo cual queda profundamente reconocido

El Autor

REPARTO

Personajes	Srtas. Alumnas
LUISA	D.ª Amparo Sainz.
LOLA.	» Amparo Aparicio.
LA BARONESA DEL RIO . .	» Juanita Adam.
D.ª ELVIRA.	» Amalia Robert.
LA TÍA PATRICIA.	» Carmen Fayos.
	» Amparo Valero.
JULIA.	» Rosario Peris.
	» Vicenta Serrulla.
ROSA.	» Consuelo Díaz.
TEODORA.	» Concha Peset.

La acción en un balneario.—Época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda las de las actrices.



ACTO ÚNICO

Jardín de un balneario. Al fondo se verá la arboleda A derecha é izquierda las fachadas de pabellones del balneario.

ESCENA PRIMERA

LUISA, cerca del pabellón de la derecha está acabando de dar los últimos toques á un cuadro que estará colocado en su caballete. LOLA, JULIA, y ROSA mirando su trabajo

(Lola vestirá con excesivo lujo.)

JULIA. Hermoso cuadro!...

ROSA. Y muy hermoso. Resulta un paisaje encantador que retrata exactamente las cercanias de este balneario.

LUISA. No tanto, amigas mias.

JULIA. Quisiera saber pintar para poder hacer eso.

ROSA. ¡Es tan hermoso trasladar al lienzo las impresiones del alma!

LOLA. Pues á mi me basta con lo que sé. Después de todo, esas habilidades, si habilidades se pueden llamar, dan bien poco.

LUISA. Dan... para poder vivir si el caso aprieta.

LOLA. Quien no tiene otro camino...

LUISA. Dichosas las que nadan en la opulencia, que visten trajes valiosos y ostentan montones de oro y pedrería.

LOLA. ¡Siempre con punzantes indirectas!

JULIA. Tiene razón en el fondo.

LOLA. (*Llevando aparte á Rosa y Julia.*) Os decláis sus amigas y nada os favorecéis con ello.

JULIA. ¿Pues no es tan buena como cualquiera de nosotras?

LOLA. Tal vez... Pero cada uno debe permanecer en su lugar.

JULIA. No entiendo la precaución. Ella es hija de un marino rico y muy digno.

JULIA. Y si bien es verdad que no es baronesa cómo tú...

LOLA. Hija de un marino rico .. lo fué; pero hace mucho tiempo que no saben nada de él. Se embarcó un día y se ignora el paradero del barco y del marino.

ROSA. Eso no la hace indigna.

LOLA. Pero la rebaja un tanto la posición á que la reducen las circunstancias.

JULIA. Acaso...

LOLA. Pinta cuadros y hace labores para venderlas. Con eso se mantienen.

ROSA. Y no tienen otras rentas?

LOLA. Absolutamente ninguna más. Ya véis...

JULIA. De modo, que hoy por hoy es una simple menestrala.

LOLA. Ni más ni menos. Una menestrala con humos de señora, porque recuerda su pasada posición.

ROSA. Ya conocía yo en su hablar, que es algo tosca.

LOLA. Cómo alterna con gente de más ó menos...

JULIA. También he notado que es muy chismosilla.

LOLA. Haciéndose la Mari-sabia. Dando consejos á

todo el mundo y encontrando mal todo lo que hacen los demás.

ROSA. Entonces procuraremos esquivar un tanto su amistad.

LOLA. Yo, si te he de hablar con franqueza, la tengo atravesada como un hueso en la garganta... Vamos, que no la puedo tragar.

JULIA. Pero cuando estábamos todas juntas en el Colegio bien ibas con ella y la llamabas «tu querida amiga,» «tu amiga predilecta».

LOLA. Entonces vivía su papá, y ellos podían presentarse dignamente en la sociedad. Hoy las cosas han cambiado; y una amiga pobre, desluce á la que es rica, si mucho fraterniza con ella... Hay que rendir culto al bien parecer... Hay que hacerse con amigas que la dignifiquen á una... Por eso está aquello de «dime con quien vas»...

JULIA. En eso tienes razón. Y hablando de otra cosa... ¿Estáis ya preparadas para la *soirée* de esta noche? ..

ROSA. Por supuesto.

LOLA. Pienso en ella estrenar un traje que hace dos meses me acabaron y que no estrené por haberse suspendido la función. Y una diadema preciosa que me regaló mamá el dia de mi santo.

JULIA. Atraerás hacia ti todas las miradas. Te presentarás digna del nombre que te dedican.

ROSA. He oido llamarte la Reina de la hermosura.

LOLA. No tanto, amigas mias, no tanto.

JULIA. Ahora con tu permiso iremos á encontrar á nuestras mamás, que deben regresar ya de la fuente del Alamo, donde fueron hace un rato.

LOLA. La mia marchó al correo ansiosa de recibir noticias que hace dias nos faltan, y nos tienen intranquilas.

JULIA. ROSA. } Hasta luego, pues.

LOLA. Adiós, amigas mias.

ESCENA II

LUISA, LOLA.

LUISA. (Terminé mi labor... Me satisface.)

LOLA. No está mal ese cuadrito...

LUISA. Psé... regular.

LOLA. Aprendiste pintura en el colegio?

LUISA. Aprendí en él varias cosas que hoy me sirven de utilidad y de consuelo. De utilidad las labores; de consuelo la fe que me enseñaron aquellas religiosas.

LOLA. Demasiado rígidas en su observancia. Por eso dejé aquel colegio... Y además, porque una joven de mi clase necesita una instrucción más ámplia, como la que he recibido en París.

LUISA. Eso viste mucho á la moderna.

LOLA. Sí, mientras vosotras permanecéis á la antigua en los colegios de España, sin más conocimiento práctico que coser y sin más ciencia que rezar.

LUISA. ¡Rezar!... Ah! Cuando los españoles sabían rezar ganaban todas las batallas, eran muy ricos, muy respetados y no perdían colonias.

LOLA. Y que tiene eso que ver con nosotras?...

LUISA. Mucho. Porque la mujer de su casa es la primera maestra del hombre y su ciencia primordial debe ser la devoción. Después viene lo demás, necesario para la sociedad; las labores, la música, los idiomas, en fin lo que debe adornar á una joven. Eso, eso me enseñaban en el colegio que hoy bendigo.

LOLA. Y que por lo visto aprovechaste, sobre todo en *labores delicadas;* porque hace dos dias te vi remendando una chaqueta de tu mamá con pedazos de otra tuya. Entonces me acordé de los consejos de Sor Mariana, quien decía que una joven debe saber hacerse los vestidos sin tela.

LUISA. Y decía muy bien.

LOLA. ¡Sublime ciencia!... En mi colegio no se ha enseñado todavía.

LUISA. Pero se enseñará á coser.

LOLA. Eso sí, un poco.

LUISA. ¿Un poco nada más?... Entonces qué es lo *mucho* que has aprendido.

LOLA. ¿Tratas de examinarme?

LUISA. Trato solamente de saber, qué *sabes*.

LOLA. Ya me has oido tocar el piano.

LUISA. Sí, polkas y mazurkas.

LOLA. He aprendido con extensión Aritmética, Geografía, Geometria, Historia natural y Gramática.

LUISA. ¿Castellana?

LOLA. No... francesa.

LUISA. Eso está muy bien para una española.

LOLA. De adorno, sobre todo. Dibujo, flores de cera, de tela y de papel... Equitación y baile.

LUISA. ¡Baile y equitación!... Pero es que las alumnas de aquel colegio salen para proveer los circos ecuestres?...

LOLA. Qué ignorante eres, Luisa. Te asustarás, pues, si te digo que también me han enseñado á tirar al blanco.

LUISA. Ya no hace falta más á una mujer. Si Dios la destina para esposa, cuando á su marido se le rompa la chaqueta, en lugar de cosérsela, le pega tres ó cuatro tiros y ya está arreglada.

LOLA. Eres una imbécil. ¿Acaso las que nos hemos educado allí necesitaremos nunca el coser?...

LUISA. ¿Quién sabe?...

LOLA. Sabia anticuada... Yo te desprecio.

LUISA. Pues yo, Doctora modernista... te perdono.

(*Váse Lola por el foro.*)

ESCENA III

LUISA, y la Tia PATRICIA.

PATRICIA. ¡Un abrazo, señorita Luisa, un abrazo!

LUISA. ¿Vuelves ya de la ciudad?

PATRICIA. En el tren que acaba de llegar.

LUISA. Poco has estado allá. Marchaste ayer por la mañana... ¿Y tu hija... cómo sigue en el hospital?

PATRICIA. Casi buena.

LUISA. ¡Gracias á Dios!... No sabes cuanto me alegra esta noticia.

PATRICIA. También me alegro yo de otra; y he regresado tan pronto, para ser yo y nadie más quien se la trajese á usted?

LUISA. ¿Qué es ello?

PATRICIA. ¿No lo adivina en lo contenta que estoy?... Pues que el señor su papá de usted ha escrito.

LUISA. ¡Dios mio!... Luego eran ciertas las noticias de que el buque... ¡Gracias, Virgen Santa!... ¿Y mamá?

PATRICIA. Loca de alegría, como es de suponer. Marchó hace dos días á la ciudad para confirmar los rumores y se encontró allí con carta de su esposo.

LUISA. ¡Oh... no sé, Dios mio, como agradeceros el beneficio!...

PATRICIA. Merecido lo tenia usted. Dios ha hecho brillar aqui con su bondad su justicia... ¿Y aun hay quien dice que no existe?... ¡Vaya si existe, y muy grande!...

LUISA. Ven, abrázame otra vez, quiero pagarte con mi afecto la noticia. (*Abrazando á Patricia.*)

PATRICIA. ¡Gracias!... ¡Ah, se me olvidaba. Si estoy trastornada!... Esta carta de la señora para usted, y dijo que regreserá cuanto antes.

(*Entrega una carta á Luisa.*)

LUISA. (*Leyendo.*) «Cobré tus trabajos y otras cosas. Te remito ochenta duros con Patricia para que nada te falte por si tardo.»

Muy bien Patricia, te soy deudora...

PATRICIA. De mi alegría y nada más.

LUISA. Quiero, pues, que tu hija participe también de la alegría. Toma.

(*Le dá un billete de Banco.*)

PATRICIA. ¡Alma generosa! Siempre se acuerda de mi hi-

jita!... Y aun hay quien... Vamos... hay cosas que enternecen y me dan más ganas de llorar... (*Enjugándose los ojos.*)

LUISA. ¡Patricia! (*Sonriendo.*)

PATRICIA Por eso Dios la proteje á usted. En cambio á otras.. Si usted supiera.

LUISA. ¿Qué es ello?

PATRICIA. El barón del Rio...

LUISA. ¡El padre de Lola!...

PATRICIA. Sí, de esa bella orgullosa, se halla complicado en un negocio no muy santo que ha descubierto la justicia, y según se dice su ruina es inmediata y él quizá vaya á parar á la cárcel... ¡Tanto tren!... ¡tanta joya!... ¡tanto lujo!

LUISA. Eso me conduele... ¡Pobre Lola!

PATRICIA. ¿Aún la compadece usted?...

LUISA. Es mi amiga desde muy niña, y la quiero.

PATRICIA. Vamos, tiene usted un alma que no es de este mundo. Pues á fé que la van á compadecer todos los demás. Su orgullo les ha creado miles de enemigos. Se sabe que hace tiempo vienen entrampándose y hoy tiene muchas deudas... *Ingleses*, como dicen ahora en la ciudad.

LUISA. ¡Pobre Lola!...

PATRICIA. Pues las miro mal, porque no encontrarán á nadie que les preste apoyo.

LUISA. Tendrán el mio en cuanto pueda.

PATRICIA. Vamos, señorita, con usted no se pueden tratar estas cosas. Después de tanto desprecio que ha recibido de ella...

LUISA. Dios me enseña la caridad.

PATRICIA. Siempre es usted la que me vence... Sabe casi tanto como el señor cura.

LUISA. Yo sólo sé que debo á Dios mucho, mucho, y quiero pagarle un poco de esa deuda. Por lo tanto, Patricia, debemos ante todo visitar en un momento la Virgen de la hermita. ¿Me acompañas?

PATRICIA. Ya lo creo. Si es ella la que ha puesto buena á mi pobrecita hija. Vamos enseguida. (*Vánse.*)

ESCENA IV

BARONESA, por el foro, con una carta en la mano. Está muy abatida.

BARON. No hay solución posible... Aparece complicado en el proceso, y no se salvará?... ¿Qué va á ser de nosotras?... ¡Qué vergüenza!... Todo el mundo nos señalará con el dedo. Todo el mundo nos despreciará y nos tendrá en poco, en menos, mucho menos, que se tiene al más humilde menestral. ¿Y mi hija?... ¡Mi pobre Lola! ¡Qué golpe tan terrible va á su sufrir ahora, en la flor de sus años, cuando le sonreía un mundo de ilusiones... (*Llora.*) ¡Oh, yo enloquezco!... Iré á la ciudad, hablaré con mi esposo, veré á los jueces... y... ¿qué conseguiré?... Añadir á mi vergüenza la burla de los maliciosos... ¡Maldito orgullo! Aún en medio de mi desgracia siento que me asalta el corazón. Nuestra ruina es inminente, el proceso es grave y la justicia absorberá la riqueza que nos queda... Pobres y deshonrados seremos el escarnio de la sociedad. Ya para nosotras tan sólo resta un camino... la desesperación.

(*Cae abatida en un asiento, y llora.*)

ESCENA V

Dicha. LOLA seguida de JULIA y ROSA.

LOLA. A la noche en el baile os lo diré... ¡Oh Dios mio!... ¡qué es esto!... ¡Mamá! ¡mamá! estás llorando!... ¿Qué tienes?... ¿Qué te pasa?...

BARON. ¡Oh! no quiero que lo sepas todavia...

(*Entra en el pabellón de la izquierda.*)

LOLA. Su reserva acrecienta mi ansiedad... Quiero saberlo y lo sabré. (*Entra en el mismo pabellón.*)

ESCENA VI

JULIA, ROSA. Luego vienen por el foro LUISA y PATRICIA. LUISA entrará en el pabellón de la derecha cuando lo indique el diálogo.

JULIA. No me explico lo que ocurre.

ROSA. Nada. Ya sabes que la Baronesa exajera mucho.

JULIA. Pero lloraba de veras.

LUISA. Gracias, Patricia, por tu compañia.

PATRICIA. Con gusto señorita.

LUISA. Dios me ha otorgado un gran bien. Debo yo agradecida ejercer hoy la caridad con el primer pobre que se me presente.

(Entra en el pabellón de la derecha.)

PATRICIA. Muy buenos dias, señoritas.

JULIA. Felices, tia Patricia.

PATRICIA. ¿Ya están ustedes de regreso?... Las he visto antes de subir camino de la fuente.

ROSA. De allí venimos.

PATRICIA. Y no las acompaña su inseparable amiga.. la señorita Baronesa...

ROSA. Hace poco venia con nosotras; pero al llegar aquí se ha encontrado tristemente sorprendida, viendo á su mamá llorando en este sitio.

PATRICIA. ¡Ah!... por fin se ha confirmado la desgracia?...

JULIA. ¿Qué desgracia?

PATRICIA. (*Con misterio.*) Se dice que han quedado completamente arruinadas...

ROSA. ¿Tan de repente?...

PATRICIA. La cosa venia tiempo há enredándose... hasta que por fin...

JULIA. ¿Pero qué les pasa?...

PATRICIA. Yo no sé nada, señoritas, porque á mi no me gusta murmurar, ni meterme en vidas ajenas. Sólo son voces que he cogido al vuelo.

ROSA. ¿Pero qué voces son esas?...

PATRICIA. Pues un proceso grave, y el nombre del señor Barón mezclado en él.

JULIA. ¡Quién diria!...

PATRICIA. Pero ustedes... como si tal cosa.

ROSA. ¿Nosotras?...

PATRICIA. Los sucesos ya dirán... En medio de todo les está bien cuanto les pasa. Son más orgullosas!... ¡Desprecian tanto á los pobres! En fin, Dios tiene un látigo y azota cuando conviene... Conque salud, señoritas... y hasta otro rato.

JULIA. Con Dios, tia Patricia.

ESCENA VII

JULIA, ROSA.

JULIA. Me he quedado hecha de piedra.

ROSA. ¡Cómo está la sociedad, amiga mia!

JULIA. No puede una fiarse ni del vestido que lleva.

ROSA. Después de tanto brillar en el mundo, el eclipse va á ser *total* y *visible* en todas partes.

JULIA. Y nada se notaba en Lola que hiciera sospechar...

ROSA. Quizá ella misma ignoraba lo que venia sucediendo en su propia casa.

JULIA. ¡Se dan casos tan raros en el mundo!...

ROSA. Adiós, pues, noble escudo. ¿Qué van á hacer del *don* sin el *din*?

JULIA. ¡Pues mira, lo que es á Lola le costará mucho amoldarse á las circunstancias.

ROSA. Toma. Como nos costaria á nosotras.

JULIA. Pero ella es más presuntuosa. Es en su manera de pensar una reina despótica que trata de avasallarlo todo desde el trono de su riqueza y de su hermosura.

ROSA. Pues, hija mia, la falta de aquélla hace desmerecer á ésta, y por lo tanto esa reina será muy en breve destronada.

JULIA. Y descendiendo su nivel tendremos que medirlo con el nuestro para graduar nuestra amistad con

ella, ¿No es verdad?... Esto es lo que ella misma, nos aconseja.

ROSA. Silencio, que ya viene.

JULIA. Disimulemos.

ESCENA VIII

Dichas. LOLA.

LOLA. Por más esfuerzos que hago no puedo conseguir de mamá que me revele ni una palabra de cuanto la aflige.

JULIA. Y con esto sólo aumenta tu ansiedad.

LOLA. Es cierto. Sólo una frase repite sin cesar con amargura. ¡La ruina!... ¡La ruina!... Asi es que estoy horrorizada.

ROSA. Es natural.

LOLA. ¿Porqué alguna de vosotras no intentáis interrogarla y quizá no tema revelaros lo que á mí no quiere? Haced esto en obsequio mio.

JULIA. El asunto es delicado y no me atrevo...

LOLA. Y tú, Rosa?... Sois mis amigas .

ROSA. Eso sería meternos en lo que no nos importa.

LOLA. ¡Como!... ¿No os importa mi pena?

JULIA. Cuando hay peligros...

LOLA. ¿Peligros?...

ROSA. Sí, de causarte más pena todavia.

JULIA. Y además, como el tiempo y los hechos se encargarán de enterarte de todo lo que está sucediendo.

LOLA. ¡Oh!... ese tono... vosotras sabéis algo.

ROSA. Nosotras nada; pero las tormentas se delatan por el rumor que las precede.

LOLA. Luego habéis oído...

JULIA. No hagas caso, amiga... que no sabemos nada.

LOLA. Es decir que no remediáis mi pena?...

ROSA. Si en mi mano estuviera el remediarla, créeme que lo haría.

LOLA. Os llamáis amigas y os complacéis en aumentar mi zozobra? ¡Oh desengaño!...

JULIA. Desengaño .. Eso dá la vida... desengaño.

ROSA. Compadezco tu pena, amiga mia, y ya volveremos otro rato, para ver si te hallas más repuesta.

JULIA. Adiós y resignación.

ESCENA IX

LOLA.

LOLA. Adiós y resignación .. Luego es grande mi desgracia... No, no es una exajeración de mamá... Ella está desesperada... Ha querido hasta morir... Si prefiere la muerte á nuestro mal ¿qué será lo que nos oprime?... (*Pausa.*) Mis amigas lo saben y lo ocultan... ¿Porqué? .. No lo comprendo... En su tono adverti un no se qué despreciativo... A mi... á la baronesa heredera del Rio... Y mil veces me habian repetido sus protestas de amistad .. ¿Dónde está, pues, ese cariño?. . Al verme me abondonan en vez de consolarme... ¿No soy yo la misma de ayer, que tanto remontaban?... ¡Amigas... amigas... ¿Dónde existen?...

ESCENA X

LOLA, queda muy abatida. LUISA aparece en la puerta del pabellón de la derecha.

LUISA. ¡Aqui! (*Yendo hacia Lola.*)

LOLA. ¡Luisa!... Perdón!... (*Abrazándose.*)

LUISA. Olvidate de mi para pensar en ti misma. Mitiga tu dolor, amiga mia, y dispón de esta Luisa que te quiere como nunca supiste comprender.

LOLA. Ahora comprendo cuán buena eres.

LUISA. Sólo cumplo mi deber de amiga. Conozco tu

dolor porque antes que tú lo he sufrido yo. Antes que tú descendí también del pedestal de la dicha. Pero puse en Dios la fé de mi alma, puse en la Virgen la esperanza de mi corazón .. Piadosos escucharon mis plegarias y hoy me devuelven padre y fortuna.

LOLA. ¡Tu padre!

LUISA. Mi padre ha escrito hace dos dias. El barco no se habia perdido.

LOLA. ¡Todas... todas son más felices que yo!... (*Llora.*) Mientras tú encuentras padre y posición, yo he perdido tal vez esas dos cosas.

LUISA. ¿Quién sabe?

LOLA. La idea me horroriza. La duda me consume, si mi desventura es tanta, me matará la pena y la desesperación.

LUISA. Porque te olvidas de Dios.

LOLA. ¡Oh, qué aviso!...

LUISA. La plegaria consuela el corazón y dá fuerza en la desgracia para conseguir su remedio. Atiende mi consejo... Reza y confía.

LOLA. Reza... y confía... ¡Bien!... Rezaré.

(*Entra en el pabellón de la izquierda. Luisa permanece en la puerta unos momentos.*)

ESCENA XI

LUISA. La tía PATRICIA y TEODORA, por el foro.

PATRICIA. El pabellón de la Baronesa es aquel.

TEODORA. Veremos si aquí también me dá la callada por contestación, como ha dado á las cartas de mi maestra.

PATRICIA. Duro y á la cabeza Esa, lo merece todo.

TEODORA. (*A Luisa.*) Señorita... Soy la modista.

LUISA. Y bien... ¿qué desea usted?...

TEODORA. Parece mentira que á tanto llegue el fingimiento ¿Acaso ignora que están ustedes debiendo el traje que se entregó hace dos meses?...

LUISA. ¿Se debe todavía ese traje?...

TEODORA. ¿Cree usted que haciéndose la tonta me va á justificar su silencio .. su desprecio á las cartas que ha recibido. Nosotras trabajamos para comer y si ustedes están en decadencia y llenas de trampas no es mía la culpa.

PATRICIA. (La toma por la otra.) Pero si esta...

(*Interponiéndose.*)

LUISA. ¡Silencio, Patricia!...

PATRICIA. (No lo entiendo.) (*Retirándose.*)

TEODORA. Vengo desde la ciudad resuelta á mover el gran escándalo, para que sepan todas las personas de este balneario quien es esa gran señora que se llama la Baronesa del Rio.

LUISA. La Baronesa del Río es digna de su nombre. La Baronesa del Rio paga todo lo que manda hacer... Cuánto importa ese trabajo?

TEODORA. Aqui está la factura.

LUISA. «Doscientas veinticinco pesetas.» (*Leyendo.*) Tome usted y mire si está bien la cuenta.

(*Dandóle algunos billetes.*)

TEODORA. Sí, señora.

LUISA. Luego, ya está usted pagada.

TEODORA. Con toda exactitud.

LUISA. Así, pues, lo paga todo la Baronesa del Río....

TEODORA. Señorita, usted perdone; pero las circunstancias á veces hacen decir á uno palabras que no quisiera. Además algunas gentes encienden la cólera contando lo que debieran callar.

LUISA. Pues, diga usted á esas gentes la verdad del caso; para que rectifiquen su concepto y se abstengan de calumniar á quien no les dá motivo.

TEODORA. Vaya, que lo diré señorita. Cada cosa lo que sea Me gusta mucho la verdad en su lugar. Y ahora, si la señorita no me manda nada...

LUISA. Gracias. Nada.

TEODORA. Pues quede con Dios y hasta que nos honren otra vez con algún trabajo.

LUISA. Adios.

ESCENA XII

LUISA, PATRICIA.

PATRICIA. Lo miro y no lo creo... Pero señorita Luisa, por lo visto tiene usted vuelto el juicio. .

LUISA. Has estado á punto de cometer una imprudencia.

PATRICIA. ¡Imprudencia!... cuando veo que el dinero de usted sirve para pagar las deudas de esas orgullosas que la han ofendido tantas veces!

LUISA. He cumplido un deber de caridad.

PATRICIA. Siempre me vence usted... Ella sale... Me retiro.

LUISA. Adiós, Patricia...

PATRICIA. (¡Es un ángel!) (*Vase.*)

ESCENA XIII

LUISA, LOLA.

LOLA. Ya he sabido por fin lo que tanto me ocultaban. He leido la carta de nuestro apoderado y en ella nos declara cuanto ocurre. Sólo á mi vida espera una lontananza de luto y de tristeza.

LUISA. ¿Quién sabe, amiga mia?...

LOLA. Es que confiscan nuestras haciendas, cae la malicia de las gentes sobre nosotras y acaba con todo, dejándonos en la miseria. Tengo ya que trabajar para vivir.

LUISA. El trabajo ennoblece.

LOLA. ¡Horrible situación la mia! Si al menos supiera como tú. Pero no, la Baronesa del Rio no sabe trabajar, sólo aprendió á vestir trajes elegantes y ostentar valiosas joyas. Trajes y joyas que son hoy el escarnio de su situación.

LUISA. En efecto. Muy buenos son tus trajes y no te cuestan poco. Aqui tengo una cuenta de tu modista y me parece que te aprieta.

LOLA. ¿Cómo?... ¿Te la ha dado á ti?...

LUISA. Hace un momento.

LOLA. Con objeto quizá de publicar mi deuda?...

LUISA. No, con objeto de que yo te la entregue.

LOLA. ¡Para pagarla!... ¡Oh desesperación!... Y no podemos..:

LUISA. Nada te apure. Está pagada. Tómala.

LOLA. No comprendo...

LUISA. La portadora me confundió contigo. El nombre de la Baronesa debia quedar á salvo y ha quedado.

LOLA. ¡Oh, Luisa!... ¿Y es posible?... Yo te debo...

LUISA. Nada. ¿Acaso el bien que Dios me ha hecho no debo yo estenderlo á quien lo necesite?

LOLA. ¡La primera lismosna que recibo! ¡Qué humillación!...

LUISA. ¿Limosna?... No... Debia la modista cobrar el fruto de su trabajo y lo ha cobrado.

LOLA. ¡Luisa!... Esa acción me confunde y me anonada!... (*Queda abatida.*)

ESCENA XIV

Dichas. La tia PATRICIA, luego D.ª ELVIRA.

PATRICIA. Señorita Luisa. La señora acaba de llegar en este momento. La he visto bajar del carruaje que viene de la Estación.

LUISA. ¡Mamá ha llegado!... Yo voy á recibirla.

PATRICIA. Pero si ella viene hacia acá enseguida.

LUISA. No importa. La impaciencia me consume.

PATRICIA. Señorita, si ya está aquí.

LUISA. ¡Mamá!...

ELVIRA. ¡Hija mia!...

LOLA. (¡Qué felices son!)

LUISA. ¿Y papá?... ¿Ante todo, qué se sabe de papá?

ELVIRA. Muchas cosas, Luisa. En primer lugar que está bueno.

LUISA. ¡Gracias á la Virgen!

ELVIRA. Que llegará en breve, Dios mediante, que co-

rrieron un temporal desecho en el mar de la India y una racha de viento echó el buque á las costas de una isla desierta. Allí permanecierón mucho tiempo sufriendo mil trabajos hasta que les sacó de aquel destierro un buque alemán. En no sé qué puerto han reparado las averías del barco y han salido hace dias con rumbo á España. Eso es todo lo que tu padre me dice en esta carta. (*Le dá un papel.*)

LUISA. ¡Cómo late mi corazón al ver de nuevo letra suya!... (*Llora.*)

PATRICIA. Si Dios nunca deja de la mano á los buenos. (*Luisa y Patricia se retiran á un lado para leer la carta.*)

ELVIRA. Me angustiaba tu pena, Lola, pero hay noticias halagüeñas.

LOLA. ¡Oh, esperanza!... Hable usted, señora, por piedad, para llevar el consuelo á mamá que está muriendo de pena. Acaso el Barón...

ELVIRA. Ha sido víctima de una vil calumnia. La justicia ha puesto en claro la verdad.

LOLA. ¿Y qué?... por el cielo... diga usted...

ELVIRA. Y tu padre ha sido declarado inocente.

LOLA. ¡Oh, padre mío!...

LUISA. ¡Misericordia de Dios!...

LOLA. ¡Mamá!... ¡mamá!... No quiero ni un momento demorarle la noticia.... ¡Mamá!...

ESCENA ÚLTIMA

Dichas. BARONESA, con un telegrama en la mano.

BARON. ¡Hija mía!... ¿Es esto lo que me quieres decir?... (*Enseñándole el telegrama.*)

LOLA. Sí, sí, eso mismo. (*Leyéndolo rápidamente.*)

BARON. Los jueces han sido expertos.

LUISA. La justicia de Dios les ha guiado.

ELVIRA. Baronesa, yo me gozo con tan fausto motivo.

BARON. Gracias, amiga mía.

LOLA. «Reza y confía»... me digiste en mi aflicción, y un rayo de esperanza penetró en mi alma. Miró la Virgen el llanto de mis ojos y escuchó la plegaria de mi corazón.

BARON. De hoy en más, hija mía, erguida tu frente ante ese mundo que empezaba á menospreciarte volverás á ser la hija digna y noble de los Barones del Rio. Volverás á brillar en el mundo como tienes merecido.

LOLA. De hoy en más, madre querida, humilde la frente y sonriente el rostro seré la hermana de los pobres, tratando asi de hacerme digna de los barones del Rio. Quiero brillar por el ejercicio de las virtudes.

PATRICIA. Ahora, señorita, si que es usted hermosa del todo.

LOLA. Riqueza que ostenté por vanagloria, de nada serviste en mi dolor... Si entonces fuiste sorda á mis pesares yo ahora te desprecio. Tomad, mis brazaletes, mis dijes, mis anillos, mis galas todas, que se vendan, para aliviar con su precio la suerte de los pobres.

LUISA. ¡Qué el cielo te bendiga!...

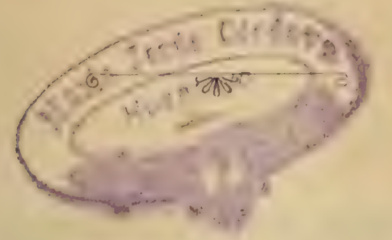
LOLA. Que bendiga primero á quien esto me inspiró. Cuando á solas con mi llanto otras me abandonaban, tú sola vertias el consuelo en mi corazón. Ingrata fui contigo, lo conozco. Quiere pagarte mi alma la dicha que le has dado.

PATRICIA. (¡Cuántas almas transforma el buen ejemplo!)

LUISA. Estaré muy pagada bendiciendo al Eterno y haciendo fieles votos de modestia y caridad.

De la Mundana locura
no ansiemos jamás la palma.
La virtud dá la ventura.
Y la mejor hermosura
es la hermosura del alma.

EL LIRIO



CUENTO ESCÉNICO EN VERSO

POR

MAXIMILIANO M. MONJE



BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CONCEJO DE CIENTO, 290
1904

PERSONAJES

PILAR. MARCELA.
LUZ. RITA.
MARIANA.

Hijos de Jaime Jepús, impresores, Notariado. 9.—Barcelona.



ACTO ÚNICO

Una sala cerrada con un balcón á la izquierda, segundo término, y puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

PILAR y RITA

(Salen por la derecha.)

RITA. No hay nadie. Sal.
PILAR. Que manía
tiene mamá.
RITA. Cuando ella
lo dice tendrá razón
suficiente.
PILAR. ¿De manera
que son dos niñas?
RITA. Dos niñas,
por cierto que no son feas.
PILAR. ¿Cómo se llaman?
RITA. Pues Luz
la menor, la otra Marcela.

PILAR. Ya, Rita, ganas me están
entrando de conocerlas.

RITA. Luego te las mostraré;
pero, ojo, cuando las veas
no vayas á saludarlas;
pasas, al contrario, seria.

PILAR. Y ¿tú sabes por qué causa
son enemigas?

RITA. Muy buenas
no serán cuando mamá
no quiere hablarlas ni verlas.
Ello es un pleito ¿comprendes?
Con motivo de una herencia
se disgustaron las dos
familias. Hoy en la mesa
al comer se lo contaron
á ese señor con melenas.

PILAR. ¿Cómo se llama?

RITA. El papá
Maximino de la Rieza
y la mamá Guadalupe.
Es una dama muy bella.

PILAR. También fué casualidad
que esa familia viniera
á hospedarse en igual fonda
que nosotros.

RITA. Si lo hubieran
sabido van á otro lado.

PILAR. Buscarán una avenencia,
quizás.

RITA. Los papás no quieren;
así lo han dicho en la mesa.

PILAR. Pues mira, te lo confieso,
no comprendo esas reyertas.
El *Padre Nuestro* lo dice:
perdónanos nuestras deudas
así como perdonamos
aquí nosotros las nuestras.

RITA. En fin, vamos para dentro
no vayan á venir esas.

PILAR. Vamos, pero te declaro
que no entiendo.

RITA. Eres pequeña. *(Vanse.)*

ESCENA II

LUZ y MARCELA

(Pasados unos instantes aparecen éstas por la derecha.)

LUZ. Desde esa ventana el mar
quizás se consiga verlo. *(Se asoman.)*

MARCELA. ¡Admirable!

LUZ. ¡Qué precioso!

MARDELA. ¡Si esto me parece un sueño!

LUZ. ¡Qué lindo es el mar, Marcela!

MARDELA, ¡Y que azul es!

LUZ. ¡Y qué inmenso!

MARCELA. Donde se pierde la vista
se confunde con el cielo.

LUZ. Mira allá. Sobre las olas,
con gracioso movimiento,
un barquito se diría
que quiere volar, moviendo,
por ala, su blanca vela.

MARCELA. Parece que se está viendo
un cuadro.

LUZ. Cuadro grandioso
pcr sublime pintor hecho.

MARCELA. Por Dios.

LUZ. Esto es más bonito,
mucho más que nuestro pueblo.

MARCELA. Es claro, allí mar no existe
y el río siempre está seco.

LUZ. Y, oye, hermana ¿de bañarte,
Marcela, no te da miedo?

MARCELA. No tonta; según he oido
nos acompaña un bañero.

LUZ. De todos modos, declaro
que esas olas, que, en eterno
vaivén, parecen de un monstruo
los agitados cabellos,
me asustan.

MARCELA. Bueno, hermanita
¿nos marchamos para dentro?

Luz. ¿Y porqué? ¿Pues este cuarto
no es para nosotras?

Marcela. Tengo
entendido que es de todos
los huéspedes.

Luz. Pues por eso
nos quedamos; si es de paso
tendremos ese derecho.

Marcela. Si no es por eso, Luz mía.
Ya sabes que hace un momento
nos dijo mamá....

Luz. ¿Qué dijo?

Marcela. Que en ese cuarto frontero
habitaba esa familia
con la que tienen un pleito
nuestros padres, y no quieren
que la veamos ni la hablemos.
Son enemigas.

Luz. Marcela,
te juro que no comprendo
porqué se ha de ser contraria
por cuestiones de dinero.
Será por que soy pequeña
y no puedo entender eso.

Marcela. Lo cierto es que la mamá
desde que vió á don Ernesto
no se cansa de decirnos
que con sus hijas no andemos.
Son cuestiones de mayores
y somos seres pequeños.

Luz. Por eso me vuelvo loca
cada vez que un poco pienso.
Si las niñas son simpáticas
y nada malo me han hecho
¿porqué yo he de aborrecerlas?
No lo entiendo, lo confieso.

Marcela. Debemos obedecer
á mamá.

Luz. Sí, la obedezco,
como la obedecí siempre;
pero no sé lo que siento.

Marcela. Desengáñate, hermanita,
cuando mamá manda esto
será por que nos conviene.

LUZ. ¿Y cómo se llaman?
MARCELA. Creo
que Rita y Pilar.
LUZ. ¿Y son
bonitas?
MARCELA. Por tal las tengo.
LUZ. Mira, Marcela ¡qué flores!
(Desde la ventana.)
¡qué rosas! ¡qué pensamientos!
MARCELA. ¿Dónde?
LUZ. Los lleva esa niña.
Si tuviesemos dinero.
MARCELA. ¿Y si no las vende?
LUZ. ¡Tonta!
¿no oyes su pregón?
MARCELA. ¿Que hacemos?
LUZ. Si tuviese algunos cuartos
se las compraba.
MARCELA. Yo tengo.
LUZ. ¿Sí? Pues entonces. ¡Eh, niña! *(Llamando)*
sube aquí, sube un momento.
MARCELA. Las flores te vuelven loca.
¡Jesús y cuantos estremos!
LUZ. ¡Son tan bonitas, despiden
unos perfumes tan buenos!
Yo me las figuro como
si fueran seres pequeños;
como niñas de otro mundo.
MARCELA. ¡Qué loca!
LUZ. Los pensamientos
se me antojan niños tristes,
las rosas niños risueños,
los claveles saludables,
los caracoles traviesos;
los nardos cándidos, puros
como los santos del cielo,
las amapolas pastores,
las hortensias grupos bellos
que juegan al corro siempre,
los jacintos pobres huérfanos,
las camelias orgullosos
y las violetas modestos.
Las flores, Marcela mía,
son las estrellas del suelo.

ESCENA III

Dichas y MARIANA

(Esta trae una cesta de flores.)

MARIANA. Muy buenas.
MARCELA. Pasa, chiquilla.
LUZ. A ver tus flores.
MARIANA. Entre ellas
no hay una mala.
MARCELA ¡Qué bellas!
LUZ. ¡Qué preciosa canastilla
con todas se puede hacer!
MARIANA. Hay violetas, dalias, rosas...
LUZ. Son todas tan primorosas
que no sé cual escojer.
MARCELA. Mira, Luz. *(Mostrándola un lirio.)*
LUZ. ¡Jesús, que lindo
es este lirio nevado!
MARCELA. ¡Qué bello!
LUZ. ¡Y qué perfumado!
MARIANA. A que lo escoja la brindo
que es lo mejor de la cesta.
LUZ. ¡Qué corola tan sedosa!
MARCELA. Es una flor deliciosa.
LUZ. En fin, dínos cuanto cuesta.
MARIANA. Lo que quieran dar.
LUZ. Deseo
que me digas...
MARIANA. Bueno fuerá...
Deme lo que guste.
MARCELA. Espera.
¿Es bastante? *(Dándole dinero.)*
MARIANA. Ya lo creo,
si todas las niñas fuesen
tan buenas y generosas
adquiriéndome las rosas,
muy pronto rica me hiciesen.
LUZ. ¿Vendes poco?
MARIANA. Todo el día
las calles corriendo estoy

y cuando á casa me voy
sigue mi bolsa vacía.

LUZ. ¡Pobre niña!

MARCELA. ¡Triste suerte!

LUZ. ¿No tienes papás?

MARIANA. No, madre
es lo que tengo. A mi padre
le dieron traidora muerte ..

LUZ. ¿Quién el autor pudo ser?

MARIANA. Las olas del fiero mar,
que parece que al matar
gozan de inmenso placer.

LUZ. ¡Pobre huérfana!

MARCELA. ¡Infeliz!

MARIANA. Si no se ofrece ya nada
me retiro. *(Vase.)*

LUZ. ¡Adios, cuitada!

MARCELA. La Virgen te haga feliz.

ESCENA IV

LUZ y MARCELA

MARCELA. Me ha entristecido su historia.

LUZ. Ha sido tan desdichada.

MARCELA. No conocer á sus padres
debe ser una desgracia.

LUZ. Ya no me parece el mar
tan bonito.

MARCELA. ¡Ohís! Repara.
Se abre esa puerta.

LUZ. Si, cierto.

MARCELA. Las hijas de la contraria
de nuestra familia.

LUZ. Puede.

MARCELA. Por si acaso, vamos, anda. *(Vanse.)*

ESCENA V

PILAR

(El lirio de Luz ha quedado olvidado sobre una mesa.)

PILAR. Diga lo que quiera Rita
no es la situación muy clara.

Si en nada ellas me dañaron
¿porqué he de ser adversaria?
¿Que nuestros padres se tienen
por enemigos? No basta,
pues siendo la causa nimía
se puede quitar la causa.
¡Eh! ¡Qué lirio tan precioso!
¡qué aroma tiene y qué blancas
son sus hojas! ¡si parece
que están de nieve formadas.

ESCENA VI

Dicha y LUZ

LUZ. El lirio se me olvidó.
No está donde lo he dejado,
y de que aquí lo he quedado
estoy cierta. *(Reparando en Pilar.)*
¡Ah! ¡lo cogió
esa niña!
PILAR. (¿Si será?..)
LUZ. (Yo se lo debo pedir.)
PILAR. (Algo me quiere decir.
Si ella la flor aquí habrá
quedado.)
LUZ. Perdona... yo... *(Acercándose.)*
creo que el lirio...
PILAR. Lo hallé
aquí.
LUZ. Sí, me lo dejé
olvidado.
PILAR. Tómalo.
LUZ. Es muy bonito ¿no es cierto? *(Cogiéndolo.)*
PILAR. Tan enamorada estoy
que con pena te lo doy.
LUZ. Si tú lo quieres.
PILAR. No acierto
á decírtelo. Me gusta,
pero como al fin no es mío....
LUZ. Te lo doy.
PILAR. ¡Qué desvarío!
Privarte...
LUZ. No me disgusta.

PILAR. Ni yo consiento...
LUZ. No sigas.
Te lo ofrezco de verdad.
PILAR. Como prueba de amistad
lo acepto. Seamos amigas.
LUZ. Con el alma. ¿Porqué no?
PILAR ¡Qué gusto!
LUZ. ¡Cuánto placer!
Eres muy buena.
PILAR. Mujer,
la buena no he sido yo,
sino tú que me ofreciste
el lirio.
LUZ. ¡Qué tontería!
Lo brindé con alegría,
pues simpática me fuiste
desde que te ví al entrar.
PILAR. Igual me ha pasado á mí.
LUZ. ¿Es cierto?
PILAR. Al verte sentí
una impresión singular.
Y si no me dices nada
ahora tuviese una pena....
LUZ. Tan bonita como buena
eres, amiga adorada.
PILAR. Tú sí que eres muy bonita
LUZ. No mujer.
PILAR. Y muy graciosa.
LUZ. Aquí la única preciosa
eres tú, chica.
PILAR. ¡No, quita!
¡Eres tú!
LUZ. ¡Vaya un mentir!
¡Eres tú!
PILAR. Yo te lo niego.
LUZ. Bueno, basta, te lo ruego,
no vayamos á reñir.
PILAR. ¿Reñir por cosas tan vanas?
No; nunca.
LUZ. En lo cierto estás.
No reñiremos jamás.
PILAR. Siempre seamos hermanas.
LUZ. ¡Qué gusto!
PILAR. Seremos tres,

pues cuando lo sepa Rita...
LUZ. ¿Tienes hermana, amiguita?
PILAR. Una mayor que yo.
LUZ. Pues
entonces cuatro seremos,
porque tengo otra.
PILAR. ¿De veras?
LUZ. Mayor que yo.
PILAR. ¿Y á qué esperas,
que no la llamas?
LUZ. Tenemos
que aguardar por que mamá
muy ocupada la tiene.
PILAR. Pero ¿y si luego no viene?
LUZ. No te apures que vendrá.
Y ¿la tuya?
PILAR. Pues le pasa
lo mismo. Le está leyendo
á papá.
LUZ. Por lo que entiendo
no hay libre en toda la casa
más que nosotras.
PILAR. Mejor.
Con eso hablamos á gusto.
LUZ. ¿Tu mamá te causa susto?
PILAR. Si es un ángel del Señor,
nunca un gusto me ha negado.
¿Y la tuya?
LUZ. ¿Mi mamá?
Mira si buena será
que jamás me ha regañado.
PILAR. Pero con tanto charlar
preguntar se me olvidó...
¿Cómo te llamas?
LUZ. Pues yo
me llamo Luz.
PILAR. Yo, Pilar.
LUZ. ¡Pilar!
PILAR. Luz.
LUZ. ¡Virgen María!
PILAR. ¡Dios mío! ¿si será ésta?..
LUZ. Si mi afán no te molesta...
PILAR. Dispénsame la osadía...
LUZ. Quisiera...

PILAR. Aunque no me cuadre
desenmarañar la trama...
LUZ. ¿Cómo tu papá se llama?
PILAR. ¿Cómo se llama tu padre?
LUZ. Maximino de la Rieza.
PILAR. Ernesto Sanche Lombío
LUZ. ¡Es ella!
PILAR. ¡Es ella!
LUZ. ¡Dios mío!
PILAR. ¡Qué desgracia!
LUZ. ¡Que tristeza!
(Las niñas se separan. Pausa.)
PILAR. Perdona... Toma tu lirio.
LUZ. ¡Mi lirio!
PILAR Yó no lo quiero.
Es tuyo.
LUZ. Sí, es verdad, pero....
PILAR. ¡Qué tormento!
LUZ. ¡Qué martirio! *(Pausa.)*
Lo cojo porque no digas.
PILAR. Yo... ¡Luz!
LUZ. ¡Pilar!
A mis brazos.
PILAR. Nadie romperá estos lazos.
(Se abrazan llorando.)
LUZ. Siempre seremos amigas.

ESCENA VII

Dichas y RITA

RITA. ¡Pilar!
PILAR. ¡Rita!
RITA. *(Llevándola lejos de Luz.)* Lindo modo
de obedecer á mamá.
Sabes que con esa niña
te tiene prohibido hablar
y desde el primer momento
te haces su amiga.
PILAR. ¿Y qué hay
de malo en ello?
RITA. Y ¿contestas?
Vámonos á pasear.

PILAR. Pero...
RITA. ¡Silencio!
PILAR. ¡Luz mía!
RITA. Yo se lo diré á mamá.
Vamos.
PILAR. Pero yo....
RITA. ¡Silencio!
PILAR. Adiós, Luz.
LUZ. Adiós, Pilar. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

LUZ luego MARCELA

LUZ. Se la llevan. Por mi causa
la regañarán quizás.
Pues no, pase lo que pase
no renunciaré á Pilar.
MARCELA. ¿Encontraste al fin el lirio?
LUZ. ¡Ay, si supieras hermana
lo que me ha pasado!
MARCELA. Cuenta.
LUZ. Sin saber con quien hablaba
me he hecho amiga de Pilar,
la hija de nuestra contraria.
MARCELA. ¡Ay como mamá se entere!
¡Dios te coja confesada!
LUZ. Es una niña tan linda...
MARCELA. ¿Y la flor?
LUZ. Ella la guarda.
MARCELA. Pídesela.
LUZ. No se debe
quitar lo que se regala.
MARCELA. Pues bien, se la pediré
yo en persona.
LUZ. Pero, hermana...
MARCELA. Pasa dentro.
LUZ. Pero....
MARCELA. ¡Pronto!
Y ya puedes darme gracias.
Si mamá llega á saberlo.
estás del todo arreglada. *(Vase Luz.)*

ESCENA XI

MARCELA luego RITA

(Marcela queda un instante pensativa y cuando ya se dispone á salir aparece Rita con el lirio en la mano.)

RITA. Dispense usted, este lirio,
según me ha dicho mi hermana,
es regalo de Luz.
MARCELA. Justo.
RITA. Pues, Pilar no quiere nada
de esa niña. Aquí lo tiene.
MARCELA. Está bien, quedo enterada.
Y siento que mi hermanita
hecho ese regalo haya,
pero como es una niña...
RITA. A parte de todo agrada,
pues acredita que tiene
noble y generosa el alma.
MARCELA. Eso sí. Ella es muy buena.
RITA. Es parecida á mi hermana.
MARCELA. Por eso amigas se han hecho.
RITA. Sin mirar que son contrarias
nuestras familias.
MARCELA. Para ellas
tal cosa no vale nada.
RITA. Por otra parte, quizás
pueda arreglarse la causa.
MARCELA. Me alegraría.
RITA. Yo también
porque, la verdad, es lástima...
MARCELA. Que por cuestión de dinero
estemos tan separadas...
RITA. Sobre todo si se mira
que mi mamá es una santa
y mi padre un hombre honrado.
MARCELA. Igual sucede en mi casa.
RITA. Pero, en fin, las cosas vienen...
MARCELA. Nosotras no somos nada...
RITA. ¡Ah, pues si en mí consistiese!
MARCELA. Si mi persona bastara...
RITA. Porque, la verdad sea dicha,
me ha sido usted muy símpática.

MARCELA. Igual que á mí usted.
RITA. *(Se aproximan mucho.)* ¿De veras?
MARCELA. Lo digo con todo el alma.
RITA. ¿Por qué existirá ese pleito?
MARCELA. ¡Malhaya el pleito, malhaya!
RITA. Pudiéramos ser amigas.
MARCELA. Yo besarle á usté en la cara. *(Lo hace.)*
RITA. Y por un beso dar diez
que así el cariño se paga. *(Lo hace.)*

ESCENA FINAL

Dichas LUZ y PILAR

(Vienen del brazo.)

LUZ. Bravo.
PILAR. Bravo.
MARCELA. *(Separándose.)* ¡Luz!
RITA. *(Igual.)* ¡Pilar!
LUZ. Y las tontas se separan.
PILAR. Seguid abrazadas.
MARCELA. Pero...
LUZ. Que es día de fiesta en casa.
PILAR. Nuestros papás...
RITA. *(Con miedo.)* ¿Dónde están?
PILAR. Pues en amor y compaña
en el jardín.
MARCELA. Pero ¿el pleito?
LUZ. Lo termitó nuestras lágrimas.
Tanto le rogué á papá.
PILAR. Y tanto lloré en mi casa.
LUZ. Que consintieron en verse.
PILAR. Y se han visto.
LUZ. Y santas pascuas.
MARCELA. ¡Rita!
RITA. ¡Marcela!
MARCELA. A mis brazos.
LUZ. Demos á la Virgen gracias.
PILAR. Y bendito sea el lirio,
que por él somos hermanas.

FIN DE LA OBRA.

EL CASTIGO DEL ORGULLO

EL CASTIGO DEL ORGULLO

LECCIÓN MORAL INFANTIL

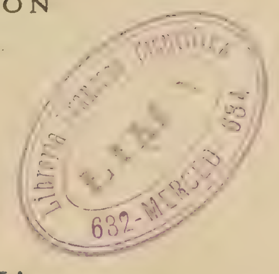
PARA NIÑAS

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. IGNACIO GARCÉS OLIVAR

5.ª EDICIÓN



BARCELONA

ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR — CONCEJO DE CIENTO, 306.

LIBRERÍA DE JULIÁN BASTINOS — CALLE DE PELAYO, 52.

1903

PERSONAJES

ENRIQUETA.
CATALINA.
LUISA.
MARÍA.
ROSA.
JUANA.
ANTONIA.

Hijos de Jaime Jepús, impresores, Notariado. 9.—Barcelona.



ACTO ÚNICO

Decoración de jardín; verja al foro, con puerta praticable. A la derecha, un pabellón á la izquierda. bancos rústicos. A la derecha, en primer término, un velador con libros. labores. etc.: junto al velador tres sillas de rejilla.—Al levantarse el telón aparecen las niñas cantando en corro la copla que se consigna con el aire que le es carectorístico. María mientras cantan, está sentada en un banco en actitud meditabunda

ESCENA PRIMERA

TODAS. *(Formando corro y dando vueltas.)*
Quién tuviera colores
como la rosa,
para ser entre todas
la más hermosa.
Quién se trocara en ángel
de dulce amor,
para estar junto al trono
del Creador.

VARIAS. Eh, basta! *(Deshaciendo el corro.)*

OTRAS. Cómo?

ENRI. Nos causa
ya tanto y tanto saltar!

CATALINA. Pues juguemos á otra cosa.

ENRI. Eso sí, á lo que queráis!
Mas qué haces tú ahí, María?
(*Aproximándose.*)
No juegas?
CATALINA. (*Con desprecio.*) Eh, déjala!
ENRI. Cómo! Pues no es tan buena
como nosotras?
CATALINA (*Con ironía.*) Quizás...
ENRI. Dices eso con un tono...
CATALINA. Yo me entiendo.
ENRI. Ah! Es verdad!
Vamos, ven, María...
MARÍA. (*Con tristeza.*) No,
no; jugad vosotras.
ENRI. Mas...
MARÍA. (*Sollozando.*)
Es que... yo no tengo gana!
ENRI. Pero lloras?
MARÍA. Yo? no tal.
ENRI. Quiéres negar lo que veo?
Qué! no eres mi amiga ya?
Qué te pasa? Dínoslo
CATALINA. Vaya una curiosidad!
(*Llevando á Enriqueta y á las demás al lado opuesto.*)
(Yo os lo diré en dos palabras,
que no es una cosa tan
grande!)
TODAS. (A ver, á ver.)
CATALINA. (*Con misterio.*) (Pues bien,
por una casualidad
he logrado descubrir
que ha tenido carta la
directora del colegio,
de su familia.)
ENRI. (Y qué más?)
CATALINA. (Pasaba yo esta mañana,
poco después de almorzar,
por cerca del cuarto de

la directora; oí hablar
y, aunque escuchar es mal vicio,
me paré y oí no más:
«pobre María! Su padre
se ha arruinado, y hoy quizá
vengan á buscarla, por
que ya no podrán pagar
la pensión.»)

TODAS. (*Con asombro.*) (Calle!)

CATALINA. (Ya veis ..)

ENRI. (Ella tal vez lo sabrá,
y por esto está tan triste!)

CATALINA. (Bah! Y quién puede remediar
su desgracia?)

ENRI. (Justamente!)

LUISA. (Con que es una pobre ya?
No es rica como nosotras?)

CATALINA. (Si ha quebrado su papá...
Ya ves. cuando se la llevan...
porque no pueden pagar.)

LUISA. (Así como así es más tosca...)

CATALINA. (Y más chismosilla...)

ENRI. (Y más
amiga de dar consejos...)

CATALINA. (Toma, como que era la
niña mimadita de
la directora.)

TODAS. (Es verdad!)

CATALINA. (Si os he de hablar con franqueza,
nunca la pude tragar.)

LUISA. (Ni yo!)

TODAS. (Ni yo!)

ENRI. (Pero ayer
bien la besabais y la
llamabais amiga.)

CATALINA. (Toma!
si hubiera sabido ya...)

TODAS. (Tienes razón!)

CATALINA. (Eh! dejadla
que llore; ahora á jugar,
pero no decirla nada.)

LUISA. (Si, si; dejadla, es verdad,
que llore sola!)

ENRI. (O que ria!
eso nos importa igual.)

CATALINA. (Vamos á esperar que suenen
las doce; hora en la cual
un pajarito que tengo,
y que me suele enterar,
me ha dicho que doña Rosa,
la directora, dará
un premio muy rebonito!)

TODAS. (Es cierto?)

CATALINA. (Si, si; es verdad!)

TODAS. *(Saltando.)* (Ay qué gusto!)

ENRI. (Pues entonces
vamos, vamos á jugar
hasta que, según costumbre
la campana haga señal.)

(Vánse corriendo por la verja.)

ESCENA II

MARIA

(Viéndolas marchar.)

Se van y me dejan triste,
sin acordarse de mi!
Ayer todas me querian...
¡Habrán sabido por fin
mi desgracia y... me desprecian...!
Virgen mia!... ¿Por qué, di,
no me amparas? Tú que tanto

puedes, dígnate acudir
en mi auxilio... ¡Dame fuerzas
para llorar y sufrir!

. . . .

¡Hoy quizá deje esta casa,
en donde hasta hoy recibí
educación, donde hallé
amigas y fuí feliz,
y hoy salgo con la desgracia,
pobre, sola, triste y
con el corazón partido
de tanto y tanto sufrir! (*Arrodillándose.*)
Dios mio! Yo desfallezco!
Virgen mia! *¿Por qué, dí,*
no me amparas? ¡¡Dame fuerzas
para llorar y sufrir!! (*Se levanta.*)
Cuán hermosa es la oración!
¡Ya siento mi pecho, sí,
latir mucho más tranquilo!
Daré una vuelta al jardín,
por si logro distraerme...
Oh! Si vendrán hoy por mí!
(*Váse por la verja.*)

ESCENA III

DOÑA ROSA, JUANA

ROSA. No están por aquí las niñas?
JUANA. Se habrán pasado, tal vez,
á jugar al otro lado
del jardín.
ROSA. Bien puede ser.
Si parecen avecillas!...

Señor, lo que es la niñez!
lo mismo hemos sido todos...
Mas hoy no me siento bien...

JUANA. Cómo?

ROSA. Ay, doña Juana! Estoy muerta,
muerta de dolor y de
pena, al ver esa desgracia
que el señor hizo caer
sobre la pobre familia
de María...

JUANA. Verdad es.

ROSA. Hoy espero que vendrán
por ella; así dicen en
la carta; oh, Dios, y qué lástima!
la más aplicada... pues,
la más juiciosa y más bnena
que hay entre todas las del
colegio!

JUANA. Así es doña Rosa!

ROSA. Usted lo sabe tan bien
como yo, que al fin, su cargo...
es mi segunda y lo ve.

JUANA. Lleva usted razón señora.

ROSA. Mas qué le vamos á hacer?
Dios lo ha hecho, bien está;
así convendrá.

JUANA. Eso es..

ROSA. Ay, Juana! ¡Ya me olvidaba,
Jesús, qué cabeza!

JUANA. Qué?

ROSA. Que hoy prometí dar un premio.

JUANA. Lo que compramos ayer?

ROSA. Sí; el medallón y cadena
de oro. Por cierto que
las doce se acercan ya,
y aquesta es la hora en
que debemos darlo.

JUANA. Cierto.

ROSA. Hágase el obsequio, pues,
de subir por él. Yo en tanto
un paseito daré
para estirarme las piernas.

JUANA. Voy por él.

ROSA. Hasta después.

(Vánse D.ª Rosa por la verja y Juana por el pabellón.

ESCENA IV

MARIA

No puedo andar! El dolor
traspasa mi pobre pecho
y hasta las piernas se niegan
á sostenerme. Qué es esto
que siento dentro de mí?
¿Por qué fijo el pensamiento
tengo en mi pobre familia?
En verdad, temo y deseo
ver á mis papás. ¡Los pobres
estarán de pena muertos!
¡Ayer ricos con carruajes,
fincas, criados, y hoy creo
que no tienen qué comer!
Oh! sí! Yo á su lado vuelo!
¡Al fin yo ya sé coser,
sé bordar y podré al menos
pagarles, aunque muy poco,
de lo mucho que les debo!

ESCENA V

ANTONIA, andrajosamente vestida y con un niño de un año en brazos

ANTONIA. (*Desde la verja.*)
Ave María Purísima.
MARÍA. Quién es?
ANTONIA. ¡Señorita, el cielo
premiará vuestra bondad!
¡Este pobre niño enfermo
está ya desfallecido!
¡Desde ayer que yo no tengo
ni pan para alimentarlo!...
MARÍA. (Pobre mujer!)
ANTONIA. Sola vengo.
He andado hoy más de tres leguas,
y ya siento que no puedo
tenerme en pie.
MARÍA. (*Señalando al banco.*) Oh! siéntese
y descanse aquí un momento,
en tanto que busco yo
algo para el pequeñuelo.
ANTONIA. (*Sentándose.*) Oh! Mil gracias!
MARÍA. No se mueva,
que en un salto voy y vengo.
(*Váse por el pabellón.*)

ESCENA VI

ANTONIA

Oh, Dios! Ni sé dónde estoy!
Casi la esperanza pierdo

de hallar á mi hermana, oh!
si lo logro, Dios eterno!
¡Cuán tranquila moriria
dejando á mi pobre Pedro
á quién mirara por él!
Ella que según yo entiendo
por la carta que escribió,
hará como un año y medio
enviudó y quedó muy rica...

ESCENA VII

ANTONIA, MARÍA con un pan, un plato, dos tazas y una cuchara

MARÍA. (*Gozosa.*) No ve usted que pronto he vuelto.
Para usted, caldo y chuleta;
sopitas para el pequeño.
ANTONIA. (*Conmovida.*) Señorita, usted es un ángel!
MARÍA. Eh! No se aflija!
ANTONIA. Oh!... no puedo!
Dispénseme usted si lloro...
Pero Dios mio! Qué veo?
También llora usted?
MARÍA. (*Con esfuerzo.*) No... no!
ANTONIA. Ay, señorita! ¡Qué el cielo
la haga tan dichosa como
se merece!... Pobre Pedro!
con qué afán come las sopas!
MARÍA. Es natural!
(*Voces y algazara en el jardin.*)
«¡Bravo, bueno!»

ESCENA VIII

Dichas, LUISA, CATALINA, ENRIQUETA.

LUISA. Ya van á sonar las doce!
CATALINA. (*Señalando á María y Antonia.*)
(Vaya un grupo!)
LUISA. (Ja, ja! Cierto!
CATALINA. (Dios los cría...)
ENRI. (Catalina!)
CATALINA. (Digo algo malo con eso?
¿Os parece regular,
ni da crédito al colegio,
el ver una compañera
mano á mano con...)
LUISA. (Sí: eso
es feo.
CATALINA. (No, es más: horrible!)
ENRI. Dar limosna, bien, sí: pero
sentarse ahí junto á una
andrajosa...)
LUISA. (Cierto, cierto!)
CATALINA. (Yo, ni saludo á María
desde este mismo momento.)
LUISA. (Ni yo!)
TODAS. (Ni yo!)
CATALINA. (Y además,
si os parece bien, debemos
dar parte á la directora
y que la castigue!)
LUISA. (Eso.)
ENRI. (No ves que como ya es pobre...)
CATALINA. (Qué tiene que ver? Lo cierto
es que aun está con nosotras
y debe guardar respeto...)

LUISA. (Hablas como un libro.)
CATALINA. (Claro.)
ENRI. (La directora.)
CATALINA. ¡Me alegro!
Vais á ver; dejadme á mi,
que hablaré por todas.)
LUISA. (Bueno.)

ESCENA IX

Dichas. DOÑA ROSA por la verja. Al aparecer DOÑA ROSA; suenan doce campanadas. Pausa breve.

ROSA. (*Al sonar la última campanada.*)
Las doce en punto, hijas mias;
(*Se dirige al velador y se sienta.*)
es decir, ya sonó la
hora de dar ese premio
que os prometi regalar.
¡Oh! ¿Pero qué hace Maria?
¿Allí una pobre?
CATALINA. En verdad
que si usted me lo permite
doña Rosa, voy á hablar
en nombre de todas.
ROSA. ¡Hola!
¿Hay alguna novedad
y estas tú comisionada?...
CATALINA. Si señora que la hay.
Por decoro del colegio
no hemos podido mirar
con cachaza que Maria
haya ido á sentarse allá
con esa pobre androjosa.
ROSA. ¿Cómo?

CATALINA. Y todas á la par
hemos pensado pedir
á usted que si no se va
hoy María, la castigue
por esa acción. ¿No es verdad
que lo merece?
ROSA. Lo ignoro.
Ahora se interrogará
á María, y ya veremos
lo que hay de particular
en el caso.

ESCENA X

Dichas, JUANA con un medallón con cadena y un pliego.

JUANA. Doña Rosa,
aquí el medallón está
y este parte que el cartero
trajo ahora.
ROSA. (Oh! Qué será?)
(*Abre el pliego, lanza un grito de júbilo y lo deja caer sobre la mesa.*)
(Dios mío! Cuánto me alegro!
Si Dios nunca puede errar!)
JUANA. (Qué ocurre?)
ROSA. (Una grata nueva
que de lección servirá.)
María!
MARÍA (*Levantándose y yendo hacia el velador.*)
Voy, doña Rosa.
ROSA. (*Con gravedad afectada.*)
Vas á tener la bondad
de explicar por qué razón

te has sentado junto á
esa mujer andrajosa,
sin fijarte en que eso ya
es muy grave.

MARÍA. Ay, doña Rosa!
Perdóneme usted! Quizá
habré hecho mal, más no pude
contenerme... y en mi afán,
al ver á esa desdichada
que ya rendida de andar
llegó con su pobre niño
muertos de nececidad...

JUANA. Sí! sí! Sin duda por eso
se me acaba de quejar
la cocinera de que
María la pidió la
ración que le corresponde.

MARÍA. Sí, señora; y en verdad
que habría usted hecho lo mismo.

CATALINA. (*A Luisa.*) (La castigan, ya verás!)

ROSA. Veamos. (*A Antonia.*) Buena mujer!
Tendria usted la bondad
de acercarse?

ANTONIA. (*Yendo.*) Sí, señora.
Qué me tiene que mandar?

ROSA. Viene usted desde muy lejos?

ANTONIA. De cerca de Portugal.

ROSA. Pidiendo limosna?

ANTONIA. Justo.
De otro modo alimentar.
no podría al pobre niño.

ROSA. Y adónde, señora, va?

ANTONIA. Quiero llegar á Madrid
á ver si logro encontrar
á una hermana que allí tengo
de posición.

CATALINA. ¡Si no hay
pobre sin pariente rico!

ROSA. Eh! niña! Qué es eso?
ANTONIA. Ah!
La niña odia por lo visto
á los pobres! Al pasar
por la entrada del jardin
encontré á todas, y mal
me trató!... Pobre inocente!
ROSA. Pues en eso hizo muy mal,
que aqui se enseña otra cosa.
ANTONIA. Ya lo creo; más la edad...
ROSA. Fuerza es que tenga presente
que pobreza no es maldad;
que Jesucristo fué pobre,
y es un deber respetar
la desgracia.
ANTONIA. Oh! No la riña!
En cambio, encontró mi afán
un ángel que las leciones
de usted sabe aprovechar.
MARÍA. Es que yo también soy pobre!
ROSA. No, hija mia, no es verdad.
Dios previó tu acción sin duda,
y la ha premiado. Lee ya
este parte, en que me dicen
que recobró tu papá
toda su fortuna.
MARÍA. Oh! Dios!
Cuán inmensa es tu bondad!
ROSA. (*A Antonia.*) Y digame usted, señora,
¿la hermana que va á buscar
sabe dónde vive?
ANTONIA. No;
más conocida será
por su posición.
ROSA. Se llama?
ANTONIA. Doña Catalina Hervás.
CATALINA. Ay!
ROSA. (Oh! Cuán justo eres, Dios mio!)

ANTONIA. La conoceréis quizá?
ROSA. (*Señala á Catalina.*) Esa niña es hija suya.
ANTONIA. Eh?
ROSA. La que os trató tan mal.
Esa es, pues, vuestra sobrina.
ANTONIA. Mas mi hermana?
ROSA. Siempre está
deseando verla. Mil
veces la he oido nombrar
á su hermana Antonia, á quien
lloraba muerta.
ANTONIA. Oh! será
cierto? Me pongo en camino,
ahora andaré con afán...
ROSA. Chito! De aquí no se mueve.
Hoy la escribiré, y vendrá
mañana seguramente.
ANTONIA. Señora... cuánta bondad!
ROSA. Ahora que ya, por fortuna,
zanjado su asunto está,
nos falta otorgar el premio.
TODAS. Si, sí!
ENRI. El premio! Es verdad!
ROSA. Quién juzgáis que lo ha ganado?
(*Silencio.*)
Hola! Todas os calláis?
Pues bien; yo que soy el juez,
creo corresponde á
María... No hay quién proteste?
Toma, pues. (*Le da el medallón y la cadena.*)
MARÍA. Tanta bondad!...
ROSA. Ahora debiera, en justicia,
con dureza castigar
á otra... pero la perdono;
pues ya castigada está
en su orgullo, que no es poco.
CATALINA. Pero...
ROSA. Chito y escuchad:

Si del mundo en el camino
veis un pobre, su destino
aliviad con afán sano,
no le retiréis la mano
aumentando su mal sino.
Al pobre limosna dad,
y no olvidéis, en verdad,
pues que la moral lo ha escrito,
que es siempre fiero delito
la falta de caridad.
Tened la lección presente;
recordad eternamente,
pues hoy sois de ello testigo
que el *orgullo su castigo*
encuentra muy fácilmente.

Telón.



LA

LUGAREÑA

JUGUETE CÓMICO EN PROSA

POR

MAXIMILIANO M. MONJE



BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CONCEJO DE CIENTO, 290
1904

PERSONAJES

CARMEN. — CLOTILDE.
ROSARIO. — ISABEL.

Hijos de Jaime Jepús, impresores, calle del Notariado, núm. 9.

ACTO ÚNICO

Sala cerrada con puertas al foro y á los lados.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO

ROSARIO. ¡Válgame Dios y como no supo mi papá lo que se hizo, cuando trajo á pasar una temporada con nosotras á Carmen! ¡Muchacha más cerril no se ha conodido! ¡Criada entre breñas y jaras cree estar siempre tratando con animales! ¡Y qué palabrotas; y qué maneras en la mesa, y qué conversación más agradable! Declaro que la tengo miedo. Desde que se levanta hasta el momento de acostarse no hace más que barbaridades. *(Suena dentro un porrazo.)* ¡Avemaría! ¡qué ruido! Con seguridad que ha sido alguna gracia de Carmen.

ESCENA II

ROSARIO y CLOTILDE

ROSARIO. ¿Qué ha sido eso, Clotilde?

CLOTILDE. Ya puedes suponerlo. Una salvajada de esa india, como la llama todo el mundo.

ROSARIO. ¿Qué ha hecho?

CLOTILDE. Una bicoca: romper la mecedora.

ROSARIO. ¿Por qué?

CLOTILDE. Porque, según ella, es una silla de pega.

ROSARIO. No está ella mala pega.

CLOTILDE. Fué á mecerse, pero lo hizo con tanta fuerza qué ¡cataplúm! mecedora y muchacha al suelo rodando.

ROSARIO. Estaría graciosa.

CLOTILDE. Igual que una rana.

ROSARIO. ¿Y entonces fué cuando rompió la mecedora con la caída?

CLOTILDE. ¡Quiá! Eso ha pasado después. Carmen se levantó del suelo y llena de ira exclamó: ¿Hola, con que tenéis sillas de pega, *pa* que se reviente el prójimo? ¡Pues ya verás lo que hago con esta! Y comenzó á dar coces, por que son verdaderas coces sus puntapiés.

ROSARIO. ¡Qué salvaje!

CLOTILDE. Nada, hermana; la llaman la *India*, y tienen razón.

ROSARIO. Mira que ayer nos hizo pasar una vergüenza.

CLOTILDE. ¡Calla, no me lo recuerdes!

ROSARIO. Pero fué que desde que entró en aquella casa...

CLOTILDE. ¿Y cómo entró? *(Hablando á gritos y remedando.)* ¿Cómo están ustés? Yo güena, la familia güena, y las mulas güenas.

ROSARIO. Y los cerdos güenos...

CLOTILDE. Y creo que si no la atajan nos da noticias hasta de el gato.

ROSARIO. Pues ¿y después?

CLOTILDE. Empeñada en que sabía tocar el piano.

ROSARIO. Y en efecto se sentó en el taburete, y zarpazos por aquí, puñetazos por allá creo que si no la quitan no deja una tecla sana.

CLOTILDE. Lo más gracioso fué la merienda.

ROSARIO. Calla que aún tengo la cara roja.

CLOTILDE. Empeñada en comer la miel con tenedor.

ROSARIO. Y el queso con cuchara.

CLOTILDE. Y en partir con las manos el turrón.

ROSARIO. Y viendo que no podía...

CLOTILDE. Pidió un hacha.

ROSARIO. Es graciosa.

CLOTILDE. Si no fuera tan bruta. Ya sabes lo que pasó con el sombrero de Pilar. Como el tal sombrero está adornado con cerezas, Carmen le echó mano y en un periquete las arrancó todas.

ROSARIO. Lo peor fué cuando las hincó el diente. Creí que nos pegaba.

CLOTILDE. Aquí *to* es de pega—exclamó.—Pero, si es un sombrero—la dije.—¡Anda, pues yo creí que era una cesta! Por eso decía yo: pero ¿por qué demonio se ponen aquí las cestas en la cabeza?

ROSARIO. En fin que si empieza una á contar sus bestialidades no acaba en tres años.

CLOTILDE. Yo ya tengo ganas de que se largue.

ROSARIO. Y yó.

CLOTILDE. Con ellas estamos sacrificadas.

ROSARIO. No podemos ir á ningún lado.

CLOTILDE. Nos pone en ridículo.

ROSARIO. Luego el genio que tiene.

CLOTILDE. El mejor día descalabrá á una niña.

ROSARIO. ¡Qué modo de tirar piedras ayer contra una muchacha que la dijo *paleta*!

CLOTILDE. Parece un vaquero.

ROSARIO. Al fin criada en una majada, entre obejas y gallinas.

CLOTILDE. Aquí viene.

ROSARIO. Dios nos coja confesadas.

ESCENA III

Dichas y CARMEN

(Esta trae en la mano un pájaro, adorno de un sombrero. Sale vestida de campesina.)

CARMEN. Parece que huís de mí.

CLOTILDE. ¿Por qué motivo? Pues eres poco amable.

ROSARIO. ¡Ay, Dios mío! ¿De dónde es cogido eso?

CLOTILDE. ¡Toma! ¡del sombrero de tu mamá!

ROSARIO. ¡Avemaría!

CARMEN. ¿Qué? ¿he hecho algo malo?

CLOTILDE. Nada ¡qué has de hacer tú, que eres más buena que el pan!...

CARMEN. Bueno, menos guasitas ó cojo una estaca y os caliento.

ROSARIO. (¡Qué salvaje!)

CARMEN. Oye; dile á la guisandera que otra vez no me ponga de almorzar esas cosas que están más duras que el hierro.

ROSARIO. (*Á Clotilde.*) ¿Qué ha almorzado hoy?

CLOTILDE. Ostras.

CARMEN. No estás tu mala ostra. Si aquello parece piedra. Se parte una los dientes al masticarlo. Si no hubiese sido por el hambre que tenía no las como. Pero, anda allá, no he dejado nada en el plato.

CLOTILDE. ¿Nada?

CARMEN. Nada.

ROSARIO. ¡Adiós, se ha tragado las conchas!

CLOTILDE. Pero, mujer, si eso duro no se come.

CARMEN. Pues entonces *¿pa* que lo ponéis en la mesa?

ROSARIO. Pero...

CARMEN. ¡Canasto! En mi tierra *to* lo que se saca se come; pero aquí...

CLOTILDE. Por eso debieras de irte al campo.

CARMEN. Por mí ya estaba en él. Aquí no se puede vivir, ni hacer nada á derechas. Á lo mejor cree una que una cosa es *pa* ponérsela en la cabeza y luego resulta que se pone en los pies. ¡Estoy más aburrida!...

CLOTILDE. ¿Te aburres?

CARMEN. Pues ya lo creo. En el campo siempre se encuentra donde divertirse; pero aquí... Por que, vamos á ver, ¿tenéis burros *pa* montarse en pelo? ¿tenéis cochinos *pa* tirarles del rabo? ¿tenéis piedras *pa* tirarlas á los árboles? Aquí las piedras están pegadas al suelo. Os digo que estoy más aburrida. Si siquiera tuviese á la *parda*, una burra con más talento que *toas* vosotras.

ROSARIO. Muchas gracias.

CARMEN. ¡Mecachis, si estuviese en la majada! Ahora estaría yo cojiendo nidos.

CLOTILDE. Pero ¿te subes á los árboles por ellos?

CARMEN. Pues ¿crees tú que los nidos se caen como las peras?

ROSARIO. No, pero...

CARMEN. Vosotras no sabéis más que hablar con pulidos y pamplinas. Como ayer, porque dije: cabo dentro de la caja. ¡No se dice cabo, se dice quipo! Se dice como le da á una la gana.

CLOTILDE. Bueno, mujer, no te enfades.

CARMEN. Holgazanas, que os levantáis á las nueve.

Pero si no servís *pa* maldita la cosa. En sacandoos de vuestras labores no sabéis nada. Yo siquiera se lavar, y aro como cualquier muchacho que are.

ROSARIO. Y ¿no has tirado nunca de un carro?

CARMEN. Mira, aunque soy chica, algunas veces he ayudado á desatranearlo.

CLOTILDE. Ya lo decía yo: Es imposible que Carmen no haya tirado de una carreta.

CARMEN. ¡Clotilde, mira que me enfado!

ROSARIO. Y hay que convenir en que para eso tiene fuerzas... (*Irónica.*)

CLOTILDE. (*Igual.*) Y facultades...

ROSARIO. Nada, nada, vete al campo á servir de mula.

CARMEN. ¡Vosotras queréis llevarla!

ROSARIO. Y déjanos aquí, que no servimos para eso.

CARMEN. ¡Holgazanas!

CLOTILDE. ¡Adiós trabajadora!

CARMEN. ¡Pamplinosas!

ROSARIO. ¡Salvaje!

CARMEN. ¡Mira que te saco los ojos!

CLOTILDE. Vamos á la sala, dejemos á esta india.

CARMEN. ¿India yo? ¿yo india? (*Disponiéndose á avalanzarse á Clotilde y Rosario.*)

ROSARIO. Es capaz de pegarnos. Vamos. (*Se acercan á la puerta derecha.*)

CARMEN. Veréis ahora.

CLOTILDE. ¡Paleta! (*Vanse rápidamente, cerrando la puerta.*)

ESCENA IV

CARMEN

CARMEN. ¿Yo paleta? (*Va á la puerta.*) ¡Ah! ¡han cerrado! ¡Eso las vale! ¡Estas señoritas creen que todo el monte es orégano! ¡Por

eso me cargan!... ¡Mecachis, si estuviera en la majada! ¡Ya le diría yo á ellas burlitas!

ESCENA V

Dicha é ISABEL

ISABEL. Muy buenas.

CARMEN. (¡Otra señorita!)

ISABEL. ¿Dónde están Rosario y Clotilde?

CARMEN. Qué se yo.

ISABEL. Diles que su amiga Isabel está esperándolas.

CARMEN. Díselo tú, que buena boca tienes.

ISABEL. ¿Cómo?

CARMEN. Como... y almuerzo, y ceno. ¿Crées que me mantengo del aire?

ISABEL. ¿Qué modo de hablar es ese?

CARMEN. El que quiero. ¿También tú me vas á enmendar la plana?

ISABEL. Basta, no tengo ganas de conversación. Avisa á las señoritas.

CARMEN. No me da la gana.

ISABEL. ¿Qué dice?

CARMEN. (*Gritando.*) No me da la gana. Y si quieres te lo diré más alto, porque más claro no puedo.

ISABEL. ¡Mal educada!

CARMEN. ¡Cuidado con la lengua!

ISABEL. ¡Sin educación!

CARMEN. ¿Tú quieres leña? Haz cuenta de que tengo ganas de señalar á una señorita!

ISABEL. ¡Vaya una criada!

CARMEN. ¿Yo criada? Ahora verás. (*La coje de un brazo.*)

ISABEL. ¡Suelte usted!

CARMEN ¿Yo criada? *(La arrastra hacia la puerta izquierda.)*

ISABEL. ¡Suelte usted, ó grito!

CARMEN. Grita lo que te dé la gana; pero, ahí dentro. *(La empuja hacia dentro y la deja encerrada.)*

ISABEL. ¡Socorro!

CARMEN. Ahora cierro la puerta. ¡Ya escarmenté á una señorita! *(Vase por el foro.)*

ESCENA VI

ROSARIO y CLOTILDE

ROSARIO. ¿Qué será esto?

CLOTILDE. Otra barbaridad de Carmen.

ROSARIO. Cuando acabará de irse.

CLOTILDE. ¡Eh!

ROSARIO. ¿Qué?

CLOTILDE. ¡Calla! *(Escuchando.)*

ROSARIO. Pero....

CLOTILDE. Creí haber oído....

ROSARIO. Acaba.

CLOTILDE. Ruido en esa puerta.

ROSARIO. Será la india.

CARMEN. *(Dentro cantando.)* «La casa del señor cura, etc.»

CLOTILDE. No, la india está en la cocina.

(Suenan en la puerta izquierda grandes golpes.)

ROSARIO. ¡Dios mío!

CLOTILDE. ¿Lo has oído? *(Pegan otra vez.)*

ROSARIO. Serán.... *(Retrocede temblando.)*

CLOTILDE. ¡Termina!...

ROSARIO. Ladrones.

CLOTILDE. *(Retrocediendo.)* ¡María Santísima!

ROSARIO. ¡Habrán sabido que estamos solas!

CLOTILDE. No me lo digas. *(Suenan los golpes.)*

ROSARIO. *(Abrazando á Clotilde)* ¡Ay!
CLOTILDE. *(Idem á Rosario)* ¡Ay!
ROSARIO. Yo tengo mucho miedo.
CLOTILDE. Y yo también.
ROSARIO. ¿Qué hacemos?
CLOTILDE. ¡Qué se yo!
ROSARIO. ¡Ah, que idea! ¡Avisemos á Carmen!
CLOTILDE. Para qué.
ROSARIO. Para que nos defienda.
CLOTILDE. Ella es muy valiente. Tienes razón.
ROSARIO. Y con sus fuerzas es capáz de matar á un toro.
CLOTILDE. Sí, es lo mejor. Anda.
ROSARIO. Pero ¿querrá?
CLOTILDE. ¿Por qué no?
ROSARIO. Como nos hemos burlado de ella. (*Suenan otra vez los golpes y Clotilde y Rosario huyen.*)
CLOTILDE. ¡Ay!
ROSARIO. ¡Ay!
CLOTILDE. Llama á ésa.
ROSARIO. ¡Carmen!... ¡Carmen!... ¡Ven! ¡anda!

ESCENA VII

Dichas y CARMEN

CARMEN. ¿Qué ocurre?
ROSARIO. Ay, Carmen si supieras...
CARMEN. Habla.
CLOTILDE. Ahí dentro hay un ladrón.
CARMEN. ¡Já, já, já!
ROSARIO. ¿De qué te ríes?
CARMEN. (*Ap.*) (No, pues el susto se lo llevan.) Me río de vuestro miedo.
CLOTILDE. Si te parece...

CARMEN. No asustarse. Ahora voy por una estaca y ya veréis como no sale ese ladrón con hueso sano.

ROSARIO. Sí, anda.

CARMEN. Por más que no debía hacerlo. Me habéis insultado.

ROSARIO. Perdona.

CLOTILDE. Tú eres muy buena.

ROSARIO. Tú eres muy clemente.

CARMEN. Bueno, voy á por el palo.

ROSARIO. ¡No tardes, por Dios!

CLOTILDE. Mira que tenemos mucho miedo.

ESCENA VIII

ROSARIO y CLOTILDE

ROSARIO. No se oye nada.

CLOTILDE. Es verdad.

ROSARIO. ¿Nos habremos asustado sin motivo?

CLOTILDE. Acércate.

ROSARIO. Tú.

CLOTILDE. Qué miedosa. (*Avanza y de pronto retrocede.*) ¡Ay!

ROSARIO. (*Huyendo*) ¡Ay!... ¿Que fué?

CLOTILDE. Nada, creí... (*Vuelve á acercarse y pone el oído en la puerta.*)

ROSARIO. ¿Qué?

CLOTILDE. Me parece...

ROSARIO. Dí.

CLOTILDE. Me parece que lloran.

ROSARIO. Entonces no es ladrón.

CLOTILDE. Sí, sí, lloran.

ROSARIO. Abre.

CLOTILDE. ¿Que será? (*Abre la puerta.*)

ROSARIO. ¡Una niña!

CLOTILDE. ¡Si es Isabel!

ESCENA IX

Dichas é ISABEL

ISABEL. ¡Gracias á Dios!
ROSARIO. ¿Quién te ha encerrado ahí?
ISABEL. ¿Quién ha de ser? la criada que debe de estar loca.
CLOTILDE. ¿La criada?
ROSARIO. Pero si no está en casa.
ISABEL. Perdona, estaba aquí. Es una muchacha vestida al estilo de pueblo.
CLOTILDE. ¡La prima!
ROSARIO. ¡La india!
ISABEL. ¿Qué india es esa?
CLOTILDE. Una prima nuestra, que ha venído del pueblo á pasar una temporada.
ISABEL. ¡Pues vaya una prima!
CLOTILDE. ¡Qué bruta!
ISABEL. No lo sabeis muy bien. Tengo el brazo molido.
CLOTILDE. Es preciso ponerle un correctivo.
ISABEL. O encerrarla.
ROSARIO. No sería mala idea.
CLOTILDE. Me parece que viene.
ISABEL. Pues vamos á otro sitio. No tengo ganas de encontrármela otra vez.

ESCENA X

CARMEN

CARMEN. ¡Se han ido!... ¡Que miedosas!... Bueno, ahora vamos á soltar á la presa. (*Abre.*) ¡Calle!... ¡No está!... ¡A que se á metido debajo de la cama!

ESCENA XI

Dicha y CLOTILDE

(*Al paño*)

CLOTILDE. ¿Qué hace esta?

CARMEN. Estoy por sacarla de una oreja. Ahora verás. (*Entra dentro.*)

CLOTILDE. (*Avanzando.*) Esta es la ocasión. La encierro. (*Lo hace.*) ¡Quién tal hizo que tal pague! Así quedamos libre de ella (*Llamando.*) ¡Rosario! ¡Isabel!

ESCENA XII

Dichas ISABEL y ROSARIO

ROSARIO. ¿Qué pasa?

ISABEL. ¿Qué hay?

ROSARIO. Hay, que he encerrado á la india en este cuarto.

ROSARIO. ¿De veras?

ISABEL ¡Gracias á Dios!

CLOTILDE. Así podremos vivir tranquilas.

ROSARIO. (*Suenan golpes.*) Pega, que como no abras la puerta con la cabèza.

CLOTILDE. No será por falta de ganas.

ROSARIO. No, y como dura vaya si la tiene.

ISABEL. Lo principal es que estamos libres de ella.

ESCENA FINAL

Dichas y CARMEN

(*Por el foro.*)

CARMEN. ¿Quién ha sido la estúpida que me ha encerrado?

ROSARIO. ¡Carmen!

CLOTILDE. ¡La india!

ISABEL. ¡Esta nos mata!

CARMEN. ¡Contestad!... ¡vamos!

ROSARIO. ¿Pero, por donde has podido salir?

CARMEN. ¡Soy yo tonta! ¡Por la ventana!

CLOTILDE. Pero ¡si está muy alta!

CARMEN. Se gatea. Para algo me ha servido la costumbre de subirme á los árboles.

ROSARIO. No se puede con ella.

CARMEN. Pero, sepamos, ¿quién me ha encerrado?

CLOTILDE. He sido yo.

CARMEN. ¡Tú!

CLOTILDE. Sí, perdona. Creí que era el ladrón.

CARMEN. ¡Ahora te lo diré!

ROSARIO. ¡Perdónala!

ISABEL. También tú me encerraste.

CLOTILDE. Fué sin querer.

CARMEN. Te perdono con una condición.

CLOTILDE. Habla.

CARMEN. Que le digas á tus padres que me manden al pueblo.

ROSARIO. Se lo diremos.

CLOTILDE. Hasta se lo pediré de rodillas.

CARMEN. Entonces, dame un abrazo.

CLOTILDE. Chica, no aprietes tanto que me ahogas.

CARMEN. (*Al público.*)

Con que, ya sabéis, mañana
sin falta me voy al pueblo.
Público, amado y querido,
¿qué me dás como recuerdo?

FIN DE LA OBRA.

TEATRO

DE

LA NIÑEZ

LA FIESTA DEL COLEGIO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO PARA NIÑAS

ORIGINAL DE

D. EDUARDO GUILLÉN



BARCELONA
LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CALLES DE PELAYO, 52 Y CONCEJO DE CIENTO, 306
1897

REPARTO

MATILDE.
MARÍA.
JUANITA.
EMILIA.
ROSITA.
LA DIRECTORA.
NIÑA 1.ª
ID. 2.ª
ID. 3.ª

Acompañamiento de niñas.

NOTA: Dónde dice «Santo del Colegio» podrá decirse Virgen ó Santa, según quien sea el titular de aquel en que se represente.

Imprenta de J. Jepús, Notariado, 9, Teléfono 151.—BARCELONA



ACTO ÚNICO

Sala: en el fondo y en el centro un altar con el titular del Colegio adornado con luces y flores. A la derecha y en primer término, un sillón teniendo encima un dosel. A la izquierda, sillas puestas en filas ordenadas; puertas laterales, y en el sitio que se juzgue más conveniente un piano.

ESCENA PRIMERA

ROSITA, que será la de menos edad.

(Dirigiéndose al público.)

Señoras y caballeros:
lo primero, buenas tardes,
y segundo, muchas gracias
por el favor que nos hacen
con su asistencia, gustosos
dedicando unos instantes
á presenciar las escenas
que verán más adelante.

Hoy que el santo es del Colegio
vamos todas, sin alarde,
interpretando un papel
á lucir las facultades;
y sí los buenos artistas
al público respetable
siempre piden indulgencia;
que nosotras no os extrañe
que valiendo poco ó nada
hasta perdón se os demande,
y así daremos principio
muy seguras de alcanzarle:
pues no olvidamos que son
en esta tierra admirable,
bondadosas, las señoras,
los caballeros, galantes.

(Saluda y vase.)

ESCENA II

MATILDE, MARIA y EMILIA.

MATILDE. Quiere nuestra Directora
que haya solemne función...
MARÍA. Pues á divertirnos.
EMILIA. Claro.
MATILDE. Eso mismo digo yo.
Es el santo del Colegio
y con sobrada razón,
debemos de celebrarla
en paz y en gracia de Dios.
MARÍA. Y la que tenga más méritos
presidirá la función
con la corona de reina

y manto de gran valor.

MATILDE. ¿Cuál un mérito no tiene...?

EMILIA. Aquella que tenga dos.
Paquita sabe leer
y escribir que es un primor,
y á Juanita en sus bordados
nadie nunca la ganó.

MATILDE. Y Teresa en el dibujo,
en las cuentas Leonor,
en la música Rosario
y Felisa en Religión.
En fin, que todas...

MARÍA. Es cierto.

EMILIA. A no ser modesta, yo
diría que lo tenía...

MATILDE. Y yo también.

MARÍA. Pues las dos.

MATILDE. Yo me he aprendido una fábula
que llamará la atención.
El pastorcillo y los perros.

MARÍA. Dila al momento.

MATILDE. Allá voy.
«Un pastor que era un diablillo
entretenerse solía
con los perros que tenía,
en la siguiente función.
Un buen pedazo de carne
en el suelo colocaba,
y al que sólo la miraba
dábale sin compasión.
Miedo los canes tomaron
mas estaban en acecho,
y el pastor grave, derecho,
casi sin pestañear.
Repetíase la fiesta

y siempre el chico triunfaba,
tanto, que ya deseaba
su victoria publicar.
  Y en esto el pobre estornuda
(operación fastidiosa;)
cerró los ojos que es cosa
precisa y muy natural.
Bastó sólo aquel momento
para que un can atrapase
la carne, y se la tragase
sin que le supiera mal.
  Pues bien; la carne es la vida,
sus peligros son los canes
y todos nuestros afanes
los representa el pastor.
Esto prueba que aunque estemos
de mil precauciones llenos,
por un estornudo ó menos
nos traga un perro traidor.»

MARÍA. Es verdad que es muy bonita...

EMILIA. Y de bastante instrucción.

MARÍA. Pues yo sé una poesía,
que por cierto me costó
mucho tiempo el aprenderla.
Pero por fin quiso Dios...

MATILDE. Díla al punto.

EMILIA. ¿Y de qué trata?

MARÍA. Pues trata de religión.
La mayor virtud.

EMILIA. El título
ya no puede ser mejor.

MARÍA. «Toda enlutada y cubierta
caminando sin cesar,
va buscando á la desgracia
á dónde quiera que está;

si hay lágrimas las enjuga,
si vé que es hambre dá pan.
presta abrigo con su manto,
remedia la enfermedad,
vuelve la razón al loco,
lleva á la guerra la paz,
acompaña á los cautivos
y proteje á la orfandad.
Así con razón sobrada
viendo que ante ella huye el mal,
dicen todos en el pueblo:
¿Quién esa dama será...?
No la preceden trompetas
ni guardia lleva detrás,
sólo un ángel la acompaña
que resplandores la dá,
con los que á tristes mansiones
inunda de claridad,
de ventura, de alegría,
de esperanzas y de paz;
la mortifica el aplauso,
no conoce vanidad,
que cuanto bien hace es sólo
por hacerlo y nada más...
Así con razón y asombro,
por la que no tiene igual,
dicen todos en el pueblo:
¿Quién esa dama será...?
Pues esa por quién preguntan
y anhelan ver en su hogar
hermosa y bendita, lleva
por nombre *¡La Caridad!*»

MATILDE. ¡Es preciosa!

EMILIA. Ya lo creo.

MARÍA. (*A Emilia.*) ¿Y tú no sabes...?

EMILIA. ¡Ay, yo...!
Sólo un cuento ó cosa así
escrito por buen autor.
MATILDE. ¿Dílo, dílo, que nosotras...?
MARÍA. ¿Y qué título le dió?
EMILIA. *El gatito de Mercedes.*
MATILDE. Ya te escuchamos las dos.
EMILIA. «Era Mercedes una niña hermosa
alegre y bulliciosa,
que se pasaba el día
jugando con un gato que tenía;
el nombre del michito era *Camuñas*,
como ninguno listo
y de afiladas uñas,
por más que nunca se le hubieran visto;
trovador de tejados
y de excelente traza
para la pesca y caza
de los buenos bocados;
por lo que ya comprenderán ustedes
que era goloso el gato de Mercedes.
Ella sus fechorías encubría
y no le castigaba,
él jamás la arañaba
y con caricias le correspondía...
Pero una vez que un dulce regalaron
á la traviesa niña
y de su buen amigo se olvidaron,
armó al punto tal riña
Camuñas el goloso
y lo que aun es peor, el envidioso,
que la pobre Mercedes
de su presencia huyó toda asustada,
y de gato arañada
como ya pueden figurarse ustedes...

¡Qué uñas tenía el listo,
por más que nunca se hubieran visto!
Si en una amistad descuidas
recuerda al gato *Camuñas*
¡que se le creyó sin uñas
por tenerlas escondidas!»

MARÍA. Eso á mi me ha sucedido,
que una amiga me arañó
porque la negué una torta.

EMILIA. Pues no olvides la lección.

MATILDE. En fin, que todas tenemos
un mérito ..

MARÍA. Sí, señor.

EMILIA. Por eso la Directora
sábia como Salomón,
nos propuso el otro día
de echar suertes.

MATILDE. Y es mejor.
Que hay algunas envidiosas.

MARÍA. ¡Y con un orgullo atroz!
Y ofender no quiero á nadie...

EMILIA. Ni yo tampoco.

MATILDE. Ni yo.

MARÍA. Pues á la suerte.

EMILIA. A la suerte.

MATILDE. Corriente. Vosotras dos
decid á todas que vengan
porque va á hacerse al vapor
el sorteo...

MARÍA. Sí, al momento.

MATILDE. Traed de paso el cajón
de las bolitas...

EMILIA. Tal dicha
¿á quién se la dará Dios?

(*Vanse María y Emilia.*)

ESCENA III

MATILDE: coge una bandeja que estará sobre el sillón cubierta por un paño que retira y aparece una corona.

¡Qué brillante y qué preciosa!
No cesa de relucir...
La que la llegue á ceñir
va aparecer una diosa.
Que la toque en suerte espero,
(que á dónde hay grandeza vá esa);
á la hija de la marquesa
ó á la nieta del banquero...
Si la suerte ese favor
á mí me hiciera ¡Dios santo!
¡Yo con corona y con manto
y con mis damas de honor...!
Me iban á desconocer,
no porque orgullo tendría... (*Pausa.*)
En fin, si viene ¡alegría!
Y si no ¿qué se ha de hacer...?

ESCENA IV.

MATILDE, MARIA, EMILIA, ROSITA, JUANITA y acompañamiento de niñas. Todas menos Matilde y Maria tomarán asiento en las sillas que hay en fila.

MARÍA. (*Con un cajoncito*)
Ya estamos aquí.
MATILDE. Cada una
ocupe al punto su silla, (*Siéntanse.*)
que se trató sea reina

la que la suerte decida.
¿Estamos conformes?

TODAS. ¡Si...

MATILDE. Eso me lo presumía.
Si es el uno el que saliese
la primera de la fila
es la agraciada, si el dos
la de la segunda silla
y así sucesivamente. .

(*Matilde y María ocupan las dos sillas que habrán quedado desocupadas.*)

MARÍA. Vaya, el sorteo principia.

(*Después de menear el cajoncito saca una bola y dice:*)

Ya está aquí.

MATILDE. Pues canta.

MARÍA. (*Cantando el número.*) ¡El seis!

MATILDE. ¿A quién la tocó...?

MARÍA. A Juanita.

MATILDE. ¡Qué buena suerte!

TODAS. ¡Qué buena!

JUANITA. Si yo no lo merecía...

(*Ocupa la silla que en la fila hace el seis. Esta niña será la única que esté pobremente vestida.*)

MATILDE. Pero lo quiso la suerte
por tanto ¡viva Juanita!

TODAS. ¡Viva!

MARÍA. (*Aparte*) Paciencia.

EMILIA. (*Id.*) Paciencia.

(*Se ponen todas de pie.*)

MATILDE. Ahora vosotras vestidla
con primor y con respeto;
después de todas s-guida
venga á ocupar el sillón,
y que ordene y que nos rija.

MARÍA. Vamos al momento

TODAS. Vamos.

MATILDE. (*Aparte á Emilia.*)
Tú no te vayas, Emilia.

(*Vánse todas menos Matilde y Emilia. María se llevará la bandeja con la corona.*)

ESCENA V

MATILDE, EMILIA.

MATILDE. ¿Quién me lo dijera á mí?
¿Quién lo había de pensar.. ?
¡A la más pobre tocar!

EMILIA. La suerte lo quiso así;
y yo muy conforme estoy.

MATILDE. Creo que todas lo están...

EMILIA. Mas tú, Matilde...

MATILDE. (*Disimulando.*) También;
porque envidiosa no soy.
Y que aunque es pobre Juanita
por su humildad se merece
lo que la suerte la ofrece...

EMILIA. Y además es muy bonita.
Su padre un trabajador
que virtudes atesora...

MATILDE. Por eso la Directora
fué admitirla de favor.

EMILIA. Ya veremos lo que ordena
y como sabe mandar,
y á la que llegue á faltar
á qué penas la condena.

MATILDE. Y como dá dignidad
al cargo que la tocó,

quién sólo en su casa vió
modestia y necesidad.

EMILIA. Pues pronto lo hemos de ver.

MATILDE. Viene...

(Mirando y señalando por donde vendrán las demás niñas.)

EMILIA. ¿Quién se lo dijera...?

MATILDE. En fin; mande como quiera,
nosotras obedecer.

ESCENA VI

MATILDE, EMILIA. JUANITA aparece con corona y manto seguida de todas las demás.

EMILIA. ¡Por su elegancia y belleza
viva nuestra soberana,
rigiendo nuestros destinos
mucho tiempo...!

TODAS. ¡Viva!

JUANITA. *(Saludando.)* Gracias.

MATILDE Ocupad pronto el lugar
que corresponde á quien manda.

(Juanita toma asiento en el sillón y todas las demás en sus respectivas sillas. Pausa.)

JUANITA. Amigas y compañeras:
no quita para ser franca,
verse reina de la fiesta
aplaudida y envidiada.
Ni mi virtud ni milagros,
ni mi talento ni gracias,
merecían distinción
tan alhagüeña y tan alta,
que fué sólo por la suerte
que es muy caprichosa y vária,

y siempre al que menos vale
es al que premia y alhaga.
Esto dicho y deseando
mucha salud á mis damas,
á colocarles procedo
las merecidas medallas.

(*Matilde se coloca á un lado de Juanita con una bandeja que contendrá las medallas y demas premios que irá entregando una por una á cada niña; mientras tanto otra niña tocará una pieza en el piano, siendo después relevada por otra, á fin de que reciba el premio la primera; con el mismo objeto será también relevada por otra la niña Matilde en tener la bandeja. Al terminar cesa la música.*)

JUANITA. Queda el acto terminado.
Desde hoy, y sin presumir
pueden con razón lucir
lo que el mérito ha alcanzado. (*Pausa.*)
Señoritas; mi deber
al tener cargo tan grande
es que sabiamente mande,
lo cual no es fácil hacer;
mas que Dios me ayude espero;
y ahora sabed, pueblo amado,
mientras dura mi reinado
lo que mando y lo que quiero...

MATILDE Hace muy bien el papel...
(*Aparte á Emilia que estará sentada á su lado.*)

EMILIA. ¡Y quién lo hubiera creído!

MATILDE. Estudió mucho y leído
y la memoria la es fiel.

JUANITA. Lo primero y principal
que dispongo entre otras cosas,
que á clase vengan gustosas

y asistencia puntual;
que algunas como yo veo
fingen enfermas estar,
por no venir y estudiar
y luego van de paseo...

NIÑA 1.ª (*De pie*.) Es que mandan los doctores
paseo al convaleciente...

JUANITA. Silencio encargo.

NIÑA 1.ª (*Sentándose*.) Corriente.

JUANITA. Pasemos á las labores.
Todas han de procurar
por más necesario ser,
perfectamente coser,
zurcir y luego bordar.
Leer claro y sin mentir...

NIÑA 2.ª (*De pie*.) Una á veces se equivoca...

JUANITA. Señorita, punto en boca.
(*Siéntase niña 2.ª*)
Y si es tocante á escribir,
fijad mucho la atención
en lo que la muestra pinta,
letra igual y poca tinta
que es censurable un borrón.
Plana siempre primorosa
con estilo el más galano
y sin que tiemble la mano...

NIÑA 3.ª ¿Y la que sea nerviosa...? (*De pie*.)

JUANITA. Dije silencio...

NIÑA 3.ª (*Sentándose*.) Al momento.

JUANITA. Por último. Religión
y moralidad, que son
de todo bien fundamento
y para guiarnos luz
de la gloria hasta las puertas,
¡que el Señor nos dejó abiertas

espirando en una cruz!

TODAS. ¡Muy bien!

JUANITA. Confianza abrigo
que ninguna ha de faltar,
mas conviene decretar
por si acaso algún castigo...
Que una el límite traspasa
de prudencia en la respuesta,
pues bien; la primera fiesta
estar todo el día en casa...

ROSITA. (*De pie*) Yo sin misa no me quedo
porque al fin es un pecado. (*Se sienta.*)

JUANITA. Cierto. Queda retirado
tal castigo; no haya miedo.
Penaré las infracciones
con encierro en cuarto oscuro...

EMILIA. (*De pie.*) Tampoco. ¡Valiente apuro
si llegara haber ratones... (*Se sienta.*)

JUANITA. Pues sin postre una semana...

MARÍA. (*De pie.*) Enfermaré de repente,
que es eso precisamente
lo que como con más gana. (*Se sienta.*)

JUANITA. Entonces, no lucirá
el mejor traje en un mes...

MATILDE. (*De pie.*) ¿Y quién lo lleva después...?
Pues como dice mamá,
una crece sin sentir... (*Todas de pie.*)

ROSITA. Y que la moda se pasa...

EMILIA. Y dejarlo para casa...

MARÍA. Es derrochar, derretir.

(*Aparece la Directora en el umbral de la puerta.*)

JUANITA. Pues declino desde ahora
tal poder, ninguna pene,
por tanto así, que condene
nuestra sabia Directora.

ESCENA ULTIMA

Las mismas y la DIRECTORA.

DIRECTORA. Bueno, que de mí dependa.
Me encargo de tal misión.
TODAS. ¡Bien, muy bien! (*Aplauden.*)
DIRECTORA. Y del perdón
en prometiendo la enmienda.
Ya teníais discusiones,
por más que fuera en pequeño,
que de la vida en el sueño
las hay por todas razones...
¡Vida! ¡Mundo! Todo guerra;
mas sea paz vuestro anhelo,
y así un lugar en el Cielo
os habréis hecho en la tierra.
ROSITA. (*Dirigiéndose al público.*)
Y aquí da fin la función
en que poco se hizo ó nada,
pero dad una palmada,
como en señal de perdón.



OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

BUEN PADRE Y MEJOR HIJO, en un acto.
UN JOVEN DECIDIDO, en un acto.
* EL LAVADERO DE LA FLORIDA, zarzuela.
* EL ARTE DE PEDIR, comedia en 2 actos.

INFANTILES

En un acto, originales y en verso.

QUEDARSE ZAPATERO.
LA ESCALERA.
VENGANZA DE UN ALMA NOBLE.
AVISOS DEL CIELO.
LA PULSERA.

---

* En colaboración con Ossorio y Bernard.

EL
ANGEL DE SALVACIÓN

LEYENDA FANTÁSTICA, ÁRABE

EN VERSO Y ORIGINAL

DE

D. ANGEL MEDEL.

4.ª EDICIÓN

BARCELONA
LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CALLES DE PELAYO, 52 Y CONCEJO DE CIENTO, 306
1897

PERSONAJES.

PRINCESA, 14 *años.*
JULUJUJÚ, 8.
REY, 40.
FORTUNA, 12.
CALACEITE, 30.
SALOMÓN, 30.

La acción en un principado africano.—Siglo XI

Barcelona: Imprenta de Jaime Jepús, Notariado, 9.—124



ACTO ÚNICO

Decoración de cabaña árabe.—En un rincón, redes y avíos de pescar.—Una mesa y varios taburetes rústicos.

ESCENA PRIMERA.

CALACEITE y SALOMÓN

(Los dos entran por el foro.)

CALACEITE. No hay nadie; entrad sin temor.
SALOMÓN. ¡Qué pobre es esta cabaña!
CALACEITE. ¿Pues qué queriais que fuera
la desmantelada casa
de un humilde pescador?
De un pescador de la infancia,
pues sólo diez años cuenta,
si mi memoria no marra,
el ser que á buscar venimos.
SALOMÓN. Nuestro dueño loco se halla.
¿Qué mal le ha causado un ser
así?

CALACEITE. De eso no sé nada.
Mas, Salomón, me figuro
que nuestra princesa Fátima,
la hija del soberano,
como niña, placer halla
en visitar estos campos,
y en visitar esta casa.

SALOMÓN. ¿No os parece que volvamos,
y así en muy pocas palabras
le digamos, que ni vivo
ni muerto... el chico...

CALACEITE. ¡Ya basta!
Guardaos muy bien de hacerlo,
ó el gaznate nos rebanan.

SALOMÓN. ¡Por el nombre de Mahoma!
¡Tal es su empeño!

CALACEITE. ¡Ahí es nada!

SALOMÓN. Pues, señor, no lo comprendo.

CALACEITE. No tengáis la lengua larga,
ú os hago aplicar tres vueltas
de azotes.

SALOMÓN. Vaya una sarta.
(¡Tres vueltas!) *(Se oye una bocina.)*

CALACEITE. ¡Eh! La bocina
de nuestro señor nos llama:
vamos á ver qué nos quiere. *(Vanse.)*

SALOMÓN. Ya me harto de zarandajas.

ESCENA II.

JULUJUJÚ.

JULUJUJÚ. *(Entra por la puerta con caña y redes.)*
¡Maldita sea mi suerte,
todo el día para nada!
¿Y cómo voy á comer?

Reniego ya de las cañas,
de las redes, y de todo
cuanto hay en la mar salada.
¡Cuándo llegaré á ser hombre
y tendré bigote y barbas!
¡Anda, anda, y cómo arrecia
la tempestad! *(Llaman á la puerta.)*
¡Eh! ¿Quién llama?
¿Quién podrá ser á estas horas?
porque la noche ya avanza.
¿Quién es?

FORTUNA. *(Dentro.)* Abrid, por favor.

JULUJUJÚ. ¿Que abra? ¡No me dá la gana!

FORTUNA. ¡Por favor!... ¡El tiempo es malo,
la tempestad va adelante!...

JULUJUJÚ. (Este será algún danzante
y habrá que arrimarle un palo.)
Esa es grilla, y no me pilla;
fingís la voz y la queja.
¿Quién sois?

FORTUNA. Una pobre vieja
que vive en cercana villa.
Si sigue le tempestad,
como el bosque está vecino,
no acierto con el camino
en toda una eternidad.

JULUJUJÚ. ¡Pobre vieja! Si es así,
que vea mi casa abierta.
Ya tenéis franca la puerta. (*Abriendo.*)

FORTUNA. Muchas gracias. ¡Ay de mí! (*Se sienta.*)

ESCENA III.

Dicho y la FORTUNA.

JULUJUJÚ. Si la jornada es muy larga,
vais á sufrir graves daños;

deben pesaros los años
y no podéis con la carga.

FORTUNA. ¿Lumbre donde calentarme
no tienes?

JULUJUJÚ. Hace ya días
que no tengo gollerías.
Mas si queréis esperarme
y tanto la lumbre apura
iré á buscarla en seguida.

FORTUNA. ¿Y cómo pasas la vida
en esta caverna oscura?

JULUJUJÚ. Muy mal la vida se pasa
malcomiendo y ayunando,
que el pasarla trabajando
ya no es moda en esta casa;
porque yo en mis cortos años
no ignoro lo que es el mundo,
y al decíroslo me fundo.
Yo sólo he sufrido daños,
y á no ser por una tía
que me socorre á menudo,
lo que es á estas horas, dudo
si contároslo podría.

FORTUNA. Y si tuvieras dinero,
¿qué harías con él?

JULUJUJÚ. ¿Qué haría?
Probar al punto á mi tía
lo mucho que yo la quiero.
Tenerle es vana ilusión
y no doy en la tontuna
de esperar en la Fortuna.

FORTUNA. Ella se entra de rondón.
No desconfíes, y cuenta
que á los más desesperados
suele prestar sus cuidados.

JULUJUJÚ. Si en mi casa se presenta,
juro por lo que más quiero
que he de ser muy ahorrador.

FORTUNA. ¡Ó acaso un derrochador!
JULUJUJÚ. No soy yo tan majadero.
FORTUNA. Pues rico serás sin tasa.
JULUJUJÚ. La burla es cruel, abuela:
vaya usté á buscar candela,
que es lo que falta en mi casa.
FORTUNA. Dices bien. La tempestad
ya lejos se precipita.
Toma, con esta cajita
pago tu hospitalidad. (*Le da una caja.*)
Con este regalo, creo
que contento quedarás.
Toma, que así lograrás
lo que cumpla á tu deseo.
¡No seas zopenco!
JULUJUJÚ. (*La toma.*) ¡Andando!
(Como con la edad chochea,
la seguiremos la idea.)
Muchas gracias, y estimando.
FORTUNA. No lo dudes; la prueba harás,
y verás lo que revela. (*Va á irse.*)
JULUJUJÚ. Una palabrita, abuela.
FORTUNA. ¿Todavía dudarás?
JULUJUJÚ. No tengo duda ninguna;
pero quisiera afanoso
saber...
FORTUNA. ¿Qué quereis, curioso?
JULUJUJÚ. ¿Vuestro nombre?
FORTUNA. ¡La Fortuna!

(*Se descubre, quedando en un traje caprichoso de Fortuna.*)

Conmigo las dichas van.
No olvides la predicción:
Si tienes fe y ambición,
aprovecha el talismán. (*Vase.*)

ESCENA IV.

JULUJUJÚ sólo.

JULUJUJÚ. ¡Estoy soñando ó dispierto!
¡La Fortuna en mi vivienda!
Si es cierto, si no ha mentido,
¡bendita mil veces seas!
Va á terminar esta vida
de angustia, de horror, de penas
Mas, ¿puede darme el dinero
quizá la dicha completa?
No, que me falta el amor
de una madre tierna y buena,
y los halagos de un padre
que á mi educación atienda.
¡Por qué habrá querido Allah
que ambos su vida perdieran,
dejándome abandonado
tan sólo á la Providencia!
Pero si quieren los cielos
que yo al fin cumplida vea
su predicción, yo diré:
¡Fortuna, bendita seas!
¡Bien haya la tempestad
que te trajo á mi vivienda!

ESCENA V.

Dicho, SALOMÓN y CALACEITE.

SALOMÓN. ¿Si habrá venido ese chico?
CALACEITE. Miradle dónde se encuentra.
¡Si tengo yo una nariz!

SALOMÓN. Avancemos con cautela.
JULUJUJÚ. ¿Y qué encerrará la caja?
Veamos... Pero alguien entra.
CALACEITE. (¡Nos ha visto!)
JULUJUJÚ. ¿Qué queréis?
SALOMÓN. Que nos sigáis.
CALACEITE. La Princesa
Fátima venir nos manda,
y es fuerza se la obedezca.
JULUJUJÚ. ¿Y qué quiere esa señora?
De mí, ¿qué es lo que desea?
CALACEITE. Ya lo sabréis. Lo importante
es que vengáis á la fuerza.
JULUJUJÚ. ¿Qué queréis hacer de mi?
Vuestra intención no es muy buena.
SALOMÓN. Vaya, ahorremos las palabras,
ó una mordaza á esa lengua
mando poner.
CALACEITE. Vamos pronto.
JULUJUJÚ. Esta es la fortuna inmensa
que me estaba reservada.
¡Pues no hay duda que es muy buena!
¡Por piedad no me hagáis daño!
¡Tened piedad!
SALOMÓN. ¡Qué simpleza!
Si no quieres bien á bien,
se te llevará á la fuerza.
JULUJUJÚ. ¡Madre mía, ampárame!
¡Oye mi angustiada queja!
Conduélete de este hijo
entregado á estas dos fieras.
CALACEITE. ¡Fiera yo!
SALOMÓN. Ya es por demás:
No has de pronunciar más quejas.

(Saca el puñal para herirle, y á este tiempo se aparece la Princesa.)

ESCENA VI.

Dichos y la PRINCESA.

PRINCESA. ¿Quién aquí pide socorro?
¿Qué pasa aquí?
LOS DOS. ¡La Princesa!
JULUJUJÚ. ¡La Princesa!
PRINCESA. ¿Qué te espanta?
Una Princesa es tu huéspeda.
Salid al punto...
CALACEITE. ¡Señora!...
PRINCESA. Menos palabras ¡Afuera!
SALOMÓN. Avisemos al señor.
CALACEITE. Que le avisemos es fuerza.
(Vanse los dos.)

ESCENA VII.

LA PRINCESA y JULUJUJÚ.

JULUJUJÚ. ¡Estoy soñando ó despierto!
Vos sois...
PRINCESA. ¡La Princesa Fátima!
JULUJUJÚ. ¡Quién nunca asi lo creyera!
PRINCESA. ¿Esa noticia te espanta?
JULUJUJÚ. ¡No, señora! Sois un ángel
que todos mis males calma.
¡Quién nunca tal cosa viera!
¿Quién nunca se imaginara,
que el ángel de salvación

que encontré cierta mañana;
que aquella niña afanosa
que solícita aliviara
el tormento que sufría
por el hambre cruel el alma,
era una ilustre Princesa
tan hermosa como el alba,
tan linda cual las huríes
que al buen Mahoma acompañan?

PRINCESA. El enojo de mi padre
á mí y á vos nos alcanza,
y á sus órdenes debéis
el que sin mi os apresaran.

JULUJUJÚ. ¿Y qué motiva ese enojo?

PRINCESA. Nada más que mis palabras.
De vos con frecuencia le hablo,
le pondero vuestras ansias,
vuestra miserable vida,
vuestra existencia arrastrada
por el vil y sucio lodo
que va en pos de la desgracia;
y él, que tiene rudos celos,
en cuanto su mente alcanza
que el aire, el céfiro, el pájaro
puede robarle sin causa
un átomo del cariño
de su hija idolatrada,
juró que en vuestra persona
tomaría cruel venganza.

JULUJUJÚ. ¿Aun más desgracias el cielo
para mi mal me prepara?

PRINCESA. No temáis, que la Princesa
Fátima siempre os ampara.

ESCENA VIII.

Dichos y el REY.

REY. Cumplírselo no podrás,
porque lo impide mi rabia.
PRINCESA. ¡Padre!
JULUJUJÚ. ¡Señor!
REY. Apartad,
y no pronuncies palabra,
vil retoño miserable.
JULUJUJÚ. Señor, la injuria me abrasa.
REY. ¿No os llamáis Abderramén?
JULUJUJÚ. Justo, Abderramén Abdala,
nombrado el Julujujú,
señor, tal vez por desgracia.
REY. Fueron fieles mis informes:
en ti vengaré, canalla,
las ofensas recibidas
por tu padre el vil Abdala.
Conspiró contra su rey
que de honores le colmara,
y pagó su ruin acción
con la vida.
JULUJUJÚ. ¡Basta! ¡Basta!
¡Por favor, callad, señor!
PRINCESA. ¡Padre mío!
REY. Calla Fátima.
Un encierro está esperando
al hijo del vil Abdala.
Dentro de breves minutos
ocuparás esa estancia.

JULUJUJÚ. Y bien. Pues vos lo queréis,
en conducirme ya tardan.
Si anheláis en este hijo
satisfacer la venganza,
no satisfecha, del padre,
mandadme matar sin falta.

REY. No soy tan cruel, rapaz.

PRINCESA. No lo hará. Vedme á esas plantas
pidiéndote, padre mío,
el perdón de ajenas faltas.

REY. No es posible el atenderte.
¡Hola! que venga mi guardia.
(Llamando en la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

Dichos, SALOMÓN y CALACEITE.

SALOMÓN. Aquí nos tenéis, señor.

JULUJUJÚ. ¡Oh, Dios, me abrasan las lágrimas!

REY. Llevadle á su calabozo.

CALACEITE. Ved lo que encierra esa caja.

REY. Un papel... ¡Cielos, qué leo!

PRINCESA. ¡Se turba!...

JULUJUJÚ. Señor, ¿qué pasa?

REY. Oid. «En el nombre de Allah. Á todos los que leyeren este papel. He sido acusado injustamente. No he conspirado contra el rey en mi vida. Mahoma quiere imponerme una prueba ruda. Wala, el genio protector que ampara á los buenos, acaba de depositar un niño en mis brazos que lleva

por nombre Abderramén. Es el hijo escogido por el Profeta para que su genio guerrero dé brillo á su patria y dias de ventura á sus súbditos. Á los que esto leyeren se les presentarán las pruebas en el momento que á mi hijo ficticio pueda ocurrirle una gran desgracia.—*Yo Abdala.*»

PRINCESA. ¡Qué dicha!
JULUJUJÚ. ¡Sueño!
REY. Soltadle.
Esas pruebas ¿dónde se hallan?
Si es cierto lo que me dice
en este papel Abdala,
yo seré tu protector.
JULUJUJÚ. Yo, señor, no tengo nada.
REY. ¿Luego me ha mentido?
FORTUNA. (*Saliendo.*) No.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y la FORTUNA.

FORTUNA. Aquí se encuentran.
REY. ¡Me pasma!
JULUJUJÚ. ¡La Fortuna!
FORTUNA. Sí, hijo mio.
Ya recuerdas mis palabras.
Conmigo las dichas van.
No olvides mi predicción:
Si tienes fe y ambición,
aprovecha el talismán.
Hoy quiere la suerte pia
que logres tu bienandanza.

Hoy se cumple tu esperanza,
y eres feliz en tal día.
El Rey te da su perdón,
y no el oirlo te aflija,
porque encontraste en su hija
el ángel de salvación.



EL PREMIO DE LA BONDAD

EL

PREMIO DE LA BONDAD

PROVERBIO INFANTIL, EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ANDRÉS FALCÓN Y PARDO



BARCELONA
LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CALLES DE PELAYO, 52 Y CONCEJO DE CIENTO, 306
1897

PERSONAJES

D.ª INÉS DE FONSECA.
LUISA DE FONSECA (María).
MARÍA (D.ª Luisa de Fonseca).
TOMÁS.

Época actual. La escena pasa en una quinta de la provincia de Granada.

Imprenta de Jaime Jepús, Notariado 9. Teléfono 151. —BARCELONA.

Á MIS SOBRINOS

CARLOS Y EMILIO FALCÓN

A vosotros, muy niños aún, os dedico la presente obra, exenta de todo mérito literario, para que por ella aprendáis á ser buenos en toda la extensión de la palabra y podáis en el día de mañana ostentar el mejor de los títulos, el de hombres honrados. Ya sé que el de la honradez no es el mejor camino para prosperar y hacer fortuna en los desdichados tiempos que corremos, pero si no os eleváis por esta causa y alguno os llama *tontos*, tened la seguridad de que el que tal haga es un *perdido*; aunque nada os debe importar de semejante dictado, pues es á todo preferible la tranquilidad de la propia conciencia y el poderse presentar serenos ante Dios cuando nos vaya á juzgar en el momento de su eterna justicia.

Vuestro tío

Andrés.



ACTO ÚNICO

El teatro representa una casa de campo con habitación á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

TOMÁS.

Pues señor, dieron las diez
cien mil cosas arreglando;
aunque hago de mayordomo,
de cocinero y criado,
aquí me encuentro muy bien,
y muy bien, á qué negarlo;
no envidio en mi posición
al rico ni al potentado,
estoy mejor que un canónigo,
de los famosos de antaño,
paso los días sin penas

sin sustos ni sobresaltos,
y parece que la dicha
me ha cogido de la mano;
pero un temor que me asedia...
mas no hay que tener cuidado,
que eso pronto se disipa,
si se procura ahuyentarlo.
¡Oh! la niña D.ª Luisa
es la que guía mis pasos:
ella alienta mi esperanza,
con mi esperanza mis años;
y si llegara yo á ver
lo que siempre estoy soñando,
ya que me importaba el mundo,
todo lo habia alcanzado.

ESCENA II.

Dicho, D.ª INES.

INÉS. Tomás, has visto á Luisita?
TOMÁS. Por ahí se encuentra jugando.
INÉS. Es necesario que dé
hoy la lección de piano.
TOMÁS. Déjela usted, señorita,
que juegue.
INÉS. Sí, mas no tanto,
que luego ha de ser mujer,
y yo quiero que su trato
revele la educación
que le doy.
TOMÁS. No me extraño

quiera V. tengan tal fin
tantos desvelos y gastos,
pero es tan mona, tan linda. .

INÉS. Ella es el único encanto
que como sabes endulza
mis sufrimientos amargos.
Cuando mi esposo murió,
hará ya unos doce años,
quedamos las dos tan solas
y sin tener otro amparo
que ella mi amor maternal
y yo sus tiernos abrazos;
y cuando apenas había
mis lágrimas enjugado,
un siniestro escandaloso
que sufrimos...

TOMÁS. ¡Triste caso!

INÉS. Por poco me volvió loca.
¡Tiemblo solo al recordarlo!
Una tarde de esta quinta
tu hija y la mía robaron.
¡Qué penas, qué sufrimientos,
Tomás, los dos no pasamos!
¡Yo que había venido
á hallar consuelo en el campo!

TOMÁS. Y menos mal que logré,
tras infinitos trabajos,
rescatar á D.ª Luisa
por el precio que estimaron.

INÉS. Y tu pobre hija...

TOMÁS. Murió

INÉS. ¡Infames bandidos!

TOMÁS. ¡Bárbaros!

Como á vuestra hija y la mía
juntas á dos se encontraron,
y apenas se distinguian,
para no dar golpe en falso
nos dejaron sin las dos.

INÉS. Y gracias á tus cuidados...

TOMÁS. ¡Cuánto pasé por la sierra
cuando fuí las dos buscando!
Por fin tras largas pesquisas
pude ponerme en el rastro.
Con que solemne desprecio
los bandidos me trataron,
fiados en que la ley
no podría castigarlos.
Tres mil duros me exigieron
por vuestra hija, y fué en vano
ofrecer menos.

INÉS. Tres mil.

TOMÁS. Que yo mismo fuí á llevarlos.
Era el precio de una sola,
pues la mía despreciaron.
Habíamos convenido
que una vez puesta en sus manos
dicha suma las dos niñas
entregarían, y cuando
dueños fueron del dinero
solo una viva entregaron.
Mi María...

INÉS. ¡Pobre niña!

TOMÁS. Murió casi sin amparo
entre un horroroso risco
de una mujer al cuidado
puesta allí por los bandidos.

Yo la llevé al camposanto
más cerca, donde descansa,
y su alma se habrá juntado
con la de su pobre madre,
que murió de sobreparto.
Al traer D.ª Luisa
concluyóse su quebranto,
y en cambio quedé yo triste
y entre amarguras penando.
Después...

INÉS. Luisita ha crecido,
y es tanto lo que la amo,
que daría por su dicha
cuanto tengo y cuanto valgo.

TOMÁS Por allí viene. *(Derecha jardín.)*

INÉS. Es verdad.

TOMÁS. Yo tengo que hacer, me marcho.

ESCENA III.

Dicha y D.ª LUISA.

INÉS. Pero hija, que has de pasarte
el día entero jugando?

LUISA. Vaya mamá, es tan bonito
el juego; me gusta tanto.

INÉS. Ya lo creo, sino fuèra
porque has de tener cuidados
más graves y á que es preciso
te vayas acostumbrando,
dejaria que jugaras
todo el día.

LUISA. Me hago cargo.
Pero decidme, mamá,
¿dónde están esos cuidados?
Mis muñecas, mis labores,
otros no encuentro ni hallo.
INÉS. Es verdad, ya los tendrás;
por eso quiero, entretanto
que tus gracias femeniles
se van despacio formando,
labrar yo tu corazón
en la virtud y el trabajo.
LUISA. ¿Qué soy holgazana?
INÉS. No.
LUISA. Al revés, por el contrario,
hago cuanto tú me mandas.
¿Qué quieres?
INÉS. Ves escuchando;
Quiero que seas virtuosa,
cualidad que en alto grado
enaltece á las mujeres,
y espero que he de lograrlo,
porque eres buena.
LUISA. ¡Mamá!
INÉS. No, no creas que te alabo,
digo sólo la verdad.
LUISA. Que me está mortificando.
INÉS. Como conoces es bueno
mi deseo, y no es extraño,
pues la virtud es la prenda
que más todos estimamos.
La hermosura, las riquezas
la presunción, todo es vano
atavío de este mundo

del que hay que hacer poco caso,
es fugaz, desaparece;
mientras que, por el contrario,
permanece la virtud
y sólo por ella damos
valimiento á las personas
como es justo.

LUISA. Pues es claro.
Ser buena es lo principal,
y lo seré tanto, tanto
como desées, mamá.

INÉS. Siento ruído.

LUISA. Están llamando.

ESCENA IV.

Dichas y MARIA.

MARÍA. (*Desde la entrada*) ¡Ave María Purísima!

INÉS. Concebida sin pecado.
Pasa, ven y dí pequeña
qué quieres.

MARÍA. Voy mendigando.

INÉS. —¡Pobre niña!

LUISA. Dí, y vas sola?

MARÍA. Todavía no me hallo
sola, más pronto estaré
sin consuelo y sin amparo.

LUISA. ¿Y por qué?

MARÍA. Mi pobre madre...

INÉS. ¿Dónde se halla?

MARÍA. Agonizando

en el hueco de una peña
ha poco me la he dejado.

INÉS. ¿Qué tiene?

MARÍA. No sé, señora,
hemos venido despacio
por el camino, y apenas
si andaba con gran trabajo,
hasta que al llegar al pueblo
ha caído entre mis brazos
medio muerta; si quisierais,
os lo pido por Dios santo,
amparadla, qué no haría
para tal favor pagaros!

INÉS. Está...

MARÍA. Muy cerca de aquí.

INÉS. No quedará sin amparo.

LUISA. Socorredla, sí, mamá.

INÉS. Cumple un precepto cristiano
el que obra la caridad
socorriendo al desgraciado.
Voy á buscar á Tomás,
aguardadme aquí entre tanto.

ESCENA V.

LUISA y MARIA.

LUISA. No llores; tu pobre madre
se pondrá pronto mejor.

MARÍA. Dios la oiga á usted, señorita.

LUISA. Somos de un tiempo las dos,
mira, no me hables de usted.

MARÍA. Pero usted es rica y yo no.
LUISA. ¡Qué importa! ¿No eres mi hermana?
Desecha todo temor.
MARÍA. No es temor lo que yo tengo.
LUISA. ¿Qué es?
MARÍA. Consideración.
Dispénseme usted, no puedo
hablar de otro modo.
LUISA. ¡Oh!
que buena eres. Trátame
como á tí te esté mejor.
¿Tienes juguetes?
MARÍA. No sé,
señorita, lo que son.
LUISA. Entonces, no jugarás.
MARÍA. Jugamos mi madre y yo.
LUISA. ¿Con qué sin tener juguetes
ni muñecas de cartón?
MARÍA. Con piedrecitas del río
que á sacar yo misma voy.
LUISA. Pobre eres.
MARÍA. No tengo nada.
Vivo por amor de Dios.
Apenas el sol alumbra
salgo á escitar compasión,
pidiendo de puerta en puerta
una limosna por Dios,
de pan, patatas, dinero,
pronto lleno mi zurrón,
entonces busco á mi madre,
me recibe con amor,
y juntamos las limosnas
que nos han dado á las dos,

de ellas comemos, y así,
sin tener otro favor,
vamos viviendo en el mundo
por un milagro de Dios.

ESCENA VI.

Dichos, D.ª INES y TOMÁS.

LUISA. Mamá, mamá, lo que pida
da á esta pobre, yo lo quiero.
INÉS. Hija mía, cumpliré
con un deseo tan bueno.
LUISA. Socorred á ella, á su madre.
INÉS. No sabes lo que me alegro,
al ver tan buen corazón
como tienes.
LUISA. Es que peno
viendo como están las dos
tanto dolor padeciendo.
INÉS. No sufras, que ya Tomás
va con el encargo expreso
de socorrerlas en todo
cuanto necesiten.
LUISA. Bueno.
INÉS. Mira, Tomás, ves al punto
con esta niña, y tan luego
como te enteres de todo
lo que haga falta, corriendo
vuelves aquí, por si hubiera
también que avisar al médico.

TOMÁS. Está bien.
INÉS. Deja la ropa
é infúndele algún aliento,
entretanto que se pueda
darle seguro consuelo.
MARÍA. Dios se lo pague, señora,
lo que estáis por ello haciendo.
LUISA. Andad, Tomás.
INÉS. Vuelve pronto.
MARÍA. Adiós, señora.
TOMÁS. Al momento. (*Vase.*)

ESCENA VII.

D.ª INÉS y LUISA.

LUISA. Mamá, que triste es ser pobre:
ahora me ha estado diciendo
esa niña los trabajos
que pasan, qué sufrimientos
tan grandes los que padecen.
INÉS. Puedes aprender en ellos.
LUISA. ¿Aprender á padecer...?
INÉS. Y también á socorrerlos.
Que es la desgracia pesar
tan cruel y tan intenso
que muchas veces matara
sino tuviera consuelo.
LUISA. Las obras de caridad,
entonces, no tienen precio.
INÉS. Tiénenlo, aunque las más veces

se suele hallar en el cielo.

LUISA. Pues bien, mamá, si tú quieres,
desde ahora formo empeño
de socorrer las desdichas.

INÉS. Y yo te ayudaré en ello.
Ante el bien nunca te pares,
por donde falte remedio,
haz el bien por hacer el bien,
y tú encontrarás el premio;
y aunque no lo recibieras,
es un placer tan inmenso
el que se goza, hija mía,
las desgracias socorriendo,
que paga el bien que se hace
las más veces con exceso.

LUISA. ¿Y quién manda hacer el bien?

INÉS. Nos lo manda el Evangelio,
nuestro Señor Jesucristo
en uno de sus preceptos.
El nos tiene prometido
en la eternidad el premio,
siempre que aquí socorramos
con amor el mal ageno.

LUISA. Hermosa la caridad
es, según voy comprendiendo.

INÉS. Es, hija mía, virtud
de que Dios hace alto aprecio.
El pobre es en este mundo
la figura del Eterno,
y al socorrer sus desgracias
al mismo Dios socorremos:
¡mira tú si estimará
lo que por el pobre hacemos!

ESCENA VIII.

Dichas y TOMÁS que entra asustado.

TOMÁS. ¡Señora!
INÉS. ¿Qué te sucede?
TOMÁS. Más que vivo vengo muerto,
al contemplar á esa pobre
entre angustias padeciendo.
INÉS. ¿Tan mal está?
TOMÁS. Casi muerta
llega la vida á su término.
INÉS. Pues es preciso salvarla.
TOMÁS. Creo no tiene remedio.
La muerte está cerca de ella
y ella es de la muerte espectro,
y pronto huirá la vida
de su miserable cuerpo.
INÉS. Quién sabe, ves, por si acaso,
corriendo á llamar al médico.
TOMÁS. No necesita su auxilio.
INÉS. ¿Y por qué?
TOMÁS. Porque habrá muerto.
LUISA. ¡Qué desgraciada!
TOMÁS. No sabe
usted lo que está sufriendo.
Tendida entre secas hojas,
presa del horrible tormento,
se revuelve la infeliz
en su miserable lecho;
su hija se esfuerza, aunque en vano

por prestarla algún consuelo,
y ella rechaza á la hija,
cosa que explicar no puedo,
como igual que al entrar yo
dióla tan furioso acceso,
que si no salgo de allí
creo que muere al momento.

INÉS. Y después?

TOMÁS. No he penetrado
otra vez.

INÉS. Pesar inmenso.

TOMÁS. He temido que se agrave.

INÉS. Casi te vienes huyendo.

TOMÁS. Huyendo no, pero...

INÉS. Habla.

TOMÁS. De impresionado no puedo.
Créame usted, estoy malo.

INÉS. ¿Y de qué?

TOMÁS. Del sentimiento
de verla allí padecer.

INÉS. Es la verdad, no estás bueno.
Retírate á descansar.

TOMÁS. Cumpliré con su precepto.
(¡¡Ojalá muera al instante
sin descubrir el secreto!!).

ESCENA IX.

Dichas y MARÍA.

MARÍA. (*Llorando*) ¡Ay madre mía del alma!

INÉS. ¿Está peor?

MARÍA. Ya se ha muerto.
INÉS. ¡Se ha muerto!
MARÍA. ¡Pobre de mí
ya no encontraré consuelo!
LUISA. No llores.
MARÍA. No he de llorar,
si ya tan sola me encuentro
que no sabré á dónde ir
ni á quién mirar.
LUISA. No por cierto.
Mira, aquí serás mi hermana.
¿Mamá, quieres?
INÉS. Ya lo creo.
LUISA. Mi mamá será tu madre,
las dos juntas viviremos
y nuestra alegría ó llanto
en uno confudiremos;
mis vestidos, mis juguetes
y todo lo que yo tengo
partiremos por igual;
y hasta si quieres, el lecho
donde yo duermo, será
de las dos el lecho nuestro.
¡Viviremos como hermanas!
¿Dí, no quieres?
MARÍA. No, por cierto.
Usté es rica y yo soy pobre
y de ningún modo puedo...
LUISA. Anda, mamá, haz que acepte
lo que de veras le ofrezco.
INÉS. Aceptará, no lo dudes,
pues quieres lo que yo quiero,
pero antes irá Tomás

á disponer el entierro
de su madre.

LUISA. Tomás, ven. (*Llorando.*)

TOMÁS. Señorita, voy corriendo.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichas y TOMÁS.

INÉS. Acércate á la parroquia
y dispón en el momento
el entierro de esa pobre
y desdichada que ha muerto.

TOMÁS. Está muy bien. De su herencia...

INÉS. ¡Oh! de su herencia no hablemos.
Los pobres dejan tan sólo
llanto y miserias sin cuento.
¡Qué ha de dejar la infeliz
á esta niña sin consuelo!

MARÍA. Me ha dejado este envoltorio
con unos papeles dentro.

INÉS. Enséñamelos, tal vez
sean de interés. (*Los examina*) No veo...
¡calle, una carta! (*Lee*) ¡Dios mío!
¿Qué es esto que estoy leyendo?
¡Tomás, Tomás, mírame,
levanta esa frente, presto!
Aquí un bandido te acusa
de un crimen que en el misterio
quedara, si Dios hoy mismo
no destruyera el secreto.
Dice que María es mi hija,

y á esa infeliz que se ha muerto
le encarga que me la entregue,
ó que dará cuenta de ello.
¡Por Dios, Tomás, pronto, habla,
explícame este misterio!

TOMÁS. ¡Perdonadme, doña Inés,
perdonadme, yo os lo ruego!
Vuestra hija...

INÉS. ¡Sí, mi hija,
decid quién es al momento.

TOMÁS. Pues vuestra hija es María.

INÉS. ¡María!

TOMÁS. ¡Sí!

INÉS. ¡Dios eterno!
¡¡Hija mía!! ¡Desdichada
en qué miseria te encuentro! (*Llora*)
¿De manera que Luisita...

TOMÁS. Es mi hija.

INÉS. Explica eso.

TOMÁS. Cuando las dos secuestraron,
y dije que había muerto
la mía, no era verdad,
cegado por el infierno
vuestra hija abandoné
y la mía os dí diciendo
que era la vuestra.

INÉS. ¡Qué infamia!
¡Tomás!

LUISA. ¡Perdón, yo os lo ruego!

TOMÁS. La ambición de que mi hija
fuera rica, lo confieso,
me hizo cometer el crimen
que me está ahora escarneciendo.

LUISA. ¡Perdonadlo!
INÉS. Lo perdono.
LUISA. Gracias, señora.
TOMÁS. Voy luego
con mi hija á huir de aquí,
á devorar en silencio
la vergüenza del delito
que llevo dentro del pecho.
INÉS. No, Tomás, no te has de ir,
que es mi perdón tan sincero
y el amor que á vuestra hija
le he cobrado, que te ordeno
no os separéis de mí
tan sólo por un momento.
Por ella te he perdonado
y en tu perdón le concedo
el premio de la bondad,
que es del mundo el mejor premio.



TEATRO

DE

LA NIÑEZ

LA GAVIOTA

COMEDIA INFANTIL

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. PEDRO J. SÓLAS



3.ª EDICIÓN

BARCELONA
LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CALLES DE PELAYO, 52 Y CONCEJO DE CIENTO, 306
1899

PERSONAJES

DOÑA LEONOR, *madre de*
AURORA.
LA SEÑORA SOLEDAD, *madre de*
LUISA.
PAZ *é*
IRENE.

Barcelona: Hijos de Jaime Jepús, impresores, Notariado, 9.—Teléfono 151.



ACTO ÚNICO

Casa modesta con puerta al *fondo* y otras dos á la *derecha*.—A la *izquierda*, en primer término, una mesa, sobre la que hay una urna que encierra la imagen de la Virgen del Mar, alumbrada con dos velas. En segundo término, también á la *izquierda*, una ventana practicable.—En el *centro*, y en primer término, una mesa ó velador, con menesteres de costura.—Entiéndase por derecha é izquierda las del espectador.

ESCENA PRIMERA.

La Sra. SOLEDAD, LUISA, PAZ é IRENE, de rodillas ante la imagen de la Virgen, terminan la plegaria con devoción.

SOLEDAD. (*Acabando el rezo.*)
«Y escucha nuestra plegaria,
Santa Virgen de la Mar.»
Amén. (*Se santigua y pone en pie.*)

LUISA. }
PAZ. } Amén. (*Se santiguan y levantan.*)
IRENE. }

(Irene se acerca á la urna y la contempla en silencio, mientras las tres primeras toman asiento alrededor de la mesa y se disponen á trabajar.)

SOLEDAD. Hijas mías,
Aunque es tanta la ansiedad
Que nos domina, intentemos
Nuestra labor continuar,
A ver si la Virgen Santa
Aplaca la tempestad
Y nos devuelve con vida
A los que en el golfo están.

PAZ. ¡Ay madre! Tiemblan mis dedos,
Y no sé lo que saldrá.

LUISA. ¡Á mí me pasa lo mismo!

SOLEDAD. Y á mí me sucede igual.

IRENE. ¡Madre! *(Acercándose.)*

SOLEDAD. ¿Qué quieres, Irene?

IRENE. ¿Quiere usted que vuelva allá?

SOLEDAD. ¡Te vas á poner perdida
De agua!....

IRENE. ¡Peor se pondrán
Nuestro padre y mis hermanos
Hasta que lleguen acá!

SOLEDAD. ¡Si es que llegan!.... *(Con dolor.)*

LUISA. *(Conmovida.)* ¡Por Dios, Madre!....

PAZ. ¡Duda usted de la piedad
De la Virgen! *(Como recriminándola.)*

SOLEDAD. ¡No, no dudo!
Al contrario, viva está
Mi fe en la divina estrella
De los mares; mas mi afán
¡Es tan grande!.... Al fin y al cabo,
Soy una pobre mortal
Que ha sufrido tantos duelos,
Que ni ánimos tiene ya

Para luchar. Me resigno
A todo..... La voluntad
De Dios está por encima
De la nuestra; pero ¿habrá
Quien se domine hasta el punto
De no temer y llorar
Cuando las penas se ciernen
Cual nubes de tempestad? (*Llora.*)

LUISA. ¡Vamos, madre, más valor!

PAZ. Nos debiera uste animar,
¡Y llora! (*Se oye un trueno lejano.*)

IRENE. (*Con desaliento.*) ¡Siguen los truenos!

SOLEDAD. ¡Sí! Arrecia la tempestad.....

LUISA. ¡La *Gaviota* es un buen barco!

SOLEDAD. ¡Ninguno resiste al mar
Cuando el mar hierve con furia
A impulsos del vendaval!

IRENE. ¿Me deja usted, madrecita? (*Suplicante.*)

SOLEDAD. Vé, si quieres, hija; mas
Resguárdate tras del faro,
Que el viento te haría mal.

IRENE. Y en viendo que la *Gaviota*
Asoma, volveré acá (*Animándose.*)
Para anunciarlo.

SOLEDAD. ¡Sí, Irene,
Que me mata la ansiedad!
(*Vase Irene por el fondo.*)

ESCENA II.

La Sra. SOLEDAD, LUISA y PAZ.

PAZ. ¡Estoy pensando una cosa!

LUISA. ¿Qué piensas?

PAZ. Nuestra vecina—

Según Aurora me ha dicho—
Espera se halle á la vista
Hoy el buque en que navega
Su esposo.

SOLEDAD ¡Es verdad!

PAZ. Podría
Subir á verla, y de paso—
Tras contarla nuestra cuita—
Pedirla que nos dejase
Su anteojo de mar. Arriba,
En la azotea, se alcanza
A ver toda la bahía.

SOLEDAD. Pero, hija mía, comprende
Que también le necesitan
Ellas para ver si el buque
Que están aguardando, arriba
Al puerto.—¡Hoy somos iguales—
Iguales en la desdicha—
Cuántas en el mar tenemos
El alma! Tanto peligra
Hoy la nave de gran porte
Como la humilde barquilla.

PAZ. Pero miraría á ratos
Yo también; ¿es verdad Luisa?

LUISA. Si te dejaran.....

SOLEDAD. ¡Inténtalo!

PAZ. O ellas decirme podrían
Si el casco de la *Gaviota*
Divisaban.....

SOLEDAD. Hija mía,
Haz lo que quieras. ¡El tiempo
Transcurre tan lento!.... Digna
De vuestro amor es el ansia
Que á todas tres os anima.....
Haced hoy cuanto os sugiera

El amor filial.

LUISA. ¡Y avisa
Tan pronto como tus ojos
A la *Gaviota* distingan!

PAZ. ¡No llevo otro pensamiento!
Verla, y bajar en seguida
Á anunciarlo, es todo uno.....

SOLEDAD. ¡Quiera el cielo lo consigas!
(*Vase Paz por el fondo.*)

ESCENA III.

La Sra. SOLEDAD y LUISA.

(*Durante breve pausa una y otra permanecen silenciosas y pensativas, hasta que la primera se levanta para acercarse á la ventana.*)

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—Por la facilidad con que puede hacerse, y por el efecto escénico, debe simularse desde dentro la tempestad, siguiendo las indicaciones del diálogo. Tambien, á ser posible, convendría que se dejara oir, pero *muy piano*, alguna melodía.—De no ser factible lo que se indica, puede representarse lo mismo, cuidando de esmerarse mucho en el desempeño de sus papeles las niñas que estén encargadas de los dos.

SOLEDAD. ¡Gris el cielo y gris el mar!....
Aumenta la cerrazón,
Y no se ve embarcación
Que quiera tierra tocar.
El irritado elemento
Anegarnos amenaza;
Su presencia el rayo traza,
Incendiando el firmamento.—
Del golfo el ronco bramido
Se junta al fragor del trueno,
Y muestra la mar su seno,

Jamás del hombre medido.
La lluvia cae á torrentes,
Y el vendaval se desata
Con fuerza que desbarata
Los diques de las rompientes.....
(*Pausa.*)
¡Ay, no tienen salvación!
¿Cómo de la muerte huir,
Si no podrán resistir
En tan pobre embarcación? (*Llora.*)

(*Luisa se aproxima á su madre y contempla el mar.*)

LUISA. ¡Madre!.... ¡Mi querida madre,
Valor!
SOLEDAD. ¡Me falta, hija mía!
Ya el corazón desconfía
De encontrar vivo á tu padre.
LUISA. ¡Oh Dios mío! (*Solloza.*)
SOLEDAD. Por mi mal,
Mis temores son fundados;
Ese mar de mis pecados
Siempre me ha sido fatal.
LUISA. ¡La Virgen querrá, piadosa,
Que luchen con brazo fuerte!
SOLEDAD. ¡Ahí mi padre halló la muerte!
LUISA. ¡Virgen misericordiosa!....
SOLEDAD. ¡Cual tu padre, pescadores
También mis hermanos eran.....
Y aun mis ojos les esperan.....
Y ellos no vuelven!.... (*Llora.*)
LUISA. (*Consolándola.*) ¡No llores!
SOLEDAD. ¡Ay Dios! ¿Cómo no llorar,
Si á merced del mar bravío
Está cuanto el pecho mío
Ha podido siempre amar?
¿Cómo tener esperanza

En una débil barquilla,
Cuando el vendaval humilla
Los buques de más pujanza?

(*Relampaguea.*)

LUISA. ¡Un relámpago!.... ¡Qué horror!

(*Se santigua.*)

SOLEDAD. ¡Lleva la muerte en su seno!

(*Truena.*)

LUISA. (*Aterrada.*)
¡Santa Bárbara, qué trueno!...

SOLEDAD. ¡Ten piedad de mí, Señor!
(*Caen de rodillas y lloran en silencio.*)
¡Oh Santa Virgen del Mar,
Tú que ves mi amargo llanto,
Duélete de mi quebranto,
Calma mi acerbo pesar!

(*Pausa, durante la cual debe oirse la tempestad, que decrecerá por momentos. La Sra. Soledad y Luisa oran en voz baja. Después se santiguan y levantan, adelantando hacia el proscenio.*)

Hoy años há que al nacer
El día, á la mar se hicieron
Los que mis hermanos fueron
Y que ya no he vuelto á ver.—
De púrpura y arrebol
Vestido estaba el espacio,
Y entre nubes de topacio
Nació refulgente el sol.
La mar, azul como el cielo,
Mansa besaba la arena,
Dejando de encajes llena
La blanca línea del suelo.
De las olas el murmullo
Bendiciones parecía
Que de las olas partía

Hasta el sol, en dulce arrullo.
Y así, tras leda esperanza,
La flotilla que salió,
Mar adentro se alejó
Perdiéndose en lontananza.—
Bendita fué el día mismo
La *Gaviota*, y se hizo al mar
Sólo para festejar
En las aguas su bautismo.
Mas apénas celebrada
La fiesta, á tierra volvió
Y allá en la playa quedó
Sobre la arena acostada.—
(*Pausa breve.—Suspira.*)
¡Dicha humana no es eterna!....
Aún duraba la alegria,
Cuando trastornóse el día
Y se anunció la galerna;
Y á poco, el mar sosegado,
Al soplo del vendaval
En deshecho temporal
Rugía fiero, irritado;
Y las barcas pescadoras,
En alta mar sorprendidas,
Viéronse en breve perdidas
Entre las aguas traidoras....—
Así la suerte mudable
Juntó á la alegría el duelo.
¡Ay! ¿quién sabe si hoy el cielo
Será también implacable
Con nosotros?....

LUISA. ¡Madre mía,
La Virgen tendrá piedad!—
(*Relampaguea y truena débilmente.*)
¡Se aleja la tempestad!

SOLEDAD. ¡Oigo su voz todavía!
(*Acércanse de nuevo á la ventana.*)
Mira el golfo. De su asiento
Salió la mar irritada,
Y aun, colérica y airada,
Amenaza el firmamento.
Muestra su lecho de roca,
É irguiéndose al tiempo mismo,
Se despeña en el abismo
Rugiendo con furia loca.
PAZ. ¡Madre! ¡madre!... (*Desde dentro.*)
LUISA. (*Animada.*) ¡Es Paz que grita!...
¡Acaso vió en lontananza!...
SOLEDAD. ¡Oh! no me déis la esperanza
Que el mar soberbio me quita!...
(*Se oye un último trueno muy lejano.*)

ESCENA IV.

Dichas.—PAZ. D.ª LEONOR y AURORA.

PAZ. ¡Entre la bruma, á lo lejos, (*Jadeante.*)
Un barco hacia aquí se acerca!
LEONOR. Debe ser ese el buque
Que aguardábamos de América.
AURORA. ¡El de mi papá!
PAZ. (*Malhumorada.*) ¿Y qué sabes?
LEONOR. (*Á Paz.*) Hija mía, considera
Que sólo un barco que cuente
Con las poderosas fuerzas
Del vapor, puede arriesgarse
A tomar puerto.
PAZ. ¡No humea!
LEONOR. ¡Y eso qué importa!...—Vecina,
(*A la Sra. Soledad.*)

Me pareció una imprudencia
Dejar á Paz en su engaño,
Y hemos bajado tras de ella
Para evitar el disgusto
Que sobrevenir pudiera
Creyendo usted que la nave
Que veloz al puerto llega,
Es la *Gaviota*.

SOLEDAD. (*Con pena.*) ¡Mil gracias,
Señora, por la molestia!

LEONOR. Estando el mar tan terrible,
Más seguridad se encuentra
Lejos de la costa, que
No aproximándose á tierra;
Sobre todo, si se trata
De embarcaciones de pesca.—

SOLEDAD. ¡Dios sabe lo que habrá sido
De nuestra pobre trainera!....

LEONOR. ¡Esperanza de Dios, vecina!

SOLEDAD. ¡En Él la tenemos puesta!

LEONOR. Si quiere usted cerciorase,
Venir puede á mi azotea,
Y verá con el anteojo
La embarcación que se acerca.

SOLEDAD. ¡Es tal mi ansiedad!.... ¡tan grande!....

LEONOR. ¡Se explica! Cuando se espera
A los seres más queridos.....
¡Pero anímese usted, venga
Con nosotras!

SOLEDAD. (*Dudando.*) ¡Tengo miedo!...

LEONOR. Mejor es que se convenza
Que no que dude.

LUISA. ¡Es verdad!
¿Vamos, madre?

SOLEDAD. (*Resignada.*) ¡Como quieras!

PAZ. Quedo aquí esperando á ustedes.
LUISA. Pronto estaremos de vuelta.
AURORA. Y yo la haré compañía
En tanto á Paz, ¡que es más terca!....
(*Vanse por el fondo la Sra. Soledad, D.ª Leonor y Luisa.*)

ESCENA V.

PAZ.—AURORA.

PAZ. ¡Ahora veremos quién tiene
Razón!
AURORA. ¡Y puedes dudarlo!....
PAZ. ¡Si no dudo! Es la *Gaviota.*
AURORA. Tu deseo te ha engañado.—
Con mi anteojo, con ser bueno,
No se puede ver un barco
Tan pequeño, á tal distancia.
PAZ. ¡Ya veremos si me engaño!
AURORA. ¡Bueno; dejemos porfías!
PAZ. No tardará en avisarnos
Irene.
AURORA. ¿Pues dónde se halla?
PAZ. En la esplanada del faro.
AURORA. ¡Con un tiempo tan terrible!
(*Admirada.*)
PAZ. ¿Y qué importa eso, si al cabo
Consigue ver la *Gaviota*
De tanto peligro á salvo?
AURORA. (*Con desdén mortificante.*)
¡No vale el tal barquichuelo
El susto que estáis pasando!
PAZ. Es que en él se halla mi padre
Y se encuentran mis hermanos;

Y aparte de ellos, supone
Nuestra fortuna.

AURORA. (*Sonriendo.*) ¡Sí! ¡es claro!....

PAZ. ¡Gracias á ese barquichuelo
Vivimos!

AURORA. ¡Valiente barco!

PAZ. Para nosotras es de oro.
Y le tenemos en tanto,
Que no le cambiaríamos
Por el que estáis esperando
Vosotras.

AURORA. ¡Qué disparate!
¡Un vapor de cuatro palos!....
¡Solamente lo que encierra
Vale más que todo el barrio
De pescadores!....

PAZ. (*Ofendida.*) ¡Pues hija!
¡No hablas con poco entusiasmo!

AURORA. No sabes bien lo que has dicho.

PAZ. Vaya si sé lo que hablo.

AURORA. ¿Has visto tú cuánta gente
Cabe en él?

PAZ. ¿Y qué sacamos
De eso? ¿Dejará de ser
Tu papá, aunque tenga mando,
Un empleado como otros,
Mientras mi padre es el amo
En su trainera?

AURORA. (*Mortificada.*) Pues sabe
Que, sólo el sueldo contando,
Con lo que mi papá gana
En un mes, hay muy sobrado
Para comprar dos traineras
Como la vuestra. Y si vamos
A tratar de la importancia

Que tiene su empleo.....

PAZ. (*Con viveza.*) El caso
Es que ese vapor no es vuestro,
Valga lo que quiera; en tanto
Que sí es nuestra la *Gaviota*.
Y si ocurriera un naufragio—
¡Dios no lo quiera!—y supuesto
Que se salvaran los náufragos—
Más perdiéramos nosotros
Que vosotras.—Por si acaso,
¡Más vale que no suceda!....

AURORA. (*Con dureza.*)
Pues yo—soy franca—mirando
Por mí, con que llegue al puerto
El vapor.....

PAZ. (*Con pena.*) ¡Cruel!

AURORA. ¡En casos
Como este, cada una pide
Para sí! Con que.....

PAZ. ¡Yo, en cambio,
Pido para todas!....

AURORA. (*Indiferente.*) ¡Bueno!....

PAZ. Aurora... ¡Me han hecho daño
Tus palabras!

AURORA. ¡Hija mía,
No sé por qué!

PAZ. Tú, contando
Con los medios de defensa
De que disponen los barcos
De vapor, estás tranquila,
Y no comprendes qué amargos
Son los duelos de los pobres
Que, cual nosotras, temblando
Miran ese mar soberbio
De tantos destinos árbitro.

AURORA. ¡Por uno mismo comienza
La caridad!

PAZ. (*Dolorida.*) ¡Oh, qué extraño
Modo de apreciar al prójimo!....
Eso es muy poco cristiano.

ESCENA VI.

Dichas.—IRENE.

IRENE. (*Que entra corriendo y jadeante.*)
¡Madre! ¡madre!....

PAZ. ¡Qué! ¿qué ocurre?
¿Es la *Gaviota?*

IRENE. ¡Tal creo!

AURORA. Pues ¿qué has visto?

IRENE. He visto un barco...

AURORA. ¿Grande, muy grande?

IRENE. Pequeño.

AURORA. ¿De vapor? ¿de cuatro mástiles?

IRENE. ¡No! Viene á fuerza de remos.

PAZ. ¿Y está cerca?

IRENE. ¡No!

PAZ. (*Perpleja.*) ¿No?

AURORA Entonces,
Di, ¿cómo has podido verlo
Estando la mar revuelta?

IRENE. Con un anteojo muy bueno
Que me han dejado.—¡Si viérais!

PAZ. ¿Quién te lo dejó?

IRENE. ¡El torrero!—
Como llueve que diluvia,
Y sopla tan fuerte el viento,
Llamáronme desde el faro
É hiciéronme pasar luego,

Y enterados del motivo
Que me llevaba, dijeron:
«Pues sube, sube á la torre,
»Que está el día tan revuelto,
»Que vas á enfermar, pequeña.»
Con que..... subí, y al momento
Sacó el del faro un anteojo,
Miró con él mar adentro
Y me dijo: «Veo un barco;
»Mas está lejos, muy lejos.
»A ver si le reconoces.»—
Miré yo..... ¡bendito el cielo!
¡Qué olas tan grandes! ¡qué modo
De incendiarse el firmamento
Con los relámpagos!.... ¡Hijas,
De acordarme me estremezco!....—
Como un piñón de chiquito,
Distinguí del mar en medio
Un barco que, ora subía
Sobre las olas ligero,
Ora bajaba escondiéndose
Tras las aguas. Sin aliento
Apenas, seguí mirando
Hasta que vi los remeros.

PAZ. ¿Cuántos eran? (*Con ansiedad.*)

IRENE. No lo he visto.
Pero son ellos, ¡son ellos!
¡El corazón me lo dice,
Según golpea mi pecho!—
Dejé el anteojo; di gracias,
Y sin esperar más tiempo,
De cuatro en cuatro escalones
Bajé, y sin parar, corriendo,
A daros la buena nueva
He venido. ¿Y madre?

PAZ. Creo
Que vendrá pronto. Ha subido.....
AURORA. Ya está aquí, sus pasos siento.
(*Se oye un trueno lejano.*)

ESCENA VII.

Dichas.—La Sra. SOLEDAD y LUISA.

PAZ. (*A la Sra. Soledad y Luisa.*)
¿Es la *Gaviota?*
SOLEDAD. ¡Quién sabe!
AURORA. ¿Y mi mamá?
LUISA. Arriba queda;
Pero bajará en seguida.
IRENE. No hay duda, es la trainera.
SOLEDAD. Ó náufragos de algún buque
Que se dirigen á tierra
Después de horrenda catástrofe.
AURORA. ¿Y no se ve chimenea,
Ni arboladura, ni....?
LUISA. ¡Nada!
Una sombra muy pequeña
Que, juguete de las olas,
Sube y baja á impulso de ellas.
AURORA. Entonces... ¡estoy tranquila!
SOLEDAD. ¡Yo no! Quienquiera que sea
El que á merced de los mares
En este instante se encuentra,
De compasión es bien digno.
¡Piedad de él la Virgen tenga!
IRENE. Madre, ¿Vuelvo al faro?
SOLEDAD. ¡Irene,
Hija mía, reza! Reza

Por los pobres navegantes
Víctimas de la tormenta.
En este valle de lágrimas,
De desdichas y miserias,
No tenemos otro amparo
Ni otro consuelo nos queda
Que Dios.—¡Él oiga piadoso
Nuestra plegaria!

LUISA. ¡Así sea!

AURORA. (*Ap.*) Con tal que el vapor se salve...

PAZ. ¡Madre, alguien, de aquí muy cerca,
Da gritos de angustia!...

(*Se aproxima á la ventana y mira hacia fuera.*)

IRENE. (*Se acerca á la puerta.*) ¡Oigamos!

LUISA. ¡Qué ansiedad!

(*Silencio durante breve pausa.*)

AURORA. Puede que sea
Alguno que la llegada
De algún pescador espera...

LUISA. ¡Es mujer la que solloza!

PAZ. ¡Es doña Leonor!...

IRENE. ¡Sí, es ella!

(*Aurora va á salir por el fondo, á tiempo que entra D.ª Leonor.*)

ESCENA FINAL.

Dichas y D.ª LEONOR.

(*Doña Leonor aparece llorando y con el semblante descompuesto por el dolor. Al llegar al proscenio, la rodean todas, demostrando el interés más vivo.*)

LEONOR. ¡No hay quien me ampare, Dios mío!

SOLEDAD. Señora, por Dios, ¿qué pasa...?

AURORA. ¿Qué es eso, mamá? ¿qué tienes?
LEONOR. ¡Ay el esposo de mi alma...?
LUISA. ¿Qué ha sucedido?
AURORA. ¿Qué es ello?
LEONOR. ¡La mayor de las desgracias!...
¡La desventura más grande!...
¡Ay hija de mis entrañas!...
(Abraza á Aurora.)
SOLEDAD. ¡Serénese usted, señora!
¡Recobre la calma!
LEONOR. ¡Calma,
Cuando el dolor me enloquece!...
SOLEDAD. ¡Si podemos ayudarla!...
LEONOR. ¡Es imposible!... ¡imposible!...
¡Triste suerte! ¡vida amarga!
AURORA. Pero explícate. ¿Qué ha sido?
LEONOR. En la azotea me hallaba
Con el anteojo mirando
El barco que en lontananza
Vimos, y que ya muy cerca,
Perdida toda esperanza,
Izó su vela...
SOLEDAD. *(Asustada.)* ¡Dios santo!
LEONOR. ¡Oh! ¡Gracias á eso se salva!
SOLEDAD. ¿La... *Gaviota*?
(Bulbuciente de emoción.)
LEONOR. *(Afirmando.)* La *Gaviota.*
SOLEDAD. ¡Gracias, Virgen mía, gracias!
(Llorando de alegría.)
LUISA. ¡Dios sea bendito!
(Respirando libremente.)
PAZ. *(Con emoción.)* ¡Ay padre
De mi vida!
IRENE. *(Alegre.)* ¡Virgen santa!
LEONOR. Viendo estaba la maniobra,

Hecha á la desesperada,
A la cual deben la vida
Y el pronto arribo á la playa;
Cuando llegó hasta mi oído
El golpear de la aldaba
De mi puerta. Bajo al punto,
Y recibo un telegrama
De los Cayos.....
(*Sacándole del bolsillo y dándosele á Aurora.*)
En que veo
La nueva de mi desgracia... (*Llora.*)

AURORA. (*Leyendo.*) «*Relámpago* naufragado
»Cerca costa, vista rada.
»Tripulación no hay noticias.—»
¡Ay papá mío! (*Llorando desconsolada.*)

SOLEDAD. (*A Paz.*) ¡Pronto! ¡agua
Y vinagre!

LUISA. (*Ap.*) ¡Pobres gentes!

IRENE. ¡Pobre Aurora! ¡Suerte infausta!

AURORA. (*Ap.*) ¡Justo castigo del cielo
Por mi egoismo!... ¡Insensata!...
(*Llora.*)

LEONOR. ¡Que horror!... ¡Yo me vuelvo loca!

SOLEDAD. ¡Corred, hijas, á la playa,
En tanto que yo acompaño
A estas víctimas!

PAZ. *Alargando un vaso con agua y vinagre que saca de adentro.*) ¡El agua!

SOLEDAD. Señora, en las grandes cuitas
Que afligen al alma humana,
Sólo un consuelo nos resta:
La fe.—Recemos postradas
De hinojos ante la Virgen,
Y pidámosla, cristianas,
Valor para el infortunio

En estas horas menguadas.

(*La Sra. Soledad, D.ª Leonor y Aurora se arrodillan ante la imagen, llorando las dos últimas. Luisa, Paz é Irene se dirigen hacia la puerta del fondo, andando muy despacio y mirando á las que rezan.—Cuadro.*)

TELÓN.

TEATRO DE LA NIÑEZ

LA FEA

COMEDIA EN UN ACTO

EN PROSA

POR

JUAN B. ENSEÑAT



LIBRERÍA DE LA V^da^ DE CH. BOURET

PARIS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1898

PERSONAJES

DOÑA ELVIRA, madre de Concha y de Anita.

DOÑA LUZ, bajo el nombre de Doña Filomena.

DOÑA ASUNCIÓN, madre de Laura y de Teresa.

CONCHA }
ANITA } hijas de Doña Elvira

LAURA }
TERESA } hijas de Doña Asunción.

ANTONIA }
MARIANA } amiguitas de las anteriores.

La escena pasa en un balneario. — Época actual.

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador



ACTO ÚNICO

El teatro representa el salón de una fonda en cualquier punto de baños. Sillería lujosa. Una mesa con libros y periódicos. Piano.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ELVIRA Y DOÑA ASUNCIÓN

Al levantarse el telón, Doña Elvira está leyendo. En seguida entra Doña Asunción, llena de júbilo.

DOÑA ASUNCIÓN.

¡ Albricias, mi querida Elvira !

DOÑA ELVIRA.

Muy contenta viene usted, Asunción.

DOÑA ASUNCIÓN.

¡ Muchísimo !... ¿ Dónde están las niñas ? (*Se sienta á su lado*).

DOÑA ELVIRA.

Han ido todas al baño con la doncella de usted. Ya pronto estarán de vuelta. La han estado buscando á usted por todas partes.

DOÑA ASUNCIÓN.

No era fácil que me encontrasen...

DOÑA ELVIRA.

¿ Ha salido usted ya esta mañana ?

DOÑA ASUNCIÓN.

No... no me he movido de la fonda ; pero he estado más de una hora encerrada con una viajera en su cuarto.

DOÑA ELVIRA.

¿ Y por eso viene usted tan contenta ?

DOÑA ASUNCIÓN.

Por esto, precisamente.

DOÑA ELVIRA.

¿ Se puede saber quién es esa señora ?

DOÑA ASUNCIÓN.

No la conoce usted, pero trae para usted una carta de su cuñada.

DOÑA ELVIRA.

¿ De Luz ?

DOÑA ASUNCIÓN.

De la misma.

DOÑA ELVIRA.

¡ Ah ! ¿ Y qué dice ? ¿ Lo sabe usted ?

DOÑA ASUNCIÓN.

Es una simple carta de presentación. Pero Doña Filomena trae una misión que la colmará á usted de gozo.

DOÑA ELVIRA.

¿ Quién es Doña Filomena?

DOÑA ASUNCIÓN.

Esa señora que acaba de llegar, una amiga íntima de sus cuñados los de Peralta. Pronto la tendrá usted aquí. Se arregla un poco para bajar al salón.

DOÑA ELVIRA.

¿ Y trae buenas noticias?

DOÑA ASUNCIÓN.

¡ Excelentes! — Mi carta produjo el efecto que yo esperaba.

DOÑA ELVIRA.

¡ Ah! ¡ Cuente usted con mi eterna gratitud, Asunción! Mi hija Concha le deberá á Vd. la felicidad.

ESCENA II

DICHAS. — DOÑA FILOMENA

DOÑA ASUNCIÓN.

¡ Ah! Aquí está esa señora. (*Se levantan*).

(*Presentándolas una á otra*).

Doña Filomena Pérez... Doña Elvira Sanjurjo, viuda de Cañizares.

DOÑA ELVIRA.

¡ Bien venida, señora! (*Se dan la mano*).

DOÑA FILOMENA.

Tengo mucho gusto en conocer á usted. (*Se sientan*).

DOÑA ELVIRA.

Mi amiga Doña Asunción acaba de decirme que me trae usted buenas noticias de mis cuñados.

DOÑA FILOMENA.

En efecto.

DOÑA ELVIRA.

Las circunstancias nos han mantenido separados toda la vida, así es que no he tenido la dicha de conocerlos. Mi marido, que en gloria esté, se indispuso con Peralta y murió sin haberse reconciliado con él. Sin ofender la memoria de Cañizares, que fué buen esposo y buen padre, aunque tuvo que luchar siempre con la fortuna adversa, debo confesar que dió motivos de disgusto á Peralta.

DOÑA FILOMENA.

¿ Á qué recordar, señora, las tristezas y pesadumbres de la vida? El Señor Peralta y Doña Luz, que la han tenido á usted siempre en gran aprecio, han perdonado á su difunto marido los pequeños disgustos que les

ocasionó. Cañizares era hombre de excelente corazón, demasiado noble para los negocios en que perdió su fortuna. Por la carta que esta señora escribió á Doña Luz, mis amigos se han enterado de la estrechez en que usted vive con sus hijas, desde que perdió á su esposo. Han sabido igualmente que, gracias á la generosidad de esta señora, (*designando á Doña Asunción, que se muestra algo confusa*) ha podido usted venir aquí á tomar las aguas que el médico le había prescrito para el restablecimiento de su quebrantada salud.

DOÑA ELVIRA (*estrechando la mano á doña Asunción*).

¡Ah! nunca podré pagar á mi generosa, á mi idolatrada amiga, los favores que le debo.

DOÑA ASUNCIÓN.

No se trata de eso ahora.

DOÑA FILOMENA.

Aquí tiene usted la carta que su señora cuñada me ha dado para usted. (*Le entrega una carta*).

DOÑA ELVIRA.

Con su permiso... (*lee la carta*).

« *Burgos, 26 de Junio.*

« Mi querida hermana (¡Oh! ¡qué placer me causa llamándome hermana!)

» Tengo el gusto de presentarte á mi íntima amiga
» doña Filomena Pérez, portadora de esta carta y en-
» cargada de llenar en representación mía una
» misión delicadísima. La descripción que de tus des

» venturas me ha hecho doña Asunción de Arellano, » me mueve á realizar sin más demora un proyecto que » hace tiempo yo acariciaba, pero que no recibía la » aprobación de mi esposo, justamente resentido de mi » hermano. Hoy que éste ya no existe, habiendo de- « jado poco menos que en la miseria á una viuda con » dos hijas, dignas de mejor suerte, mi marido aprueba » mi deseo de ayudarlas, y he aquí la proposición que » me autoriza á hacer : Poseemos una fortuna más » que regular, pero no tenemos hijos ; si lo consientes, » tomaremos con nosotros una de tus hijas, que será » nuestra heredera... » (¡Ah! tanta generosidad me confunde. ¡Mi pobre Conchita va á tener al fin la suerte que merece!) « Doña Filomena, que conoce mis » gustos y mi manera de pensar en todo, lleva el en- » cargo de elegir, entre las dos hermanas, la que más » le guste... (¡Oh! elegirá á Concha; no me cabe la menor duda). « Tu afectísima hermana. Luz. » (*Besando la firma.*) ¡Bendita seas, hermana mía!

DOÑA FILOMENA.

Estaba impaciente por entregar á usted esa carta y conocer á usted y á sus dos hijas.

DOÑA ELVIRA.

No pueden tardar en volver del baño, adonde han ido con las niñas de doña Asunción.

DOÑA FILOMENA.

Me ha dicho la señora (*designando á doña Asunción*) que difieren algo en lo físico y en lo moral.

DOÑA ELVIRA.

¡Oh! no creo que la elección sea dudosa para usted. ¡Concha es tan superior á su hermana!...

DOÑA FILOMENA.

¿Tan poco ha favorecido Dios á la pobre Anita?

DOÑA ELVIRA.

Tiene la desgracia de ser fea; así es que no he extremado su educación; ¿para qué?... No está hecha para vivir en la sociedad que frecuenta mi cuñada. En cambio, Concha reune las mejores cualidades para brillar en el mundo. Ha tenido profesores de música, de dibujo, de baile... ha recibido, en fin, una educación completa.

DOÑA FILOMENA.

Las veré á las dos con mucho gusto.

DOÑA ELVIRA.

Eso sí, Anita es muy buena, y está tan convencida de la superioridad de su hermana, que no la tendrá celos ni envidia, si usted elige á Concha.

DOÑA ASUNCIÓN.

Mi querida Elvira, Anita es una muchacha perfecta.

DOÑA ELVIRA.

¡Oh! ya lo sé; conozco, más que nadie, sus cualidades; pero la pobre ¡es tan fea!

DOÑA ASUNCIÓN.

Está usted en un error, amiga mía. Claro que su hija mayor no es lo que se llama una muchacha bonita, pero dista mucho de tener un rostro desagradable. Carece de regularidad y perfección de líneas en sus facciones; pero tiene ojos expresivos, bondadosos, y sonrisa afable. Es una muchacha que en todas partes se crea simpatías y amistades.

DOÑA ELVIRA.

Le agradezco la indulgencia con que trata á mi pobre Anita; pero ¿se la puede comparar en algo con su hermana? La naturaleza se ha mostrado pródiga con mi Concha. ¡Qué cara tan bonita! ¡Qué aire tan distinguido! ¡Qué talle tan elegante! ¡Qué gesto tan animado! ¡Qué conjunto tan gracioso!

DOÑA FILOMENA (*aparte*).

¡Qué apasionamiento!

DOÑA ASUNCIÓN.

Es verdad, sí; pero Anita tiene su mérito; créame usted.

DOÑA FILOMENA.

Señoras, (*levantándose*) ustedes me permitirán que vaya á acabar de instalarme... Todavía no he abierto mi baúl.

DOÑA ELVIRA.

Usted es muy dueña...

DOÑA FILOMENA.

Hasta dentro de un rato. (*á doña Elvira, que se dispone á acompañarla*). No se moleste usted.

DOÑA ELVIRA.

Hasta luego, entonces.

DOÑA FILOMENA (*saludando á las dos señoras*).

Hasto luego. (*Desaparece.*)

DOÑA ASUNCIÓN.

Hasta luego.

ESCENA III

DOÑA ELVIRA. — DOÑA ASUNCIÓN. LUEGO CONCHA Y ANITA

DOÑA ELVIRA.

Parece algo reservada, esta señora.

DOÑA ASUNCIÓN.

Es natural. Toda misión diplomática exige cierta reserva.

(*Voces juveniles fuera.*)

DOÑA ELVIRA.

Esas voces...

DOÑA ASUNCIÓN.

Son las niñas que vuelven. Voy á darles prisa. (*Se va rápidamente.*)

DOÑA ELVIRA.

(*llamando desde la puerta*) ¡Concha!
(*Entran Concha y Anita.*)

CONCHA.

¡Mamá!

ANITA.

¡Adiós, mamá! (*besándola*).

DOÑA ELVIRA (*abrazando á Concha*).

Tengo que darte una buena noticia.

CONCHA.

¿Cuál?

DOÑA ELVIRA.

Tu tía Luz... y tu tío Ricardo quieren que vayas á vivir con ellos y que seas su heredera.

CONCHA.

¡Ah! (*con júbilo*).

DOÑA ELVIRA.

Es decir, quieren adoptar á una de vosotras dos; pero supongo que te elegirán á ti.

CONCHA.

¡Conque voy á ser rica!

DOÑA ELVIRA.

¡Hija mía! Por fin te veré en la posición que siempre

he anhelado para ti. (*á Anita*) Tu hermana va á compartir conmigo su alegría. Porque de seguro se alegra tanto como yo. ¿No es verdad?

ANITA.

¡Oh! sí, mamá. Nada puede alegrarme tanto como verlas á ustedes dichosas.

CONCHA.

¿Y cuándo debo partir?

DOÑA ELVIRA.

Tu tía ha confiado á una de sus amigas la misión de escoger, entre vosotras dos, la que más le plazca.

CONCHA (*con disgusto*).

¡Ah!

DOÑA ELVIRA.

Pero pierde cuidado; su elección no es dudosa.

CONCHA.

¿Y dónde está esa señora?

DOÑA ELVIRA.

Ha subido á su cuarto, para arreglarse. No tardará en volver.

CONCHA.

Pues voy á vestirme.

DOÑA ELVIRA.

Sí, ponte muy elegante. Que doña Filomena te vea en todo el brillo de tu hermosura.

CONCHA.

¡Qué envidia voy á dar á mis amigas! ¡Cómo van á rabiar! No habrá ninguna que pueda compararse conmigo; y ¡cómo voy á burlarme de ellas! Eclipsaré á las más elegantes y á las más ricas. ¡Humillaré á todas las muchachas de mi edad con mi lujo y mi hermosura!

DOÑA ELVIRA.

Vamos, Concha. No hay tiempo que perder.

(*Se van doña Elvira y Concha.*)

ESCENA IV

ANITA.

¡Ay, qué alegría! Mi querida hermana va á disfrutar al fin una existencia adecuada á sus gustos y á su hermosura. Porque no seré yo la que obliguen á abandonar á mi madre por una persona á quien no conozco. (*Saca de un saquito de mano que llevará colgado de la cintura, lo necesario para hacer crochet; se sienta y se pone á trabajar.*) No quiero separarme de ella jamás. Creo que este peto le va á gustar, y que cuando se lo ofrezca, me va á recompensar con una de sus deliciosas sonrisas, que tengo en más aprecio que todos los halagos del mundo.

ESCENA V

ANITA, LAURA, TERESA, ANTONIA, MARIANA. (*Todas saludan y besan á Anita.*)

LAS CUATRO.

¡Anita!... ¡Anita!

LAURA.

¡Trabajando á estas horas!

ANITA.

Quisiera terminar hoy mismo este peto para mamá.

TERESA.

¡Vamos! deja ahora la labor.

ANTONIA.

Vamos á jugar un rato.

MARIANA.

¡Sí, á divertirnos!

LAURA.

¡Conque estáis de enhorabuena!..

ANITA.

¡Ah¡ ¿Sabes?..

LAURA.

Mamá acaba de referirnos los proyectos de tus tíos. ¿ Estarás contenta ?

ANITA.

Á mí me alegra todo lo que puede satisfacer á mi hermana.

LAURA.

Pero ¿ quién te dice á ti que no serás tú la preferida?

ANITA.

¡ Oh, no! Y aunque lo fuese, yo no querría separarme de mi madre.

LAURA.

¡ Qué buena eres!

TERESA.

No así tu hermana.

ANTONIA.

¡ Oh ! Conchita es muy burlona.

MARIANA.

Y muy presumida.

TERESA.

Y muy falsa.

LAURA.

Nos tiene á todas por muy poca cosa.

TERESA.

Pues pagarla con la misma moneda.

ANITA.

Os equivocáis; mi hermana tiene sus defectos, como todo el mundo, pero en el fondo es muy buena.

LAURA.

Para ti, todo el mundo es muy bueno.

TERESA.

Como que juzgas á los demás por lo que tú eres.

ANTONIA.

Tu hermana tiene mal carácter.

MARIANA.

Todas sus amigas se indispondrán con ella.

LAURA.

No estamos aquí para soportar sus continuas burlas.

(*Anita se enjuga una lágrima.*)

Perdona, amiguita... Comprendo que te cause pena oir como se juzga á Concha... Pero sólo diciéndole las verdades, es como se la puede corregir.

ANITA.

Todo lo comprendo.

LAURA.

Pero ahora caigo... ¿Vas á recibir á esa señora con este traje?...

ANITA.

¿ Por qué no ?

LAURA.

¡ Anda ! (*Empujándola cariñosamente*). ¡ Á vestirse tocan ! Nosotras te aguardamos aquí. (*Anita se va.*)

ESCENA VI

DICHAS, menos ANITA.

TERESA.

Se abandona demasiado.

LAURA.

Su mamá y su hermana le han metido en la cabeza que es fea y que ataviándose se pone en ridículo.

TERESA.

Doña Elvira no ve más que por los ojos de Concha.

LAURA.

Á mí me gustaría darle una lección.

TERESA.

¿ Á quién ?

LAURA.

Á Conchita.

TERESA.

Merecida la tiene. ¿ Sabes la maldad que me hizo el otro día ?

LAURA.

No.

TERESA.

¿Recuerdas el almohadón que bordé para mi tía Antonia y que le regalé el día de su santo?

LAURA.

Sí.

TERESA.

Pues en ocasión en que hablaban de él con mucho elogio, en casa de Consuelo Argüelles, Concha dijo que no era obra mía; que el almohadón había sido comprado en una tienda.

LAURA.

¡Pero qué mala!

LAS OTRAS.

¡Qué mala!

TERESA.

Si llega á oídos de mi tía, ¿qué valor va á dar á un regalo que no tiene más mérito que el de estar hecho por mí? Nunca le perdonaré esa maldad.

LAURA.

No será Anita la que invente semejantes picardías. ¡Qué buena es!

TERESA.

¡Tan afable!

ANTONIA.

¡ Tan indulgente!

MARIANA.

Yo la quiero con toda el alma.

LAURA.

Todo el que la conozca, ha de quererla por fuerza.

TERESA.

No comprendo cómo doña Elvira no tiene por Anita la preferencia que muestra por Concha.

LAURA.

Yo tampoco. Escuchad. Luego va á venir doña Elvira con sus dos hijas. Si queréis secundarme, vamos á hacer pagar de una vez á Concha todas las maldades que nos ha hecho.

TODAS.

¡ Sí ! ¡ Sí !

LAURA.

Ya es hora de darle una buena lección, y hacer ver á doña Elvira cuál de sus dos hijas merece la preferencia. ¿ Estáis ?

TODAS.

¡ Sí ! ¡ Sí !

TERESA.

¿ Qué hay que hacer ?

LAURA.

Apoyarme y seguirme en todo lo que yo diga y haga.

TODAS.

Sí! ¡ Sí ! No tengas cuidado.

ESCENA VII

DICHAS, DOÑA ASUNCIÓN.

DOÑA ASUNCIÓN.

¿ Qué os pasa, muchachas ? Os encuentro muy alegres.

LAURA.

Mamá, es que organizamos un pequeño complot.

DOÑA ASUNCIÓN.

¡ Un complot ! ¿ Y con qué fin ?

LAURA.

Con el de probar á Anita lo mucho que la queremos.

DOÑA ASUNCIÓN.

Pues complotad, hijas mías. El fin es justo y laudable, porque nadie merece tanto las simpatías de todos como esa pobre niña.

ESCENA VIII

DICHAS, DOÑA ELVIRA, CONCHA, ANITA.

LAURA (*bajo, á sus amigas*).

¡ Atención ! Llegó el momento.

TODAS (*á media voz*).

Ya estamos.

(*Entran por orden Concha, doña Elvira y Anita. Doña Asunción sale al encuentro de doña Elvira, á quien da la mano y con la cual va á sentarse en un sofá, á un lado del salón. Las cuatro muchachas que había antes en escena se colocan en fila, obedeciendo á señas de Laura que ocupa la cabeza de la fila*).

LAURA (*haciendo á Concha una profunda reverencia, muy ceremoniosa.*)

Señorita...

TERESA (*imitando á Laura*).

Señorita...

ANTONIA (*imitando á Laura*).

Señorita...

MARIANA (*imitando á Laura*).

Señorita...

(*Concha, disgustada, va á sentarse al lado de su madre.*)

LAURA (*besando á Anita, muy cariñosa*).

¡ Mi querida Anita !... ¡ Qué elegante !

TERESA (*imitando á Laura*).

De todas maneras te encuentro simpática.

ANTONIA (*besándola*).

¡ Eres tan buena !

MARIANA (*besándola*).

Por esto te queremos tanto.

ANITA.

Mis queridas amigas, con vuestros elogios exagerados, vais á hacer que me vuelva vanidosa.

LAURA.

Y aunque así fuese. La bondad tiene su orgullo, muy legítimo.

ESCENA IX

DICHAS, DOÑA FILOMENA.

(*Doña Elvira y doña Asunción se levantan y hacen sentar á doña Filomena entre las dos, después de haberle presentado á Concha y á Anita. Las niñas saludan con una afable inclinación de cabeza á doña Filomena, en el momento en que ésta entra en el salón.*)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué tal, señora?... ¿Ha descansado usted algo de las fatigas de su viaje?

DOÑA FILOMENA.

Sí, señora.

DOÑA ASUNCIÓN.

¿Ha tomado usted ya enteramente posesión de su cuarto?

DOÑA FILOMENA.

Ya estoy instalada.

DOÑA ELVIRA.

Tengo el gusto de presentar á usted á mi hija Concha. (*Concha se levanta y saluda con cierta displicencia inclinándose.*)

DOÑA FILOMENA.

¡ Muy bonita ! ¡ Preciosa muchacha !

DOÑA ASUNCIÓN (*llamando á Anita*).

¡ Anita ! (*Ésta se acerca, tímidamente*). Aquí tiene usted la hija mayor de doña Elvira.

(*Anita saluda respetuosamente á doña Filomena.*)

DOÑA FILOMENA.

¡ Muy simpática ! Lleva escrita en el rostro mucha bondad, y sus ojos revelan mucha dulzura.

DOÑA ASUNCIÓN.

Es una perla, señora. (*Hace que Anita se siente á su lado, al mismo tiempo que Concha vuelve á sentarse al lado de su madre. Las del grupo del sofá hablan bajo.*)

LAURA.

¿ Qué haremos nosotras ?

TERESA.

¿ Vamos á bailar ?

TODAS.

¡ Sí, sí !

CONCHA (*aparte*).

Bailar sin muchachos. — ¡ Maldita la gracia !

LAURA.

¿ Quién va á hacer de hombre ?

TERESA.

Yo.

LAURA.

Pues yo también. ¿ Qué bailaremos ?

TERESA.

Una polka.

LAURA (*cómicamente*).

Marianita ¿ me hace usted el obsequio de bailar conmigo la polka ?

MARIANA (*saludando y cogiéndose del brazo de Laura*).

Con muchísimo gusto... ¡ caballero !

LAS OTRAS NIÑAS (*riendo*).

¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

CONCHA (*aparte*).

¡ Qué necedad !

TERESA.

Antoñita ¿ quiere usted hacerme el obsequio de bailar la polka conmigo ?

ANTONIA (*tomando su brazo y saludando*).

Con mucho gusto... ¡ caballero !

LAS OTRAS (*volviendo á reirse*).

¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

LAURA.

¡ Ah ! Pero no tenemos quien toque el piano.

TERESA.

Es verdad.

LAURA.

Yo no puedo dejar mi pareja.

TERESA.

Ni yo la mía.

ANTONIA.

Yo no puedo desairar al caballero.

MARIANA.

Yo tampoco.

CONCHA (*aparte*).

Pues yo no toco. Que se fastidien.

ANITA (*levantándose*).

Si me prometéis ser indulgentes, yo tocaré.

LAURA.

Indulgentes y agradecidas.

TERESA.

¡ Siempre amable !

LAURA.

¡ Complaciente con todo el mundo !

(*Anita toca una polka. Las dos parejas bailan. Las señoras continúan hablando bajo.*)

LAURA (*á Mariana*).

¿ Has visto á Concha, qué cara pone ?

MARIANA.

Está furiosa. (*Cesa la polka.*)

TODAS.

¡ Gracias, Anita ! ¡ Gracias !

LAURA.

Propongo ahora que una de nosotras se ponga en berlina.

MARIANA.

¿Sin jugar antes á prendas?

LAURA.

Es muy largo, y faltan pocos minutos para la hora del almuerzo.

TERESA.

Pues que se ponga una en berlina.

LAURA.

¿ Quién va á empezar?

MARIANA.

Yo no.

ANTONIA.

Ni yo tampoco.

LAURA.

Pues Anita. ¿ Quieres?

ANITA.

Bueno. Con tal de daros gusto.

(*Vuelve á sentarse al lado de Doña Asunción. Laura recoge los motivos.*)

DOÑA FILOMENA (*á Anita*).

Señorita, toca usted el piano admirablemente.

ANITA.

Favor que usted me hace, señora.

DOÑA ELVIRA.

Lo que sabe, puede decirse que lo ha aprendido sola.

DOÑA FILOMENA.

Razón de más para felicitarla.

DOÑA ELVIRA.

Concha, sí, ha tenido buenos profesores, y toca mucho.

DOÑA FILOMENA.

¿ Por qué no se sentó ella al piano ?

CONCHA (*con presunción*).

Yo no toco para que bailen, sino para que me escuchen.

LAURA.

Anita está en berlina (*acercándose á Anita*) porque es demasiado buena ; está en berlina porque se capta las simpatías de todo el mundo ; está en berlina porque Dios le ha dado poca gracia ; (*murmullos*) está en berlina porque es demasiado modesta ; está en berlina porque de todas nosotras es la más digna de ser feliz. ¡ Adivina !

ANITA.

Soy muy torpe ¡ no acertaré...

DOÑA FILOMENA.

¿ Permiten ustedes que yo adivine en su lugar? Si no acierto, estaré en berlina.

(*Todas, menos Concha.*) — Sí, señora.

CONCHA.

¡ Ay, qué gracia !

ANITA.

Me saca usted de un grave apuro, señora.

DOÑA FILOMENA.

Va á salir la que ha dicho que Anita está en berlina porque Dios le ha dado poca gracia. (*Expectación.*)

LAURA.

¿ Quién es ?

DOÑA FILOMENA.

La señorita Concha.

LAURA.

La misma.

TERESA.

No podía ser otra.

LAURA (*recogiendo motivos*).

¿ Concha está en berlina ?...

DOÑA FILOMENA (*á Doña Elvira*).

Su hija menor reune todas las cualidades necesarias para brillar en sociedad, señora...

DOÑA ELVIRA.

Á eso ha obedecido la esmerada educación que le he dado.

DOÑA FILOMENA.

En cambio, su hija mayor reune condiciones admirables para la dicha del hogar.

DOÑA ELVIRA.

Es muy buena, efectivamente.

LAURA (*después de recoger voces*).

Concha está en berlina porque es muy orguliosa; porque es muy displicente; porque es muy burlona; porque tiene mala lengua...

CONCHA (*interrumpiéndola, levantándose furiosa*).

Y tú tienes, por lo visto, muy buena memoria.

LAURA.

Trabajo me cuesta recordar lo que cada una ha dicho.

CONCHA.

Pues veo también que de nada te olvidas.

DOÑA FILOMENA (*levantándose*).

Siento haber sido causa de que esta señorita se disguste por estar en berlina. Y como á mí no me gusta prolongar inútilmente las situaciones molestas, ruego á ustedes que me escuchen. Estoy segura de que la señorita Concha turbaría la paz que reina en casa de sus tíos; por tanto, me llevaré á su hermana, ó me volveré sola.

DOÑA ELVIRA (*picada*).

Dispense usted, señora; escribiré á mi cuñada, y tal vez...

DOÑA FILOMENA.

Es inútil. Basta ya de misterios. Sepan ustedes que, aprovechando la circunstancia de no ser conocida aquí de nadie, me oculté bajo un nombre supuesto para ver y juzgar por mí misma, antes de darme á conocer. Yo soy la señora de Peralta.

DOÑA ASUNCIÓN.

¡Doña Luz!

DOÑA ELVIRA.

¡Mi cuñada!

CONCHA Y ANITA.

¡Mi tía!

LAS OTRAS NIÑAS.

¡Su tía!

DOÑA FILOMENA.

Mañana me vuelvo; mi resolución es irrevocable. Vea usted lo que le conviene hacer.

DOÑA ELVIRA.

Pues bien, Anita, parte con tu tía; tuya será la fortuna que Concha no ha sabido merecer.

ANITA (*con lágrimas en los ojos*).

No, mamá; no, hermana mía; jamás aceptaré yo un

bienestar que no pueda compartir con ustedes. ¡ Oh ! gracias por sus bondades, mi querida tía; nunca olvidaré el favor que me hace, pero no quiero abandonar á los seres que más quiero en el mundo y en cuya compañía me siento feliz. ¿ Qué me importan la fortuna y los honores? Yo no pido más que el amor de mi madre, el cariño de mi hermana, la amistad de mis compañeras, y el aprecio de usted, mi generosa tía, si me lo quiere otorgar.

DOÑA ELVIRA.

Parte, hija mía; tu sacrificio es necesario. Conoces nuestra situación; sabes lo difícil que me es atender á todos nuestros gastos. No por eso ha de faltarte el amor de tu madre, que te pide perdón por haber sido injusta contigo. Concha, estás recibiendo una lección que te corregirá, sin duda, para el resto de tus días.

DOÑA FILOMENA.

Anita, voy á darte todas las satisfacciones que mereces. Dispondrás á tu antojo de la cantidad que pondré mensualmente á tu disposición, y podrás venir, con la frecuencia que quieras, á ver á tu madre y á tu hermana.

ANITA.

Haré lo que ustedes dispongan, (*besa á su madre y á su tía*) y tú, hermana mía (*besándola*), perdona á esta pobre fea su triunfo involuntario, y ten la seguridad de que nunca ha de faltarte mi cariño.

FIN.

París. — Imprenta de la Vª de Ch. Bouret.

TEATRO DE LA NIÑEZ

La Gratitud

COMEDIA EN UN ACTO

Y EN PROSA

POR

JUAN B. ENSEÑAT



LIBRERÍA DE LA V^da^ DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1898

PERSONAJES

La señora María

Nicanora

Doña Filomena

Toñica

La escena pasa en las inmediaciones de Caspe, en Aragón.

El teatro representa el interior de un cortijo.

Mobiliario rústico. Puertas al foro y á la derecha.

Las indicaciones están tomadas del lado del público.

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA MARÍA, NICANORA, luego TOÑICA.

(*La señora María y Nicanora ponen en orden varias sillas de paja y otros enseres propios de una casa de labranza. Luego entra Toñica, cantando, con un ramo de flores silvestres en la mano. Habrá otros ramos de flores de jardín sobre una mesa.*)

NICANORA.

No se quejará usted, señora María, de los vecinos del cortijo. No queda uno, en todos estos contornos, desde el Cerro hasta Caspe, que no haya venido á felicitar á usted en sus días.

LA SEÑORA MARÍA.

Esas atenciones son de agradecer, Nicanora. La gratitud florece tan difícilmente en el corazón, que hay motivo para estar satisfecha, cuando una ve pagadas con manifestaciones de simpatía las buenas obras que ha podido hacer.

NICANORA.

Sin embargo, la veo á usted menos alegre que de costumbre.

LA SEÑORA MARÍA.

Es que en tales días noto más que nunca el vacío que dejó en mi hogar la muerte de mi marido.

NICANORA.

Hemos de respetar los designios de Dios y conformarnos con nuestra suerte. ¿Qué gana una con afligirse? ¿No estamos aquí, Toñica y yo, para alejar la tristeza del hogar?

LA SEÑORA MARÍA.

Tienes razón. Ambas habéis sido la alegría de esta casa, desde que amparé vuestra orfandad.

NICANORA.

Diga usted, más bien, que ha sido para nosotras la mejor de las madres.

(*Se oye por el foro la voz de Toñica que viene cantando alegremente*).

Ahí viene Toñica.

LA SEÑORA MARÍA.

Esparciendo, como siempre, alegría por donde pasa.

TOÑICA.

¡Ay, señora María! que no se encuentra por estos campos de Dios, una flor para un remedio. He tenido que espigar dos horas para reunir este ramo con que quise obsequiar á usted en sus días. Tome usted...

(*dándole el ramo*) y que Dios le conceda á usted más felicidades que flores hay aquí.

(*La señora María besa á Toñica y coloca el ramo junto á los otros sobre la mesa*).

LA SEÑORA MARÍA.

¡Gracias, Toñica! Estimo en mucho tu obsequio. Este ramo, con los demás que hoy he recibido, lo llevaremos al altar de la Virgen de la Ermita, en acción de gracias por la protección que nos presta.

TOÑICA.

¡ Huy ! ¡ cuánta flor !... pero esas no son del campo... ¡vaya una gracia !... Si yo tuviera jardines, menos trabajo me costara hacer un ramo.

LA SEÑORA MARÍA.

Por eso el tuyo tiene más mérito que estos otros, y lo agradezco doblemente. (*Vuelve á besar á Toñica*).

TOÑICA.

¿ Está usted contenta ?

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Mucho ! hijas mías... ¡ mucho !... Gracias á ti, Nicanora, que tanto me has ayudado con tu inteligencia (*se sienta ; las dos niñas permanecen de pie, una á cada lado de ella*), he llegado á cumplir mis compromisos... Hoy, al medio día, me será renovado por seis años más el arrendamiento de este cortijo, pues D. Tomás, el banquero de Caspe, pagará esta mañana por mi

cuenta al apoderado del Marqués los seis mil reales que hacían falta... Son el fruto de nuestro trabajo común, de mis economías... y de las tuyas Nicanora...

TOÑICA.

¡Ay, qué alegría! (*cantando y bailando*). ¡Á la jota, jota!... (*Hablado*). ¿Verdad que da ganas de cantar y de bailar?

NICANORA.

En lo sucesivo, podrá usted vivir tranquila, sin las inquietudes de estos últimos años.

LA SEÑORA MARÍA.

Si viviese mi marido... ¡tan bueno!... ¡tan laborioso!... él, que descansaba de las fatigas de la guerra cultivando la finca... ¡Ay! no hay dicha completa.

TOÑICA.

Señora María, hoy es día de fiesta y no es cuestión de entristecerse.

LA SEÑORA MARÍA.

Tienes razón, Toñica (*se levanta*).

TOÑICA.

Estas flores se van á marchitar aquí.

LA SEÑORA MARÍA.

Anda; vé á meterlas en un lebrillo con agua y estarán frescas esta tarde para llevarlas á la Ermita.

TOÑICA.

Voy volando... (*Recoge los ramos de flores en el delantal*) y en seguida á la vaca, que extrañará no haberme visto en tanto tiempo. (*Se va por el foro tarareando un cantar*).

ESCENA II

LA SEÑORA MARÍA, NICANORA.

NICANORA.

Por lo que á mí toca, nunca pagaré á usted como se merecen los beneficios que le debo.

LA SEÑORA MARÍA.

No he hecho más que cumplir con mi deber, Nicanora. Tu padre fué el compañero de armas, el mejor amigo de mi esposo. Quedaste huérfana... Te recogí bajo mi techo... Desde la edad de doce años, empezaste á pagarme tu deuda, ayudándome con tu inteligencia y con tu trabajo á explotar esta finca... ¡ Pero calla ! (*Mirando por el foro*). ¿ No es Doña Filomena aquella señora ?

NICANORA (*mirando*).

Ella es. Vendrá á darle á usted los días.

LA SEÑORA MARÍA.

No acostumbra. Algo de particular la traerá por aquí.
(*La Señora María y Nicanora se adelantan; la primera

acaba de poner en orden los muebles y enseres de labranza que hay en la sala; la segunda pasa un paño por la mesa donde estuvieron las flores.

Aparece Toñica en el foro, donde permanece un instante, esperando á Doña Filomena, á la cual mira con impertinencia y con mal ceño mientras entra en la casa; luego desaparece).

ESCENA III

DICHAS, DOÑA FILOMENA.

DOÑA FILOMENA (*entrando por el foro. Aparte*).

Esa descarada de Toñica ha de pagarme sus miradas insolentes. (*Alto*). Buenos días, señora María...

LA SEÑORA MARÍA.

Dios la guarde, Doña Filomena.

DOÑA FILOMENA.

La extrañará á usted mi visita...

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Extrañarme !... ¿ Por qué?... No, señora...

NICANORA.

Doña Filomena vendrá á felicitarla en sus días...

DOÑA FILOMENA.

¡ Ah!... Son sus días hoy!...

LA SEÑORA MARÍA.

Día de gozo para todo el mundo en el cortijo... Siéntese usted. (*Nicanora le acerca una silla*).

DOÑA FILOMENA (*rehusando la silla*).

Gracias... estoy bien... El caso es que llego de Caspe... y... siento mucho... pero muchísimo, tener que dar á usted una mala noticia.

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Una mala noticia !... ¿ Qué ocurre?

DOÑA FILOMENA.

El valor me falta para decirle...

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Cielos ! ¡ Hable usted ! ¿ Qué pasa ?

DOÑA FILOMENA.

Don Tomás... el banquero...

LA SEÑORA MARÍA.

¿ Qué?...

DOÑA FILOMENA.

Ha desaparecido, arruinando con su quiebra á una porción de familias.

LA SEÑORA MARÍA (*desplomándose en una silla*).

¡ Qué oigo !... ¡ Estoy perdida !

NICANORA (*acudiendo á su ama*).

¡Señora María!... ¡Tenga usted ánimo! Tal vez no sea cierto...

DOÑA FILOMENA.

Con él han desaparecido todos los depósitos que le habían confiado. En Caspe no se habla de otra cosa.

LA SEÑORA MARÍA.

De modo que cuando creía yo llegar al término de mis luchas...¡Dios mío! ¡Pero eso no es posible!... (*á Nicanora*). Si hoy, á las doce, mis seis mil reales no están en manos del apoderado del Marqués, seré desposeída del cortijo... ¡Oh!... ¡es preciso aclarar todo eso!

DOÑA FILOMENA.

Señora María... ¡mucho siento el percance!...

NICANORA (*aparte designando á su ama*).

No le será posible reparar semejante pérdida... ¿Qué va á ser de mi pobre ama?

LA SEÑORA MARÍA (*levantándose*).

Dispense usted, señora... Pero muero de impaciencia... En cinco minutos voy á Caspe... (*Se va precipitadamente por el foro*).

ESCENA IV

DOÑA FILOMENA, NICANORA.

NICANORA.

Nuestros esfuerzos, nuestros trabajos... nuestras

penalidades... ¡ todo inútil !... Porque dicen que el Marqués es un hombre sin piedad...

DOÑA FILOMENA.

Sí, mi querida Nicanora. Es un despilfarrador y siempre se halla necesitado de dinero.

NICANORA.

Tendremos que abandonar esta finca, donde esperábamos ser tan felices!

DOÑA FILOMENA.

Seguramente, porque, á estas horas, son ya varias las personas que se disponen á entregar la cantidad que la señora María no podrá encontrar... Así va el mundo... Ayer le tocó á tu ama explotar el cortijo, hoy tal vez me toque á mí.

NICANORA.

¡ Cómo!

DOÑA FILOMENA.

Esta finca me encanta... y me han asegurado que está en disposición de dar muy buenos rendimientos.

NICANORA (*aparte*).

¡ Oh! Ahora comprendo sus intenciones.

DOÑA FILOMENA (*aparte*).

Lo mejor es decírselo claro de una vez. (*Alto*). Nicanora, si quieres, no solamente te quedarás en el cortijo, sino que, además, gobernarás en él.

NICANORA.

No acabo de entender á usted, doña Filomena.

DOÑA FILOMENA.

La cosa es muy sencilla... Escucha. (*Mira si alguien las oye*). Tengo el propósito de tomar esta finca en arriendo... para continuar la explotación tan bien encarrilada por la señora María... Llevo en el bolsillo la cantidad necesaria para ultimar este asunto...

NICANORA.

Yo creía que era usted amiga de mi ama.

DOÑA FILOMENA.

¡ Y lo soy ! Pero, muchacha, una cosa es la amistad, y el negocio es otra cosa. La ocasión la pintan calva, y yo sería muy tonta si la dejase escapar. ¿ Va á encontrarse la señora María con el dinero necesario para renovar el arriendo? No ¿ verdad? Pues le quitarán la finca para cederla al primero que constituya la fianza. Y antes que la obtenga otro, prefiero tenerla yo. Ni más ni menos.

NICANORA.

Pero ¿ usted entiende de cultivos?

DOÑA FILOMENA.

Ni pizca... Pero principio quieren las cosas... Además, la señora María ha sido muy poco generosa contigo. Si ha salido adelante con la explotación de la finca, te lo debe á ti, y no te ha retribuído como merecías.

NICANORA.

Ha hecho lo que ha podido... No me quejo.

DOÑA FILOMENA.

Ya sé que tienes tus ahorrillos...

NICANORA.

Los tenía.

DOÑA FILOMENA.

¡ Cómo !... ¿ Acaso se los habías confiado ?...

NICANORA.

Para que los constituyera en depósito juntamente con los suyos.

DOÑA FILOMENA.

¡ Qué imprudencia !... ¡ Todo ha desaparecido !... Has sido engañada...

NICANORA.

¡ Señora !...

DOÑA FILOMENA.

La intención no habrá sido mala, pero el resultado es que te quedas sin recursos... y obligada á salir de esta casa.

NICANORA.

¡ Ay ! Esto es lo que más siento.

DOÑA FILOMENA.

Pero repito que de ti depende el quedarte aquí, no ya como criada, sino como gerente, interesada en el ne-

gocio. Percibirás, por tu trabajo, la mitad de los beneficios.

NICANORA.

¡ Oh ! nunca !... ¡ Nunca !

DOÑA FILOMENA

¡ No seas tonta !... ¿ Qué vas á hacer ?... La señora María está arruinada...

NICANORA.

Trabajaré con ella.

DOÑA FILOMENA.

¿ En qué ? Y ¿ cómo podrá ella devolverte lo que te debe ? Mientras que conmigo, no tardarás en ser rica.

NICANORA.

Yo no sé... pero me parece que lo que usted me propone no está bien.

DOÑA FILOMENA (*aparte*).

Cederá. (*Alto*). Reflexiona ; piensa en el porvenir... Repito que aquí traigo el dinero y que conmigo serás el ama de la finca.

NICANORA.

¡ Oh ! jamás !

(*Se oye la voz de Toñica, que llama fuera*).

ESCENA V

DICHAS, TOÑICA *por el foro.*

TOÑICA (*dentro*).

¡ Nicanora!

NICANORA.

Dispense usted... (*Se dirige hacia el foro*).

TOÑICA (*entrando*).

¡ Nicanora!

NICANORA.

¿ Qué hay?

TOÑICA.

El mandadero quiere entregarte una carta.

NICANORA.

Voy. (*Se va por el foro*).

TOÑICA.

Una carta de Zaragoza... Allí quisiera yo ir un día. Dicen que es tan hermosa ciudad... Pero eso es lo de menos ; lo que tengo ganas de ver, sobre todo, es la Pilarica. (*Tararea*). ¡ Á la jota, jota, qué hermosa es mi tierra !... (*Párase de pronto, viendo á Dª Filomena que se ha sentado á un lado de la sala*). ¡ Ah ! (*Con reverencia burlona*). Usted dispense, señora... (*Aparte*). ¡ Ay ! qué antipática me cae esa lechuza!

DOÑA FILOMENA (*aparte*).

Esta pastorcilla es un diablo con faldas. Pero cuando tan alegre está, es que ignora lo que ocurre. (*Alto*). Muchas ganas tienes de cantar.

TOÑICA.

¡ Toma!... Y cantaré mientras tenga aliento.
Así va el mundo... unas cantan y otras rumian malos pensamientos. (*Aparte*). Chúpate esa. (*Alto*). Es preciso que haya de todo... Si todas fuésemos solapadas y socarronas ¿ á dónde iríamos á parar? (*Se va por el foro tarareando una canción*).

ESCENA VI

DOÑA FILOMENA (*se levanta*).

Diríase que se han puesto de acuerdo para oponerse á mi plan... Sin embargo, sin ellas, sobre todo sin Nicanora, yo no podría llevar la finca... ¡ Ah! Aquí vuelve...

(*Entra Nicanora por el foro, acabando de leer una carta, que se mete en la faldriquera*).

ESCENA VII

DOÑA FILOMENA, NICANORA.

NICANORA (*aparte*).

No sé qué hacer.

DOÑA FILOMENA.

¿Qué me contestas, Nicanora?... ¿No te decides?... ¡Pues adiós! (*Hace ademán de irse*).

NICANORA (*aparte*).

Sí... esto es... (*Alto*). Doña Filomena, acepto su proposición.

DOÑA FILOMENA.

¡Gracias á Dios!... Mi prima, tu madrina, va á estar contenta...

NICANORA (*con intención*).

Queda, pues, convenido que si la señora María no ha entregado, hoy, á las doce, los seis mil reales al apoderado del Marqués, quedamos, usted y yo, constituídas en sociedad.

DOÑA FILOMENA.

Perfectamente. Hazme un recibo de seis mil reales.

NICANORA.

¿Especificando bien lo convenido?

DOÑA FILOMENA.

Si quieres... ¿Tienes pluma y papel?
(*Nicanora coge de un armario ú otro mueble cualquiera, un tintero, una pluma y papel que coloca sobre la mesa*).

NICANORA.

Aquí tengo de todo. (*Se sienta á la mesa*).

DOÑA FILOMENA.

Pues adelante.

NICANORA (*aparte*).

¿ Qué importa ? Nada se pierde escribiendo. (*Alto, escribiendo*). « Recibí de Doña Filomena Hermosilla, con la cual quedaré asociada desde el momento que le será concedido en arriendo el cortijo denominado La Solana... » (*Sigue escribiendo. Terminado el recibo, Dª Filomena lo coge*).

DOÑA FILOMENA (*cogiendo el recibo*).

Perfectamente. (*Dándole tres billetes de banco*). Toma, prefiero que lleves tú misma la cantidad al apoderado del Marqués... Tres billetes de á quinientas pesetas.

NICANORA.

Luego iré.

DOÑA FILOMENA.

Pues hasta después. (*Aparte, marchándose por el foro*). Ya sabía yo que esta muchacha acabaría por aceptar mis brillantes ofrecimientos... Poco carácter... Haré de ella lo que me dé la gana. (*Desaparece por el foro*).

ESCENA VIII

NICANORA.

Tengo mi plan. Perdóneme el cielo la superchería, pero yo no hallé otro medio de salvación. Esta carta

de mi madrina no podía llegar con mayor oportunidad... Estoy segura de lograr mi objeto. Pero es preciso que nadie sospeche mi propósito. Tendré que soportar, seguramente, más de un severo reproche. No importa. No hay gloria sin martirio... (*Mirando por la puerta del foro*). ¡ Ah! La señora María... ¿ Sabré aguantarme firme en su presencia?

(*La señora María entra por el foro muy abatida; pasa al lado de Nicanora sin saludarla y va á sentarse en un rincón*).

ESCENA IX

LA SEÑORA MARÍA, NICANORA.

LA SEÑORA MARÍA (*después de una pausa*).

Lo sé todo, Nicanora. Acabo de encontrar á doña Filomena, que me ha puesto al corriente... Todo el mundo me abandona... Para mí ya no hay esperanza.

NICANORA.

Señora María...

LA SEÑORA MARÍA.

La codicia de Doña Filomena me ha indignado sin sorprenderme. Tu conducta, por el contrario, me parece inexplicable, inaudita. Nunca hubiera esperado de ti semejante proceder.

NICANORA (*violentándose*).

Deje usted que le explique... ¿ Si yo hubiese tenido en mi poder la cantidad que le falta, y se la hubiese ofrecido?...

LA SEÑORA MARÍA (*vivamente*).

¡ La hubiera rehusado !... ¡ Oh ! no por orgullo, sino por no arrastrarte aún más al abismo de mi ruina... Demasiado te debo ya...

NICANORA (*aparte*).

Es imposible decirle nada. (*Alto*). Sus reproches me lastiman mucho, señora María... Pero crea usted que... yo dispondré las cosas de manera que... Al fin me hará usted justicia...

LA SEÑORA MARÍA (*severamente*).

¡ Basta !... ¡ Que la fortuna te sonría más que á mí !... Antes de una hora, habré salido de esta finca.

NICANORA.

¡ Antes de una hora ! ¡ Ah ! El tiempo vuela... y el deber me llama ! (*Aparte, marchándose por el foro*). ¡ Pobre señora María !... ¡ Me da una pena !... Pero fuera flaquezas !... ¡ á terminar mi obra !

ESCENA X

LA SEÑORA MARÍA, *luego* TONICA.

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Se fué !... ¡ No tiene corazón !... ¡ Quién lo hubiera dicho !... ¡ Y yo que la quería tanto !...

TOÑICA (*entra por el foro tarareando*).

Ya se acabó la tarea de la mañana... ¡ Ay ! ¡ Qué tristona está usted, señora María !...

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Toñica !... ¿ No sabes mi desgracia ?...

TOÑICA (*con sorpresa*).

¡ Yo qué he de saber!

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Estoy arruinada!

TOÑICA.

¡ Cielos!... ¡ Usted! mi pobre ama!

LA SEÑORA MARÍA.

Doña Filomena y Nicanora me sustituyen en el cortijo...

TOÑICA (*indignada*).

¡ Es posible !

LA SEÑORA MARÍA.

Las dos se aprovechan de mi desgracia para emprender el negocio.

TOÑICA.

¿ Y usted se va á marchar?... ¿ Y yo voy á tener otra ama?... ¡ Oh ! no! Si Nicanora la abandona á usted, yo no la dejo. Iré donde usted vaya, aunque sea al fin del mundo... Y le cantaré todas las coplas de Aragón para alegrarla y hacer que olvide la picardía de esa ingratona... ¡ Oh ! Ya me dió á mí mala espina el ver por acá á esa mala pécora de Doña Filomena !... ¡ Y Nica-

nora ha podido juntarse con ella para hacerle á usted traición!... Pero aquí estoy yo, señora María... Yo le aseguro que no soy ninguna ingrata...

LA SEÑORA MARÍA.

Lo creo, Toñica... Pero calla, que oigo pasos... No quiero ver á nadie... Si alguien pregunta por mí, di que estoy indispuesta. *(Se va por la derecha. Casi al mismo tiempo, entra Doña Filomena por el foro)*.

ESCENA XI

DOÑA FILOMENA, TOÑICA.

TOÑICA (*aparte*).

Es Doña Filomena... ¡ La hipocritona!...

DOÑA FILOMENA.

¡ Hola, Toñica!...

TOÑICA (*saludándola con desdén*).

¡ Muy señora mía !...

DOÑA FILOMENA.

Parece que estás de mal talante.

TOÑICA.

Cada una gasta el humor que tiene.

DOÑA FILOMENA.

Pues si quisieras, yo haría desaparecer tu mal humor.

TOÑICA.

Bueno ó malo, mi humor no se vende, como el de otras.

DOÑA FILOMENA.

Veo que estás al corriente de lo que pasa.. Por lo mismo, debieras quedarte en el cortijo con tu amiga Nicanora.

TOÑICA.

Nicanora no es ya mi amiga, desde el momento que abandona á nuestra bienhechora.

DOÑA FILOMENA.

Pero si la señora María ya no os necesita para nada; no puede proporcionarte colocación... y lo que más conviene para todas es que ganes dinero.

TOÑICA.

Dinero ganado á costa de traiciones, no puede ser de provecho. Mire usted, Doña Filomena... si yo tuviese dinero, como usted, á manos llenas ¿ sabe usted lo que haría ?...

DOÑA FILOMENA.

¿ Qué harías ?

TOÑICA.

Ayudar á la pobre señora María, en vez de suplantarla.

DOÑA FILOMENA.

¡ Tonta!

TOÑICA.

¡ Tonta, sí, pero con un corazón aquí dentro, y una conciencia que me avisa cuando algún mal pensamiento se me quiere meter en la cabeza! Yo soy una pobre ignorante, pero sé que Dios manda á las criaturas que se amen unas á otras, y que á la que se cae, la ayudemos á levantarse, en vez de empujarla para que se hunda. Lo que usted ha hecho con la señora María, es una mala acción; y si tiene usted conciencia, le remorderá toda la vida... Dicho está que no seguiré tan mal ejemplo... ¡ Y si usted se queda con el cortijo, busque otra zagala, porque, lo que es conmigo, no cuente!

DOÑA FILOMENA *(aparte)*.

¡ Demontre de chiquilla!... Tales cosas me dice... ¿ Será verdad que he cometido una mala acción? Pero ya no tiene remedio. *(Alto)*. Aumentaré tu paga.

TOÑICA.

No aumente usted la ofensa. Toñica se morirá de hambre, antes que comer el pan de la ingratitud.

ESCENA XII

DICHAS, LA SEÑORA MARÍA (*por la derecha*).

LA SEÑORA MARÍA.

Sin ánimo de escuchar, todo acabo de oirlo, Toñica... (*Abraza á la zagala*). ¡ Qué buena eres!

TOÑICA.

No hago más que cumplir con mi deber.

LA SEÑORA MARÍA.

¿ Te parece poco, cuando aun las personas más queridas nos engañan con frecuencia?

TOÑICA.

¡ Oh ! esa Nicanora!... Si la tuviese delante, le sacaría los ojos.

LA SEÑORA MARÍA.

Modérate, Toñica... Déjame sola un momento con Doña Filomena...

(Toñica echa una mirada furiosa á Doña Filomena, y se va por el foro).

ESCENA XIII

LA SEÑORA MARÍA, DOÑA FILOMENA.

DOÑA FILOMENA.

Veo que aquí todo el mundo la quiere á usted mucho, señora María... Voy á serle franca... Esa Toñica me ha hecho concebir escrúpulos, haciéndome ver las cosas á través del prisma de la razón... No quiero prolongar su angustia .. Me remordería la conciencia, si le robase para siempre la tranquilidad de esta vida de labor honrosa.

LA SEÑORA MARÍA (*con sorpresa*).

Señora... la verdad... no sé qué pensar de todo eso...

DOÑA FILOMENA.

La voz del deber se ha dejado oir en los labios de

esa inocente criatura... Además, no se me ocultan las dificultades con que tropezaría para explotar esta finca... Usted se quedará en ella...

LA SEÑORA MARÍA (*tendiéndole la mano*).

Señora...

DOÑA FILOMENA (*estrechándole la mano*).

Para ello le presto á usted la cantidad que Nicanora ha ido á llevar á casa del apoderado del Marqués.

LA SEÑORA MARÍA.

Gracias, señora, pero no puedo aceptar su ofrecimiento... Después de lo que ha hecho conmigo Nicanora, no puedo quedarme aquí con ella.

DOÑA FILOMENA.

Más que su ambición, han tenido la culpa mis esfuerzos... sin contar una carta que recibió y cuyo contenido ignoro, pero que me pareció ser la principal causa de su decisión, después de haber rechazado indignada mis proposiciones... Perdónela usted...

LA SEÑORA MARÍA.

No puedo. (*Se oyen las doce*). Las doce... Para usted es la finca.

(*Aparece por el foro Nicanora muy animada*).

DOÑA FILOMENA.

Aquí está.

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Qué contenta viene!... ¡ No tiene corazón !

ESCENA XIV

DICHAS, NICANORA, *corriendo.*

NICANORA *(á la señora María).*

Vengo sin aliento... para dar á usted una buena noticia... Tome usted... (*Presenta un papel á la señora María, que desde luego le vuelve la espalda*). Tome usted... que le interesa...

LA SEÑORA MARÍA *(toma el papel, lo lee).*

¡ Qué veo ! El recibo del Marqués !... ¡ á mi nombre!...

DOÑA FILOMENA *(en el colmo de la sorpresa).*

¡ Á su nombre!... ¿ Qué significa?...

NICANORA *(dando su carta á Doña Filomena).*

Esta carta se lo explicará todo... Es la que recibí hace media hora, estando aquí con usted.

(*Toñica escucha desde el foro*).

DOÑA FILOMENA *(leyendo).*

« Mi querida Nicanora; me he vuelto muy vieja y distribuyo mis bienes entre mis hijos. Para ti hay ocho mil reales que mi prima, Doña Filomena, te entregará á la presentación de esta carta... tu madrina... »

NICANORA (*á Doña Filomena*).

Acepté sus ofrecimientos, tomando á cuenta la cantidad que llevaba usted encima... El tiempo apremiaba... y obré con presteza... No lo tome á mal...

DOÑA FILOMENA (*aparte*).

Se ha burlado de mí. (*Alto, á la señora María*). ¿ Vé usted como aquí la quiere todo el mundo, sin excepción alguna?

NICANORA.

¿ Podía yo vacilar un momento en hacer á mi bienhechora un favor que su delicadeza le hubiera impedido aceptar ?... Apelé á la astucia, porque había que salvar á la señora María á pesar suyo.

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Y yo que la acusaba !... Ven á mis brazos...

ESCENA XV

DICHAS, TOÑICA (*por el foro*).

TOÑICA.

Desde el momento que se abrazan, yo no puedo aguantar más. (*Abraza á su ama*).

LA SEÑORA MARÍA.

¡ Estabas ahí ?

TOÑICA.

Si la curiosidad es un pecado... ¡ mea culpa! (*Abraza

á Nicanora). ¡ Todo lo oí ! Perdóname, Nicanora, los juicios temerarios que formé sobre tu conducta.

NICANORA.

Las apariencias no eran para menos.

TOÑICA.

¿ Y doña Filomena ?

DOÑA FILOMENA.

¡ Convertida por ti, chiquilla !

LA SEÑORA MARÍA.

Doña Filomena había renunciado á sus proyectos en mi favor, llevando su generosidad al punto de ofrecerme dinero prestado para pagar el arriendo del cortijo.

DOÑA FILOMENA.

¡ Cómo se me ha ensanchado el corazón !

LA SEÑORA MARÍA.

Prueba que únicamente estaba dormido. Cuente usted, en adelante, con mi amistad. Y vosotras... (*coge una mano á cada niña, calocándose en medio de las dos*), hijas mías, contad con mi eterna gratitud.

FIN DE LA COMEDIA.

Paris. — Imprenta de la Vª Ch. Bouret.

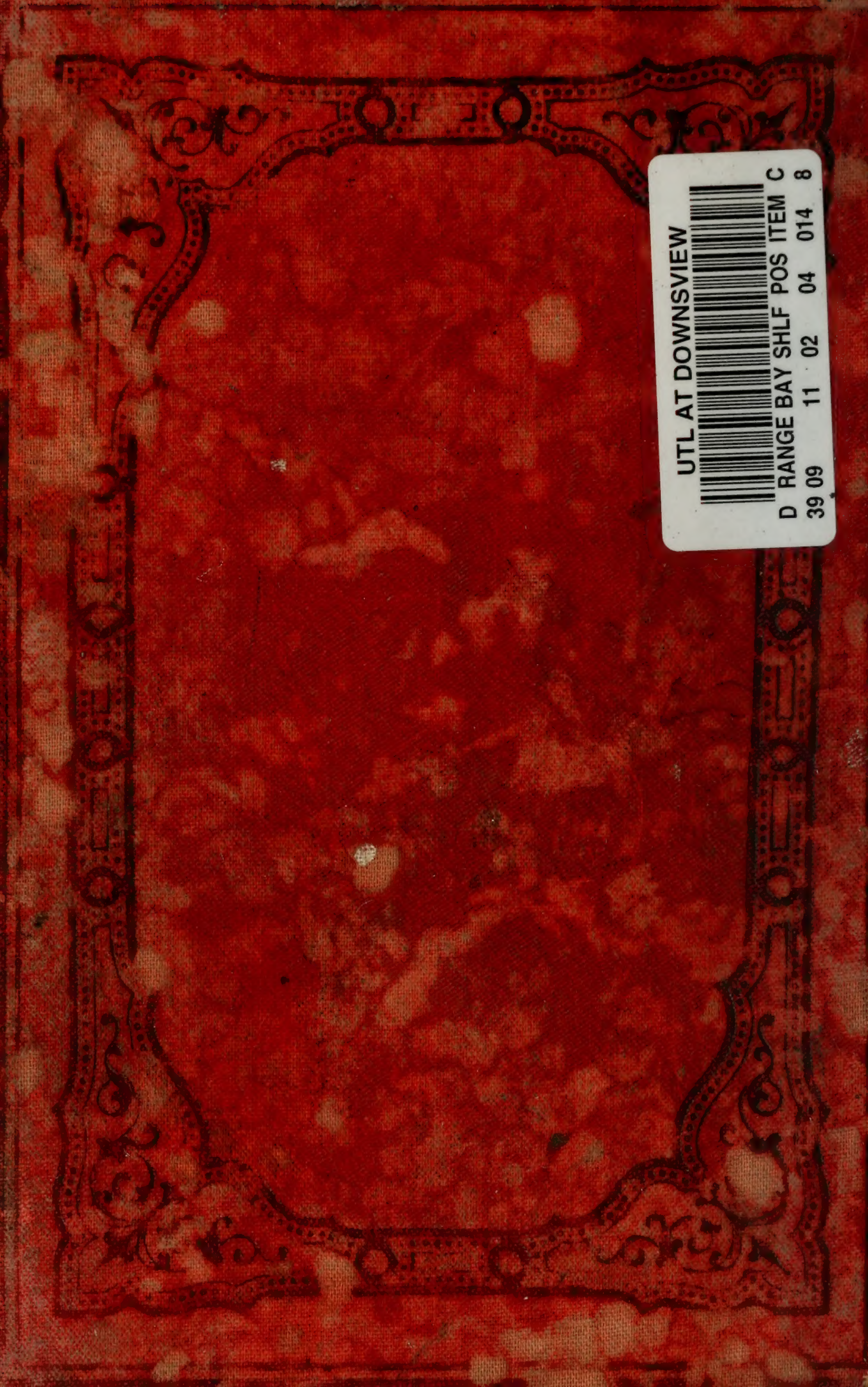

TEATRO DE LA NIÑEZ
GARCÉS OLIVAR
El castigo del orgullo


TEATRO DE LA NIÑEZ
Maximiliano M. Monje
EL LIRIO


TEATRO DE LA NIÑEZ
Maximiliano M. Monje
LA LUGAREÑA




Maria Jesus Cordova
Antonio J. Bastinos
EDITOR


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 02 04 014 8